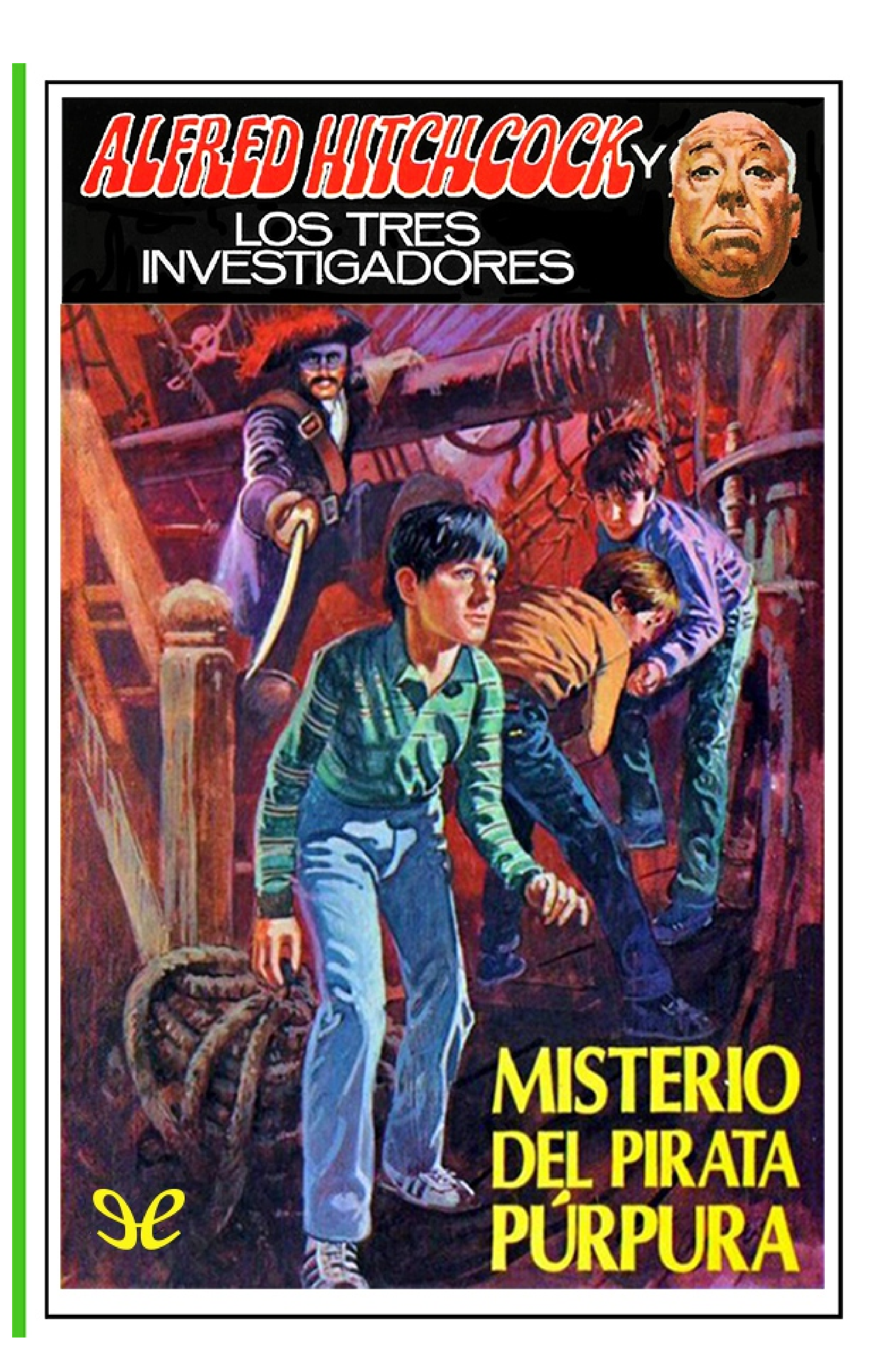


ALFRED HITCHCOCK Y
LOS TRES
INVESTIGADORES
MISTERIO
DEL PIRATA
PÚRPURA

La intervención del mago del suspense, como ha dado en llamársele, ya sea en cine, televisión o novela, es de por sí garantía de intriga y desenlace inesperado.

En esta ocasión Hitchcock dedica su atención a los jóvenes, ofreciéndoles una serie de novelas de acción. Los adolescentes, al leer las aventuras de Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores se sienten incorporados al formidable equipo de Júpiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Junto a ellos practican métodos deductivos que agilizan sus mentes, vencen el miedo a lo desconocido, luchan por causas justas y gozan el placer de ser útiles a sus semejantes.



William Arden

(Basado en los personajes de Robert Arthur)

Misterio del Pirata Púrpura

Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores - 33

ePub r1.1

Titivillus 03.08.16

Título original: *The Mystery of the Purple Pirate*
William Arden, 1982
Traducción: Esteban Riambau Saurí
Diseño de cubierta: José María Miralles
Ilustraciones: R. Escolano

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Un reto de Héctor Sebastián

¡Hola, amantes del misterio! Una vez más tengo el placer de presentar un caso repleto de acción de Los Tres Investigadores. Pero ante todo, permitidme que os presente a los jóvenes supersabuesos: Júpiter Jones, conocido como Jupe, es el Primer Investigador, un muchacho grueso, aficionado a la buena comida y a los problemas de deducción. Le sigue el alto y atlético Segundo Investigador, Pete Crenshaw, algo nervioso ante el peligro, pero con la audacia suficiente para afrontarlo. El último, aunque no por ello el menos importante, es Bob Andrews, responsable de las actividades de Archivo e Investigación, un joven fiable y flemático, indispensable para sus colegas investigadores.

Esta vez, los jóvenes detectives emprenden unas apasionadas pesquisas en la Madriguera del Pirata Púrpura y a bordo del barco pirata Buitre Negro. Ciertos extraños acontecimientos les inducen a creer que hay un pirata todavía vivito y coleando en el que fue antiguo refugio de los célebres corsarios de California.

Esta misteriosa aventura pone a prueba la perspicacia de los muchachos y les coloca repetidas veces en serios apuros. ¡Une tu ingenio al de Los Tres Investigadores y trata de conseguir llegar antes que ellos a la solución del Misterio del Pirata Púrpura!

Héctor Sebastián

Capítulo 1
¡Bucaneros, bandoleros y bandidos!

Cuando su despertador sonó con estridencia, Pete Crenshaw abrió un ojo y gruñó. Estaba en la segunda semana de sus vacaciones y ya maldecía con encono el momento en que había accedido a trabajar en el jardín de sus vecinos mientras éstos estaban de viaje. Pero las reservas financieras de la agencia de jóvenes detectives a la que él pertenecía habían quedado reducidas casi a cero después de un viaje de fin de curso a Disneylandia, y el equipo necesitaba dinero para el verano. Los otros dos sabuesos también trabajaban, ya que Bob Andrews tenía un empleo de media jornada en la biblioteca, y Júpiter Jones había accedido a regañadientes a trabajar unas horas extras en la chatarrería de los Jones, donde vivía con su tía y su tío.

Con un último gruñido, Pete abandonó la cama y se vistió apresuradamente. Cuando llegó con paso cansino a la cocina, vio que su padre ya estaba desayunando.

—Es muy temprano para ti, ¿verdad Pete? —preguntó el señor Crenshaw, sonriente.

—Tengo que ir a ese odioso almacén de chatarra —rezongó Pete mientras sacaba del refrigerador el zumo de naranja.

—¿Dinero para el verano, eh? Bueno, tal vez haya un medio más fácil de conseguirlo. Esta noche han dejado esto en nuestro buzón.

El señor Crenshaw puso ante Pete un papel amarillo mientras el chico se sentaba. Pete echó un vistazo a la hoja mientras bebía su zumo de naranja. Era una de aquellas hojas volantes publicitarias que el comercio local hacía distribuir de casa en casa. Mientras leía, la excitación de Pete fue en aumento:

¡BUCANEROS! ¡BANDOLEROS!

La Sociedad de la Justicia para Bucaneros, Bandoleros, Bandidos y Salteadores pagará 25 dólares por hora a todo el que pueda aportar información sobre piratas, bandidos, salteadores de caminos locales, y otros malhechores pintorescos del vigoroso pasado de California.

Preséntese en la calle de la Viña, 1995, cualquier día de la semana, del 18 al 22 de junio, de 9 a 5.

¡BANDIDOS! ¡SALTEADORES!

—¡Hombre! —exclamó Pete—. ¡Podemos ganar una fortuna, papá! Nosotros sabemos mucho sobre los piratas que corrían por aquí en otro tiempo, sobre todo Júpiter. Tengo que enseñar esto inmediatamente a Jupe y a Bob. ¡Hoy estamos a 18 y ya son casi las ocho!

—Calma —aconsejó el señor Crenshaw—. Antes de hacerte millonario, termina tu desayuno.

—Papá, es que tengo que regar el césped, y después…

—Vosotros, los jóvenes, siempre pensáis mejor con el estómago lleno, especialmente Júpiter. Anda, toma algo.

—¡Pero sólo un poco de cereal! —gruñó Pete.

Dio buena cuenta rápidamente del cereal y después olfateó la bandeja de tostadas y tocino que su padre puso delante de él.

—Bueno —dijo Pete—, tal vez sólo un plato de esto…

Mientras su padre sonreía y guardaba silencio, Pete acabó sus tostadas con tocino, liquidó un segundo plato de lo mismo y después cogió el anuncio y salió corriendo. Entró en la casa contigua, regó el césped, rastrilló impacientemente las hojas y ramitas caídas, y después saltó sobre su bicicleta. Pedaleó con afán y eran las nueve en punto cuando cruzó la larga y colorida valla del «Patio Salvaje», la chatarrería de los Jones. La valla había sido decorada por artistas locales y cerca de una esquina exhibía un buque que surcaba las verdes aguas del mar mientras un pez lo contemplaba. Pete oprimió el ojo el pez y la puerta se abrió de par en par. Era la puerta verde número uno.

Pete entró y se encontró frente a la puerta del taller exterior de Júpiter, situado cerca del puesto de mando secreto que los muchachos habían instalado en un viejo remolque. El remolque era

el centro de operaciones de la agencia de detectives Los Tres Investigadores. Pete era el segundo investigador del equipo. Dejó su bicicleta en el taller junto a las otras dos y se metió a gatas en la boca de una larga tubería de plancha ondulada que era demasiado estrecha para permitir la entrada de un adulto. La tubería, denominada túnel dos, pasaba por debajo de un gran montón de chatarra que rodeaba totalmente el remolque. Hacía tiempo que todo el mundo había olvidado que había un remolque en el patio de la chatarrería. Al final de la oscura tubería, Pete empujó una trampilla y asomó la cabeza en el pequeño recinto del remolque, lleno de muebles y de los equipos que los chicos utilizaban en sus tareas detectivescas.

—¡Chicos, mirad eso!

Pete hizo ondear la hoja amarilla, pero de pronto se detuvo y se quedó mirando a los otros dos. Júpiter Jones, el robusto y avispado Primer Investigador del equipo, estaba de pie junto al escritorio. Bob Andrews, bajo y rubio, el erudito del departamento de Archivo e Investigaciones, se apoyaba en un archivador. ¡Los dos tenían en la mano la misma hoja amarilla!

Bob lanzó un suspiro.

—He llegado aquí hace cinco minutos, Segundo, y con la misma gran noticia.

—Que yo ya tenía —agregó Júpiter—. Al parecer, amigos, todos hemos tenido la misma gran idea para ganar dinero.

Pete acabó de subir al cuarto oculto y se dejó caer en una mullida butaca que habían conseguido en el patio de la chatarrería.

—Tengo la impresión de que todos estamos hartos ya de trabajar —manifestó Pete.

—El trabajo nunca ha perjudicado a nadie —reprendió Júpiter al Segundo Investigador y después se acomodó en la silla del escritorio —. Sin embargo, debo admitir que pasar día tras día en el patio de la chatarrería es algo tan cruel como inhumano. Tal vez la Sociedad de la Justicia para Bucaneros, Bandoleros, Bandidos y Salteadores acuda en nuestra ayuda.

—Lo que sea con tal de conseguir un poco de dinero extra —dijo Bob.

—¿Y de quién podemos hablarles? —preguntó Pete.

—Pues tenemos, desde luego, al bucanero francés De Bouchard

—dijo Jupe—. Es el pirata más famoso en la historia de California.

—Y tenemos al Diablo —sugirió Pete—, aquel bandido que encontramos en el caso de la Cueva de los Lamentos.

—Y aquellos soldados que mataron a don Sebastián Álvaro para conseguir la espada de Cortés, en el caso del Caballo Decapitado —añadió Bob.

—Oye y además el continuador de De Bouchard… William Evans, el Pirata Púrpura —continuó Júpiter, mientras echaba un vistazo al viejo reloj de pie que ellos habían reconstruido—. Pero como no somos los únicos en conocer esas historias, debemos darnos un poco de prisa.

Uniendo la acción a las palabras, el trío descendió por la trampilla y se arrastró a través del túnel dos hasta llegar al taller. Cuando salieron, oyeron que alguien gritaba:

—¡Júpiter! ¿Dónde te has metido? ¡Júpiter!

—Es tía Matilda, Jupe —dijo Bob.

La que así gritaba no podía ser vista a través de los montones de chatarra que rodeaban el taller, pero su voz se aproximaba cada vez más.

—¡Apuesto a que tiene algún trabajo que encargarnos! —exclamó Pete.

Júpiter palideció.

—¡Daos prisa!

Los chicos cogieron sus bicicletas, cruzaron la puerta verde número uno y pedalearon en dirección a Rocky Beach. Al acercarse a la calle de la Viña, Bob recordó que conocía el lugar.

—Es como un patio de antiguo estilo español rodeado por una tapia blanqueada, con unas tiendas en el lado más distante. En su mayoría están abandonadas.

Júpiter resoplaba con fuerza mientras pedaleaba.

—Probablemente por esto la habrá elegido esta sociedad, Archivos. Seguro que la alquilaron por poco dinero y que será un lugar tranquilo para celebrar entrevistas.

Cuando los muchachos llegaron a la manzana número 1900 de la calle de la Viña, vieron una pequeña multitud que crecía por momentos, reunida frente a las cerradas puertas de madera de la fachada del número 1995. Mientras se acercaban, Júpiter estudió a la gente allí congregada.

—Unos pocos adultos, pero en su mayoría niños y crios —observó el macizo jefe del equipo—. Como hoy es día laborable, los mayores no vendrán hasta más tarde. Una ventaja para nosotros, amigos.

Mientras sujetaban sus bicicletas a una baranda de hierro muy a propósito para ello, vieron abrirse las altas puertas de madera y salir a un hombrecillo vivaracho de blancos cabellos y con un gran bigote muy espeso. Llevaba una chaqueta de *tweed*, pantalones de montar, botas altas y un pañuelo de seda al cuello, y empuñaba una fusta de montar. Parecía un militar de caballería de otros tiempos. El hombre se enfrentó al gentío y levantó la fusta para imponer silencio.

—¡Soy el mayor Karnes! Quiero darles a todos la bienvenida a la Sociedad de la Justicia para Bucaneros, Bandoleros, Bandidos y Salteadores. Les entrevistaremos a todos ustedes, pero hoy son demasiados y tendremos que limitar nuestras entrevistas a los que hayan venido de más lejos. Sólo aquellos que vivan más allá de los límites municipales de Rocky Beach serán atendidos ahora; los demás pueden irse a sus casas. Vuelvan otro día.

Un grito de decepción brotó de la multitud y los adolescentes empezaron a empujar y a dar codazos. Al retroceder, el mayor Karnes chocó con las puertas de madera y éstas se cerraron detrás de él. Acorralado contra las puertas, trató de hablar, pero los jovenzuelos sofocaron su voz.

—Oiga, ¿qué se ha creído usted?

—¿Piensa que hemos venido hasta aquí para nada?

—¡Es usted un caradura!

El mayor Karnes amenazó con su fusta de montar a los indignados adolescentes.

—¡Atrás, gamberros!

El grupo que le acosaba adquirió un aspecto abiertamente amenazador. Un joven arrebató la fusta al mayor y la arrojó lejos. Los demás avanzaron hacia él y el mayor Karnes palideció.

—¡Socorro! ¡Hubert!

Pero la enfurecida multitud siguió acercándose a él…

Capítulo 2
¡Estafados!

—¡Socorro! —volvió a gritar el mayor Karnes al rodearle los enfurecidos jovencitos—. ¡Hubert! ¡Socorro!

Pete se volvió bruscamente hacia Júpiter.

—Oye, esto se está poniendo feo. Mete al mayor en la casa.

Inmediatamente, el alto y musculoso Segundo Investigador trepó al techo de un coche aparcado allí cerca y señaló hacia la calle.

—¡La poli! —gritó—. ¡Viene la policía!

Los adolescentes se volvieron y miraron a Pete alarmados. Con toda celeridad, Bob y Júpiter se deslizaron entre el grupo y llegaron hasta el mayor.

—¡Venid conmigo! —seguía gritando Pete—. ¡Larguémonos de aquí!

Bajó del coche y echó a correr hacia el extremo más distante de la calle. En el acto, varios jovenzuelos empezaron a correr tras él, mientras otros titubeaban. Detrás de ellos, Bob abrió un poco las pesadas puertas de madera.

—Por aquí —dijo Júpiter mientras empujaba al mayor hacia dentro.

Unos momentos después, apareció Pete entre los jóvenes que se dispersaban y se coló en el patio, precedido por el mayor Karnes, Júpiter y Bob. Los tres muchachos volvieron a cerrar las pesadas puertas, mientras el mayor Karnes se apoyaba, jadeante, en el muro interior.

—¡Hubert! —rugió—. ¡Esos gamberros! ¡La policía debería meterlos a todos en la cárcel!

El patio estaba pavimentado desde muy antiguo con grandes

piedras, entre las cuales crecían Jacarandas y pimenteros. La alta tapia, casi oculta por matas espléndidamente floridas, limitaba todo el patio y, en el lado más lejano había una breve hilera de tiendas. Todas parecían vacías y, frente a una de ellas, había una solitaria furgoneta.

El mayor sacó de su bolsillo un pañuelo rojo y se secó la frente.

—Gracias por ayudarme, muchachos, pero hubiera preferido ver cómo dispersaba la policía a aquella pandilla de granujas.

Pete se echó a reír.

—No había ningún policía, señor. Tuve que inventar algo para distraer su atención y atemorizarlos, a fin de que dejaran de amenazarle a usted.

—Y de que tuviéramos tiempo para abrir las puertas —dijo Bob.

El mayor se quedó boquiabierto.

—A fe mía que a eso se le llama pensar con rapidez. Pues bien, ahora seréis los primeros entrevistados, y no me importa donde viváis… ¡Hubert, idiota! ¡Ven de una vez!

—¡Muchas gracias, señor! —exclamaron Pete y Bob—. Es justo.

Júpiter frunció el ceño.

—Me temo que esos de ahí afuera creerán que esto es un tratamiento preferente.

—¡No permitiré que se me imponga un puñado de colegiales! —replicó secamente el mayor—. ¡Hubert, imbécil! ¿Dónde te has metido?

La puerta de una de las tiendas vacías se abrió por fin de par en par y apareció un gigante enorme que echó a correr hacia el pequeño mayor Karnes. Semejante a un elefante con un uniforme gris de chófer que le quedaba pequeño, el gigantesco recién llegado tenía una cara redonda que podía representar cualquier edad. Una pequeña y ridícula gorra de chófer se sostenía precariamente sobre su espesa cabellera rojiza y en sus ojos azules se leía el espanto.

—Lo… lo siento, ma… mayor.

—¡Idiota! ¡Han estado a punto de matarme ahí afuera! ¿Dónde estabas?

—Es… estaba ahí detrás probando la grabadora. Carl me estaba gritando y no oí…

—¡No importa! —rugió el mayor—. Ahora, saldrás tú y les dirás que dentro de diez minutos abriremos las puertas. Haz que formen

una cola y diles que no entrevistaré a nadie que viva dentro de los límites de la población. Por tanto, quienes no cumplan esta condición no vale la pena que esperen.

Obedientemente, Hubert avanzó con paso pesado hacia las puertas de la tapia. Al abrirlas, hubo un aullido de la muchedumbre que se había vuelto a congregar frente a ellas. Los jóvenes volvieron a avanzar hasta que vieron al coloso y entonces se pararon en seco. El mayor sonrió mientras Hubert disponía en fila a los aspirantes a la entrevista.

—Es fantástico cómo se las arregla Hubert para disuadir a todo el que quiere armar jaleo, sólo con hacer acto de presencia.

—Desde luego, a mí me disuadiría —declaró Pete.

—¡Sería capaz de parar un tanque! —aseguró Bob.

—Supongo que sí —admitió el mayor con un gesto de desprecio—, si no fuese tan corto. Está bien, muchachos, seguidme.

El mayor les condujo hacia la tienda del centro y, atravesando la vacía sala exterior, entraron en una pequeña trastienda. Las ventanas daban a un amplio patio posterior, limitado al otro lado por la alta tapia. Todas estaban cerradas y en una de ellas zumbaba un acondicionador de aire. Aparte de una mesa escritorio, un teléfono y unas cuantas sillas plegables, la habitación estaba totalmente desnuda. Un hombre corpulento y de negros cabellos, vestido con un mono de trabajo, examinaba un magnetófono sobre la mesa.

—Mientras Carl acaba de arreglar la grabadora, muchachos, os hablaré de la Sociedad de la Justicia para Bucaneros, Bandidos y Salteadores —el mayor se sentó en una esquina de la mesa—. La sociedad fue fundada por mi tío abuelo, un hombre muy rico, como resultado de sus investigaciones sobre la verdadera vida de nuestro antepasado el capitán Hannibal Karnes, más conocido como Barracuda Karnes, un corsario que navegó por el Caribe en tiempos coloniales.

—Vaya —comentó Bob—, pues yo nunca había oído hablar de Barracuda Karnes.

—Ni yo tampoco —musitó Júpiter—. El único famoso pirata que conozco en esa zona era Jean Lafitte.

—¡Ahí está la cosa! —gritó el mayor—. Barracuda Karnes fue tan famoso y tan buen patriota, durante la guerra de Independencia,

como Jean Lafitte lo fue durante la guerra de 1812, ¡pero la historia ha olvidado a Barracuda! Ni Lafitte ni Karnes fueron piratas; ellos fueron corsarios, hombres que atacaban a los buques de los enemigos de sus países. Karnes capturaba barcos británicos y entregaba sus valiosos cargamentos a los colonos norteamericanos durante la Revolución norteamericana. Lafitte era un contrabandista que sólo hostigaba a los barcos españoles y que se unió a Andrew Jackson para combatir a los británicos en la guerra de 1812. Nadie sabe por qué algunos hombres son recordados y otros son olvidados, pero mi tío abuelo decidió hacer algo al respecto. Empleó sus millones en la fundación de una sociedad que publicara libros y folletos para demostrar que muchos piratas, salteadores de caminos y ladrones fueron héroes y patriotas, mal comprendidos, como Lafitte y Robin Hood…

—Bueno, pero… —empezó a decir Júpiter, dudoso.

—¡Te llevarías una sorpresa mayúscula, muchacho! —aseguró el mayor—. Durante largos años, mi tío revolvió el mundo en busca de detalles sobre estos bandidos históricos y, cuando murió, yo decidí proseguir su noble tarea. Espero que California sea una mina de bandoleros históricos todavía no descubiertos. Y ahora, si mi amigo Carl lo tiene todo dispuesto… —el otro hombre asintió con la cabeza y el mayor preguntó—: Y bien, ¿quién va a ser el primero?

—¡Yo! —exclamó Pete—. ¡La historia del bandido el Diablo!

Júpiter, que ya tenía la boca abierta para hablar, se sentó en una silla junto a Bob y escuchó cejijunto la historia de Pete sobre el bandido mexicano que había atacado a los invasores norteamericanos después de la guerra de México. Pero apenas terminó Pete su descripción sobre quién era el Diablo, el mayor le interrumpió.

—¡Magnífico! ¡El Diablo me parece un candidato ideal para que la sociedad publique algo sobre él! Vamos a ver, ¿quién es el siguiente?

Júpiter no se hizo esperar.

—¡Yo tengo dos candidatos, mayor! El corsario francés Hippolyte de Bouchard y su lugarteniente, William Evans, que regresó mucho más tarde con el apodo del Pirata Púrpura. De Bouchard era un capitán francés a sueldo de Argentina, país que en 1818 estaba en guerra con España. Con la fragata Argentina, de

38 cañones, la Santa Rosa, que montaba 26 cañones, y 285 hombres pertenecientes a diez países, zarpó para atacar los buques y las colonias españoles. Tenía una fuerza muy superior a la de los coloniales de la Alta California, y por tanto incendió Monterrey, derrotó al gobernador Pablo Sola, y atacó la zona de Los Ángeles, donde…

—¡Bien! ¡Muy bien! —gritó el mayor Karnes, y se volvió hacia Bob—. ¿Y qué tienes tú para contar, muchacho?

Interrumpido tan bruscamente, Júpiter miró con incredulidad al menudo mayor. Él y Pete se cruzaron miradas mientras Bob empezaba a hablar sobre los soldados del general Fremont, que habían tratado de robar la espada de Cortés a don Sebastián Álvaro.

—¡Espléndido! Otra buena historia —no tardó en atajarle el mayor—. Muchachos, habéis hecho un buen trabajo. Carl lo tiene todo registrado, y cuando hayamos revisado todas las historias nos pondremos en contacto con vosotros.

—¿En contacto con nosotros? —murmuró Pete, decepcionado.

—Pe… pero… —tartamudeó Júpiter—, pero su anuncio decía que…

El mayor le dirigió una sonrisa radiante.

—Decidiremos qué historias vamos a utilizar y entonces os llamaremos para una entrevista completa, a veinticinco dólares la hora. Una bonita suma para vosotros, muchachos, ¿no es así? Al salir, decidle a Hubert que haga pasar al siguiente candidato.

Estupefactos, los chicos se encaminaron hacia la salida y dieron a Hubert el recado de Karnes. Lentamente, caminaron junto a la larga cola que se había formado ante la tapia y fueron en busca de sus bicicletas. Fue Pete quien dijo lo que todos estaban pensando.

—Muchachos, ¡nos han estafado!

Bob dio rienda suelta a su indignación.

—¡Aquel anuncio decía que se pagaría a todo el que trajese una historia!

—Desde luego, esto sugería el anuncio, Archivos —asintió Júpiter.

—¡Deberíamos denunciarlo! —exclamó Bob—. Apuesto que lo ha hecho porque somos unos crios —rezongó Pete.

—Tienes razón —asintió Bob—. ¡Escuchará a los adultos!

—Pues si lo hace, entonces le denunciaremos —dijo Júpiter,

encolerizado—. Creo que debemos vigilar al mayor Karnes y a sus amigos. ¡Vamos, chicos!

Capítulo 3
Una falsa deducción de Bob

Dejando sus bicicletas todavía sujetas a la barandilla, Los Tres Investigadores corrieron alrededor de la manzana hasta llegar a la tapia posterior del patio. Bob y Pete treparon por ella ágilmente y echaron una mano al jadeante pero decidido Júpiter. Se encontraron entonces detrás de la hilera de tiendas. En el gran patio posterior encontraron un buen escondrijo entre un roble viejo y nudoso y un frondoso jacaranda, desde el cual podían ver el interior de la trastienda del mayor. El mayor Karnes y Carl ya estaban entrevistando a otro chico. Las ventanas cerradas y el zumbido del acondicionador de aire impedían que los investigadores oyeran la conversación, pero pudieron comprender fácilmente lo que estaba ocurriendo.

—¡Mirad! —dijo Pete en voz baja.

Los investigadores vieron que el chico parecía repentinamente sorprendido, que empezaba a protestar, y que después abandonaba lentamente la habitación a petición del mayor Karnes. Era exactamente lo mismo que les había ocurrido a ellos.

—Entonces no somos sólo nosotros —observó Bob.

En aquel momento, Júpiter tuvo un sobresalto.

—¡Chicos! ¡Fijaos en ese tipo llamado Carl!

—¿Que nos fijemos en qué, Primero? —preguntó Pete, mirando hacia las ventanas.

—Esperad a que termine la próxima entrevista —dijo Júpiter.

Bob y Pete acecharon mientras entraba en la habitación un jovencito, hablaba por breve tiempo y seguidamente era invitado a salir por Karnes. Inmediatamente, Carl apretó un pulsador en el

magnetófono. Esperó un momento y después apretó otro, preparó el micro y, cuando el siguiente y entusiasta candidato empezó a hablar, volvió a poner en marcha la cinta.

—Está rebobinando y registrando de nuevo, Primero —dijo Pete lentamente—. No comprendo por qué…

—¡Claro! —exclamó Bob—. ¡Está utilizando la misma cassette una y otra vez! ¡Rebobina la cinta y graba de nuevo sobre ella!

—Y borra automáticamente la entrevista que acaba de grabar —añadió Júpiter.

—¿Borra? —repitió Pete, boquiabierto—. ¿Quieres decir que no ha quedado grabado nada de lo que les dijimos? ¿Ha quedado todo borrado?

—¡Nada de lo que les explicamos ha quedado registrado!

—Pues entonces, ¿cómo va a decidir el mayor quién ha de regresar para las entrevistas que piensa pagar? —quiso saber Pete.

—No podrá hacerlo —respondió Bob—, al menos, a juzgar por lo que nosotros dijimos allí.

—Entonces, ¿por qué hace todo esto?

—Ésta es una buena pregunta —dijo Júpiter—. Un momento… —se puso instantáneamente alerta—. ¡Ha entrado un adulto, muchachos! Vamos a ver si algo cambia…

Karnes saludó a la persona recién llegada con la misma rápida sonrisa y un gesto de cabeza hacia Carl para que éste pusiera en marcha la grabadora. El visitante no pudo extenderse más que los chicos en la explicación de su historia. El mayor le detuvo con la misma palmada en el hombro y amable, pero firmemente, le condujo a la puerta. El hombre se mostró tan sorprendido como todos los demás antes que él.

—Desde luego, ninguno de ellos sabe que Karnes miente —puntualizó Júpiter—. Todos creen que se les volverá a llamar y entonces cobrarán.

—Por consiguiente, todo eso es una estafa —dijo Bob—. Pero ¿por qué, Jupe?

Júpiter meneó la cabeza.

—No se me ocurre ninguna razón, Archivos. No tiene ningún sentido tomarse la molestia de hacer imprimir las hojas del anuncio, hacer venir a toda esa gente aquí, grabar las entrevistas y después borrar la cinta…

Y Júpiter, que no estaba acostumbrado a no comprender las cosas, se pellizcó el labio inferior, signo seguro de que estaba sumido en la reflexión.

De pronto, los investigadores advirtieron que habían entrado otras dos personas en la trastienda: un hombre alto y delgado, con barba y el uniforme azul de capitán de barco, con un niño que tendría varios años menos que Los Tres Investigadores. El mayor Karnes se mostró repentinamente muy interesado. Estrechó la mano al marino, invitó a él y al niño a sentarse, y después hizo un gesto con la cabeza a Carl para que pusiera en marcha en magnetófono. El mayor llegó incluso a sentarse también en una silla, mientras el marino hablaba y el niño intervenía de vez en cuando. Bob miró fijamente a los recién llegados.

—¡Sé quiénes son! Es Jeremy Joy. Va a nuestra escuela, y supongo que el hombre es su padre.

—¿Qué es el padre? ¿Capitán de algún barco? —preguntó Pete.

—Se ocupa de esa pequeña atracción turística en la Cueva de los Piratas —explicó Bob—. Ya sabes a qué me refiero… La Madriguera del Pirata Púrpura.

—Lo recuerdo —asintió Pete—. Una especie de Disneylandia en pequeño. Hay una excursión en barca y una especie de representación con piratas.

Júpiter asintió también.

—He oído hablar de ella, pero nunca he estado allí. Creo que sólo lleva unos años abierta. Todavía no es muy conocida.

—Sospecho que no tiene mucho éxito —admitió Bob—, pero dicen que el capitán Joy es un experto en todo lo referente al Pirata Púrpura y sus andanzas. Recuerdo que una vez nos habló en clase.

—¡Mirad! —exclamó en aquel momento Pete—. ¡El mayor sale del cuarto!

En efecto, Karnes salía de la trastienda, dejando a Carl, al capitán Joy y Jeremy en plena grabación. Un minuto más tarde se oyó un rugido de indignación procedente de la calle, al otro lado. Manteniéndose detrás de las matas y pegado a la tapia, Pete se acercó a gatas al patio anterior para investigar, y a los pocos momentos regresó muy excitado.

—¡Karnes y Hubert están dispersando a la gente! El mayor ha colgado un gran cartel en la puerta de la tapia: ¡NO MAS

ENTREVISTAS! ¡Está haciendo trampas otra vez!

Vieron cómo el mayor Karnes regresaba a la trastienda, seguido por el elefantino Hubert enfundado en su uniforme gris. Karnes hizo un gesto a Hubert para imponerle silencio y se sentó para escuchar al capitán Joy.

—Bueno —observó Pete—, al capitán Joy sí que le dejan contar su historia.

—¡Jupe! —exclamó Bob—. ¡Ya lo tengo! El capitán Joy es un experto en la historia del Pirata Púrpura. Lo único que le interesa a esa sociedad es la historia del Pirata Púrpura y por esto Karnes ya no necesita las otras entrevistas.

—No —objetó Júpiter—. ¿Recuerdas que yo también traté de hablar sobre el Pirata Púrpura?

—Tal vez él no te oyó, Jupe —sugirió Pete.

—O le tuvo sin cuidado —añadió Bob—, porque sabía que el capitán Joy era un experto en el Pirata Púrpura.

—Entonces, ¿por qué no ir directamente al capitán Joy y hacerle una oferta para comprarle su historia? —inquirió Júpiter.

—Bueno —murmuró Bob—, no sé…

—Para ahorrarse dinero, Primero —dijo Pete—. Mi padre dice que hay gente que organiza concursos para conseguir más baratos los artículos que si los compraran directamente. A todo el mundo le gusta ganar… o conseguir dinero con facilidad. Apuesto que Bob tiene razón: ¡el mayor montó todo ese tinglado de las entrevistas sólo para hacerse con la historia del capitán Joy!

—Ésta podría ser la explicación —rezongó Júpiter.

Pero en su voz había una nota de duda. Las piezas no encajaban del todo. Sin embargo, no dijo nada más mientras él y sus amigos seguían mirando como hablaban el capitán Joy y Jeremy ante el micrófono del magnetófono en el interior de la trastienda. Eran casi las once y media cuando el capitán Joy miró su reloj y se levantó. El mayor Karnes sacó dinero de su bolsillo y lo entregó al capitán, quien al parecer lo rechazó varias veces, hasta que por fin lo aceptó de mala gana. Seguidamente, Karnes estrechó calurosamente la mano del hombre alto y dio unas palmadas en la cabeza de Jeremy, y todos ellos salieron de la trastienda mientras Karnes hablaba y sonreía entusiasmado. Sin perder momento, los investigadores se trasladaron al patio anterior, caminando agachados y ocultos por

los matorrales.

A través de las abiertas puertas de la tapia, pudieron ver cómo el capitán Joy y Jeremy se dirigían hacia una maltrecha camioneta de reparto aparcada al otro lado de la calle. La camioneta había sido pintada de color púrpura y unas letras doradas anunciaban: LA MADRIGUERA DEL PIRATA PÚRPURA. ¡Sea pirata por un día! El capitán se volvió hacia la entrada del patio, donde se encontraban Karnes y sus dos hombres.

—Entonces les espero esta noche, a las nueve —dijo desde lejos.

Y seguidamente, el capitán Joy y su hijo se alejaron en la camioneta púrpura.

—¿Esta noche? —susurró Pete.

—Karnes debe querer conocer toda la historia del Pirata Púrpura —aventuró Bob.

—Pero… —empezó a decir Jupe.

En aquel momento, Carl puso en marcha el motor de la pequeña furgoneta aparcada en el patio y se marchó con ella. Después de cerrar las puertas de la tapia detrás de él, el mayor Karnes y Hubert se encaminaron de nuevo hacia la tienda.

Los muchachos corrieron agachados entre las matas hasta su escondrijo detrás de las tiendas. Desde allí pudieron ver a Karnes y a Hubert estudiando una especie de documento o dibujo.

—Parece un plano o un diagrama —comentó Bob.

Pero, antes de que pudieran cerciorarse, los tres amigos oyeron que un coche entraba en el patio y al poco rato apareció otro hombre en la habitación posterior de la tienda vacía. El recién llegado era bajo, gordo y totalmente calvo, y lucía un gran mostacho negro. Con gestos de excitación se acercó al mayor Karnes y empezó a señalar algo en el documento. AI poco rato, Karnes y el recién llegado se echaron a reír, e incluso Hubert pareció contento.

Sin poder oír nada a través de las cerradas ventanas, los chicos presenciaron impotentes como Karnes se acercaba a la grabadora y rebobinaba la cassette.

—Oye, Jupe —dijo Pete—, ¿no es ésa la misma cinta en la que grabaron la historia del capitán Joy y de Jeremy?

Júpiter y Bob miraron fijamente al Segundo Investigador, y después dirigieron de nuevo su mirada hacia el mayor. Éste seguía rebobinando la cinta.

—¡Tiene que serlo! —exclamó Bob—. ¡Recuerdo que Carl dejó la cassette en la grabadora! No entró nadie más en la habitación, después de marcharse el capitán Joy, hasta que el mayor y Hubert volvieron a ella, y hasta ahora no se acercaron a la grabadora —miró, parpadeante, a sus compañeros—. ¡El mayor está borrando también la voz del capitán Joy!

—Lo que significa —dijo Júpiter— que ni siquiera les interesa la historia del Pirata Púrpura.

—Pero bien dejaron que el capitán Joy hablase durante más de media hora —alegó Pete.

—Y despacharon en seguida a todos los demás —dijo Bob.

—Por tanto, sea lo que fuere lo que quieren —sentenció Júpiter—, tiene algo que ver con el capitán Joy y Jeremy.

—Pero ¿qué pueden querer? —exclamó Bob.

—¿Y qué ocurre aquí? —preguntó Pete.

—Eso es lo que tenemos que averiguar —decidió Júpiter muy serio—. Ahora, mi estómago me dice que se acerca la hora de almorzar. Volvamos al patio de la chatarrería para comer algo. Esta tarde vigilaremos al mayor Karnes y sus amigotes, y hablaremos con el capitán Joy —Júpiter sonrió a sus colegas detectives—. ¡Los Tres Investigadores tienen un nuevo caso!

Capítulo 4
La madriguera del Pirata Púrpura

Pero a Los Tres Investigadores les esperaba una sorpresa. Con gran disgusto por su parte, tío Titus insistió en que Júpiter le acompañara en un viaje nocturno de compras hasta San Luis Obispo. Bob se encontró ante la inesperada obligación de trabajar largas horas en la biblioteca, ya que uno de los empleados se había puesto enfermo. Y después de terminar sus tareas en el patio de los vecinos, Pete fue destinado a una limpieza a fondo en el garaje de su casa, tarea que había sido aplazada durante largo tiempo. Por tanto, pasaron dos días antes de que los frustrados muchachos pudieran reunirse en su puesto de mando secreto en el remolque poco después de las 11 de la mañana, para comenzar su investigación sobre los extraños tejemanejes del mayor Karnes.

—Pasé ante aquella tienda vacía la noche pasada —informó Júpiter— y el capitán Joy y Jeremy estaban allí, grabando su historia.

Se decidió de inmediato que Pete y Júpiter fuesen en bicicleta a la Cueva de los Piratas y que Bob regresara a la tienda de la calle de la Viña para vigilar al mayor Karnes y sus compinches. Bob llevaría consigo el último e ingenioso invento del Primer Investigador.

—Es un dispositivo de seguimiento invisible —explicó el corpulento jefe del grupo—. Con él podemos seguir a cualquiera, aunque no podamos verlo.

Con la duda pintada en su semblante, Pete examinó el pequeño aparato. Era un recipiente metálico del tamaño de una radio de bolsillo, lleno de un líquido espeso. En su base, un tubo se estrechaba para formar una punta hueca, parecida a un

cuentagotas. Había una pequeña válvula en el tubo y un imán en un lado del recipiente.

—¿Qué hace esto, Primero? —preguntó Bob.

—Deja una pista invisible para todos, excepto para nosotros. El imán adhiere la unidad a cualquier vehículo metálico. El líquido del recipiente es invisible hasta que se enfoca sobre él una luz ultravioleta. En la punta hay una válvula especial que deja caer una gota a intervalos regulares, dejando una pista que puede ser seguida fácilmente si se dispone de un foco de luz ultravioleta.

—¿Y nosotros poseemos ahora un foco de luz ultravioleta? —se aseguró Bob.

—Claro —contestó Júpiter sonriendo, y enseñó a Bob una pequeña linterna con una bombilla de extraño aspecto.

—Bueno, chicos, ¿y qué es la luz ultravioleta? —inquirió con cierta timidez Pete—. Supongo que es algo que en clase debió de pasarme por alto.

—Es una luz con una longitud de onda más corta que la de la luz que nosotros podemos ver, Pete —explicó Bob—. A veces la llaman luz negra porque hace que ciertos materiales iridiscentes brillen en la oscuridad. Si la enfocas sobre uno de estos materiales especiales en una habitación oscura, se ve brillar el material, pero no puedes ver el haz de luz.

—Ahora me acuerdo. ¿Verdad que la otra luz que no podemos ver es la infrarroja? —dijo Pete—. ¿Y tu aparato funciona a la luz del día, Jupe?

—Sí, pero la pista no brilla tanto, lo cual tal vez sea mejor —respondió el Primer Investigador—. Bob puede adherir el recipiente al coche del mayor y seguir la pista montado en su bici. El líquido seguirá goteando a intervalos regulares durante unas dos horas.

—Entonces, ¿a qué estamos esperando? —exclamó Bob.

Bob metió el aparato detector y la linterna en un pequeño macuto y seguidamente los tres muchachos se arrastraron por el túnel número dos y fueron a buscar sus bicicletas. Bob se dirigió hacia el pueblo, mientras Pete y Júpiter lo hacían hacia el norte, o sea los límites de la población y el mar. Mientras él y Pete pedaleaban, Júpiter se puso a pensar en voz alta:

—Dudo de que se trate de una coincidencia, Segundo, que Karnes pidiera que sólo los de fuera de la ciudad grabasen sus

historias.

—Otro truco para elegir a los Joy, ¿no crees?

—Parece lo más probable —admitió Júpiter.

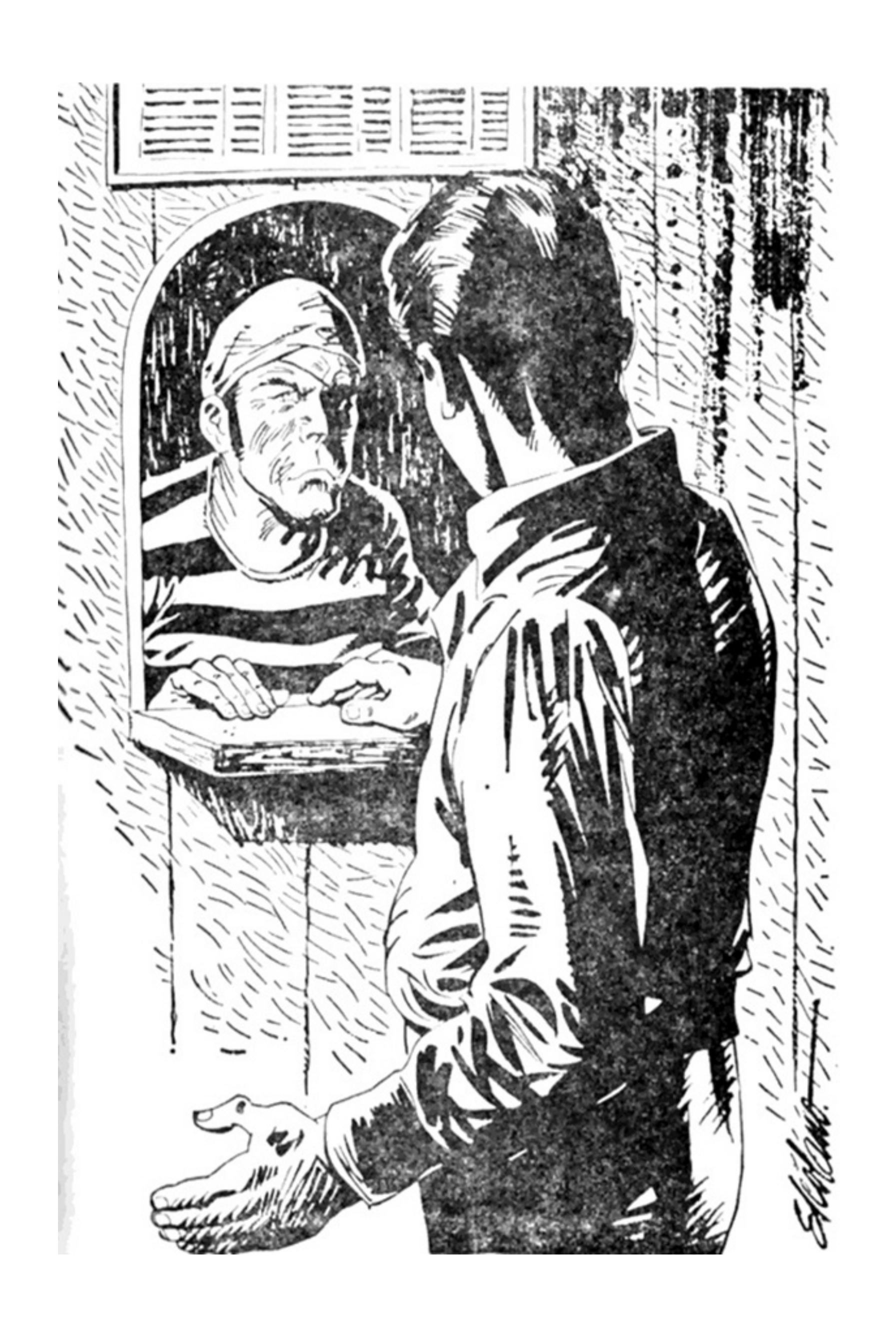
* * *

La Ensenada de los Piratas era una entrada poco profunda del mar en la costa, a unos kilómetros al norte de Rocky Beach. Había allí un pueblecillo formado por unas pocas casas y tiendas, unas cuantas barcas de pesca y un servicio de taxis aéreos a lo largo de la parte superior de la ensenada. La atracción turística se encontraba en la parte inferior. Cuando los dos amigos enfilaron la carretera a lo largo de la ensenada, pudieron leer un tosco letrero que anunciaba: «LA MADRIGUERA DEL PIRATA PÚRPURA. ¡Una aventura emocionante para toda la familia!».

Encontraron la atracción turística poco después de una piscifactoría de marisco. La Madriguera estaba en una pequeña península de la ensenada, cerrada en la parte de tierra por una destartalada valla. Ante esta valla había dos zonas de aparcamiento para coches. Al otro lado de la carretera, a la derecha de los muchachos, se alzaba una densa arboleda, con una cerca más allá de ella.

A aquella hora temprana del día había tan sólo unos pocos coches en los polvorientos aparcamientos. Varias parejas tomaban refrescos y esperaban cerca de la taquilla ante las puertas de la valla, mientras sus chiquillos alborotaban, pegándose patadas y gritando. Un cartel de madera sobre la taquilla pregonaba: EL «BUITRE NEGRO». ZARPA CADA DÍA A LAS 12, 1, 2, 3 y 4. Dentro de la caseta de la taquilla había un hombre corpulento y de rostro muy curtido. Era difícil determinar su edad, ya que su piel estaba arrugada hasta las orejas, debido a la constante exposición al viento. Llevaba una camiseta marinera a rayas, un parche negro en un ojo y un pañuelo rojo atado alrededor de la cabeza, y estaba anunciando las emociones del recorrido.

—¡Todos a cubierta, marineros de agua dulce; cada uno es pirata por un día en la Madriguera del Pirata Púrpura!



»¡Navegue a través de la Ensenada de los Piratas bajo la bandera de la calavera y los huesos cruzados, a bordo del siniestro bergantín Buitre Negro! ¿Quién se atreve? ¡Batalla entre las islas! ¡Huela la pólvora y presencie el ataque de los piratas! ¡Quedan ya pocas entradas! ¡El Buitre Negro zarpará dentro de veinte minutos! ¡No se queden en tierra!

Los componentes de las diversas familias se miraron entre sí como si se preguntaran quién había comprado los otros billetes, y después formaron una cola ante la taquilla. Pete y Júpiter se les unieron. Cuando Júpiter llegó frente a la ventanilla, habló con firmeza al malcarado taquillero, en voz baja y con una cara muy seria.

—Debemos hablar en seguida con el capitán Joy, buen hombre. Se trata de un asunto urgente.

El único ojo visible del taquillero miró fijamente a Júpiter.

—¡El capitán no habla con nadie durante una función!

—Pero si la función no ha… —quiso protestar Júpiter.

—¡El capitán está a bordo! ¡Anna!

Y seguidamente el bravucón desapareció por la parte posterior de la caseta y una chica de unos quince años acudió corriendo para ocupar su lugar. Tenía la tez aceitunada y unas rígidas trenzas negras.

—¿Cuántos, por favor? —preguntó a los muchachos con un marcado acento español.

—Necesitamos localizar en seguida al capitán Joy, señorita —dijo Júpiter.

—No comprendo. ¿Dos entradas, no? —preguntó la chica, insegura.

—Bonito problema, Jupe —observó Pete—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Sugiero que compremos nuestras entradas y participemos en la travesía. Tal vez podamos hablar con el capitán Joy y averiguar algo acerca de este misterio.

* * *

Después de comprar las entradas, Jupe y Pete atravesaron la amplia puerta de tela metálica de la valla y avanzaron por un

amplio paseo central entre dos edificios largos y bajos. El paseo conducía a un muelle donde estaba atracado el Buitre Negro, con la pasarela a punto para embarcar. El buque era una versión en tamaño natural de un velero de dos palos, todo pintado de negro y enarbolando la bandera negra con la calavera y las tibias cruzadas en su palo mayor. Evidentemente, los dos edificios bajos a cada lado habían albergado en otro tiempo establos o garajes. El de la izquierda había sido dividido en tres departamentos separados; en uno de ellos se servían refrescos, en el del centro se vendían *souvenirs*, y en el tercero se ofrecía café y «perritos calientes». El edificio de la derecha estaba abierto a lo largo de su parte frontal y en él se exhibían artículos náuticos o relacionados con los piratas; era un museo. En ambos edificios ondeaba la bandera negra con la calavera y había otra sobre la valla. Todo era pequeño y ajado, y en todas partes hacía falta una mano de pintura.

A la derecha del paseo, detrás del museo, los chicos pudieron ver unas hileras de robles y más allá un embarcadero y una torre de piedra. Ante la costa comenzaba una cadena de cuatro islotes en la ensenada, ninguno de los cuales era lo bastante grande para resultar habitable. Detrás de las islas, los dos amigos divisaron un pequeño hidroavión que despegaba desde el servicio de taxi aéreo, en el lado más distante de la ensenada.

—La Madriguera del Pirata Púrpura no es muy impresionante —observó Júpiter.

—Bob nos dijo que el negocio del capitán Joy no va muy boyante —recordó Pete—. Tal vez esto tenga algo que ver con lo que Karnes anda buscando.

—Es muy posible, Segundo —admitió Júpiter.

Caminaron por el amplio paseo, contemplando el museo a su derecha. Contenía espadas polvorientas y armas de fuego oxidadas, figuras de piratas y capitanes de barco toscamente modeladas en cera amarillenta, y raídos trajes que más parecían disfraces de Carnaval que piezas de museo. Al acercarse los chicos al muelle del Buitre Negro, vieron un personaje pequeño con una camisa desabrochada y unos holgados calzones de bucanero.

—¡Mira! —exclamó Pete—. ¡Si es Jeremy Joy!

Sin que al parecer se fijara en Pete, el chiquillo subió ágilmente por la pasarela del Buitre Negro, atracado de lado al muelle. El

capitán Joy en persona se encontraba en la cubierta de popa. El delgado propietario de la Madriguera del Pirata Púrpura llevaba una larga casaca negra, botas altas y un ancho cinturón de cuero, e iba armado con un sable de abordaje. Cubría su cabeza un tricornio como el de su hijo, adornado con una pluma roja enhiesta; ¡incluso exhibía lo que parecía ser un gancho de acero en vez de su mano izquierda! Llamaba a rugidos a los turistas para que subieran a bordo.

—¡Ojojoy, y una botella de ron! ¡Subid a bordo, compañeros, sin tardanza! Pasa por aquí un rico galeón y la marea está en su punto alto. ¡Levaremos anclas y nos haremos a la mar para apoderarnos de tan espléndido botín!

Obedientemente, Jupe y Pete subieron al barco con los turistas. De pronto, a través de los altavoces instalados entre el aparejo sobre cubierta se oyeron voces de piratas que entonaban canciones marineras y proferían aullidos escalofriantes, y en cubierta aparecieron figuras de cartón que representaban piratas con parches en los ojos y cuchillos entre los dientes. Una sola vela fue izada en el mástil principal y el Buitre Negro empezó a apartarse del muelle, obviamente impulsado por un motor.

—¡Caray! —comentó Pete—. No queda muy real que digamos con esas canciones en lata y el motor.

El reducido grupo de turistas sobre cubierta miraba a su alrededor, un tanto sombríos todos ellos, contemplando los piratas de cartón y la solitaria vela. De pronto brotó de los altavoces el sonido violento del viento y las olas encrespadas, y con el falso ruido de la tormenta, los estentóreos gritos de piratas grabados en cinta y las canciones enlatadas, el Buitre Negro se adentró, con el audible put-put-put de su motor, en la Ensenada de los Piratas.

—¿Qué puede interesar a Karnes y su pandilla de ese viaje tan tonto? —preguntó Pete.

—No lo sé, Segundo —dijo Jupe—. ¡Tú ten los ojos bien abiertos!

Capítulo 5
Bob hace un descubrimiento

Cuando Bob llegó al patio cercado de la calle de la Viña, encontró cerradas las altas puertas de madera. En consecuencia, dio la vuelta a la manzana y escaló de nuevo la tapia posterior. Cautelosamente, gateó a través de las matas y atisbo por la misma ventana trasera de la tienda que había estado vigilando dos días antes. No había nadie en ella, y se apostó entre los matorrales para esperar.

Quince minutos más tarde, oyó que se abrían rechinando las pesadas puertas de madera. Un vehículo entró en el patio, y al poco rato apareció el mayor Karnes en la habitación posterior de la tienda vacía, cargado con una bolsa de papel. Al parecer, el hombrecillo estaba solo. Bob le vio sentarse ante la mesa, sacar de la bolsa un recipiente con café y beberse su contenido. Después, Karnes extrajo un papel doblado del bolsillo de su chaqueta y lo extendió sobre la mesa.

A continuación, se inclinó sobre el papel, provisto de una pequeña regla, y tomó varias medidas. Los resultados parecieron complacerle y escribió algo en una pequeña libreta. Después se levantó y escuchó, y Bob oyó que un segundo vehículo entraba en el patio. Karnes se dirigió hacia la puerta de entrada a la tienda. Bob se arrastró entre las matas a lo largo de la tapia lateral y pudo observar que otro vehículo —un camión— pasaba entre las puertas.

Oculto por los matorrales junto a la tapia. Bob estudió los tres vehículos que se encontraban en el patio. Había una furgoneta en la que Carl se había marchado dos días antes; una camioneta blanca de reparto de helados, y un camión pesado con una plataforma en la parte posterior que podía elevarse y descender; en un lado

ostentaba el nombre ALLEN. SERVICIO FORESTAL. El mayor Karnes estaba hablando a media voz con dos de los conductores, un vendedor de helados con uniforme blanco y un hombre del servicio de mantenimiento del arbolado, con ropa de trabajo y varias herramientas colgando de un ancho cinturón de cuero. Los dos recién llegados daban la espalda a Bob, pero había algo familiar en ellos. Bob se estaba estrujando el cerebro tratando de recordar dónde había visto antes a los dos conductores, cuando éstos volvieron a subir a sus vehículos, y salieron del patio, dejando abiertas las puertas de la tapia.

El mayor Karnes regresó a la tienda vacía y Bob abandonó su escondrijo entre las matas y se acercó cautelosamente a la fachada. A través de la puerta abierta, oyó la voz del mayor:

—¡Sí, muy bien, borrico! ¡Te daré diez minutos!

Y Bob oyó también que colgaba con violencia el teléfono. Rápidamente sacó de su macuto el aparato detector de Júpiter y corrió hacia la furgoneta todavía aparcada en el patio. Metió el brazo debajo de ella y adhirió el imán en el interior del chasis metálico, con el cuentagotas del recipiente apuntando hacia abajo. Después volvió corriendo a los matorrales y siguió esperando. Esta vez la espera no fue larga.

El diminuto mayor salió apresuradamente de la tienda, subió a la furgoneta, la puso en marcha y cruzó las puertas del patio. Afuera, paró el vehículo, se apeó y cerró las puertas. Después, Bob oyó que la furgoneta se alejaba. Corrió entonces hacia la tapia posterior y encontró su bicicleta tal como la había dejado, sujeta con cadena y candado a un poste de teléfono. Pedaleando vigorosamente, llegó al portal de madera y encendió la pequeña linterna de luz ultravioleta.

La pista de puntos purpúreos luminosos era clarísima y se orientaba hacia la derecha. Bob sonrió e inició la persecución.

Los puntos luminosos se dirigían hacia el mar y después hacia la autopista. Bob empezó a preocuparse. Si Karnes tomaba la autopista, de ninguna manera podría Bob seguirle montado en una bicicleta. Esto no dejaba de ser un error de Júpiter en el planteamiento de su nuevo aparato. ¿O no lo era? Bob ya podía oír al fornido Primer Investigador explicando que, evidentemente, si alguien a quien estuvieran siguiendo enfilaba la autopista,

probablemente su velocidad no permitiría que ninguna bicicleta pudiera seguirle. Y mientras Bob sonreía para sus adentros al pensar en la probable explicación de Júpiter, vio, con no poco alivio, que los puntos luminosos se apartaban de la carretera y conducían directamente a un gran centro de compras.

Bob avanzó lentamente entre las hileras de coches aparcados, buscando la furgoneta. Sintiéndose un tanto ridículo al enfocar el suelo con una linterna en plena luz diurna, Bob vio con satisfacción que la mayoría de los compradores se encontraba dentro de las tiendas. Sin embargo, no pudo encontrar la furgoneta en ninguna parte. Se apeó y atisbo cautelosamente desde la esquina de una ferretería, lugar al que le condujo la pista de puntos luminosos. La furgoneta estaba aparcada junto a la entrada lateral de la tienda, con sus puertas traseras abiertas de par en par. Mientras Bob acechaba, Karnes salió de la ferretería seguido por el gigantesco Hubert, que cargaba con lo que parecía ser un fardo de viejos sacos de patatas.

Hubert amontonó los sacos dentro de la furgoneta, y después los dos hombres regresaron a la tienda. Bob ansiaba echar un vistazo al interior de la furgoneta, pero intentarlo era demasiado arriesgado, ya que el mayor y Hubert podían reaparecer de un momento a otro. ¡Y así fue! Esta vez, Hubert trotaba detrás de su dinámico y diminuto jefe transportando lo que parecía ser un cargamento de grandes pilas para linterna. Las metió también en la furgoneta y cerró las puertas.

—Date prisa, cretino —le dijo Karnes—. Necesito comer algo.

Los dos hombres se instalaron en la cabina de la furgoneta y ésta se alejó. Bob, frustrado, esperó hasta que el vehículo se perdió de vista, para que el mayor no pudiera verle y reconocerlo. Después siguió una vez más la pista de puntos fosforescentes. Pedaleaba con rapidez cuando dobló otra esquina de la zona de aparcamiento y estuvo a punto de chocar con la parte posterior de la furgoneta. Sofocando una exclamación, miró rápidamente a su alrededor, buscando al mayor y a Hubert. La furgoneta estaba parada frente a un restaurante de autoservicio, y Bob vio a los dos hombres en su interior, encargando comida en la barra. ¡Había llegado por fin su oportunidad!

Abrió las puertas traseras del vehículo y examinó su interior. Vio

el fardo de sacos viejos de patatas y vio las pilas de linterna. Y vio, también, un montón de palas y picos sucios de barro… barro fresco, recién excavado.

Capítulo 6
¡Ataca un pirata!

Mientras el Buitre Negro navegaba lentamente a través de la Ensenada de los Piratas, la voz del capitán Joy rugía a través de los altavoces, mezclada con el fragor del viento y el oleaje, y los alaridos de los piratas.

—¡Bienvenidos a la madriguera del Pirata Púrpura, la experiencia más apasionante y estremecedora al norte de Los Ángeles! Revivirán aquí la infame historia del Pirata Púrpura en esta ensenada, y de sus igualmente nefastos compinches. Nuestra historia empieza en el año 1818, cuando dos negros navíos soltaron anclas ante la costa de Alta California. Eran la fragata Argentina, de 38 cañones, bajo el mando del capitán Hippolyte de Bouchard, un bucanero francés, y la Santa Rosa, un buque de 28 cañones mandado por el pítala Pedro Conde, y con el teniente William Evans como segundo de a bordo.

»Los dos buques llevaban 285 tripulantes y enarbolaban la bandera de Argentina. En 1818, Argentina estaba en guerra con España y había contratado los servicios de estos infames piratas para atacar ciudades y barcos españoles. En 1818, California era española, y el día veintiuno de noviembre, al amanecer, los dos navíos abrieron fuego contra la ciudad de Monterrey y las fuerzas del gobernador Sola. ¡BUUUM!

—¡Demonios! —gritó Pete, y alzó un pie en el aire al lanzar una bocanada de humo el cañón que había debajo de él.

La humareda se extendió por cubierta y todos empezaron a estornudar.

—¡Las baterías costeras no tardaron en contestar al cañoneo! —

¡POP!—. ¡Ahí va!

El Buitre Negro se estaba aproximando a la primera de las cuatro diminutas islas de la ensenada. Júpiter y Pete pudieron observar frágiles pasarelas que unían los islotes entre sí y con la orilla del litoral. Al pasar el barco ante la primera isla, cuatro maltrechas figuras de cartón, que representaban otros tantos soldados españoles antiguos, surgieron entre la maleza, impulsadas por algún mecanismo automático que les hacía bascular hacia atrás y adelante. Un pequeño y viejo cañón sobre ruedas poco seguras asomó la boca entre las rocas del islote y efectuó un segundo disparo.

¡POP!

—¡Tuvo lugar un violento duelo de artillería!

¡*BOOM*! El cañón del barco volvió a soltar una bocanada de humo. ¡POP! El cañoncito de costa se inclinó de lado y estuvo a punto de volcar.

—¡El sanguinario De Bouchard no tardó en lanzar un ataque con fuerzas muy superiores, que derrotó al gobernador Sola y sus tropas!

Desde el bauprés del lento Buitre Negro, dos piratas se descolgaron con ayuda de cuerdas, en el pequeño islote, con puñales de madera entre sus dientes. Una vez en tierra firme, desenvainaron sus sables, profirieron juramentos náuticos y atacaron a las figuras de cartón, que inmediatamente se desplomaron de espaldas en la maleza. Los piratas, obviamente el curtido taquillero y el joven Jeremy disfrazados, desenrollaron una bandera negra de papel y la agitaron.

—Empiezo a comprender por qué al capitán Joy no le van muy bien las cosas —comentó Pete.

—Sí, yo también —asintió Júpiter.

El altavoz volvió a hablar:

—Los piratas prendieron fuego a todas las casas de Monterrey, excepto la misión y la aduana, y después zarparon rumbo al Sur. Pronto llegaron a la ensenada del Refugio y a la hacienda Ortega. Los Ortega metieron todos sus bienes más preciados en arcas y, a través del paso del Refugio, se pusieron a salvo en la Misión de Santa Inés.

El Buitre Negro había llegado al segundo islote y ahora

aparecieron entre sus matas dos figuras con sombreros y chaquetas de *cowboy*. Era evidente que Jeremy y el viejo taquillero habían corrido de una isla a otra a través de la pasarela y ahora representaban a dos nobles españoles. Entre los dos transportaron un solo baúl hasta un insignificante montículo del islote, mientras el altavoz emitía el estruendo de un ejército lanzado al galope y los gritos de una horda de piratas.

—Los piratas desembarcaron y procedieron a incendiar toda la hacienda de los Ortega.

De nuevo con atuendos de piratas, el taquillero y Jeremy reaparecieron provistos de falsas antorchas confeccionadas con mangos de escoba con una bombilla roja encendida en el extremo superior. Una bomba de humo produjo una leve humareda, unos edificios de cartón pintado que representaban un rancho lanzaron reflejos rojos gracias a una visible rueda de focos que giraba detrás de ellos, y los dos piratas danzaron grotescamente alrededor del supuesto incendio.

—Los dos navíos siguieron navegando a lo largo de la costa, incendiando y saqueando, hasta que llegaron a la ensenada que ahora surcamos, llamada entonces ensenada de Buenavista. Allí, los grandes terratenientes españoles decidieron presentar resistencia hasta la muerte para salvar Los Ángeles y las otras ciudades hasta San Diego.

El barco se encontraba ahora frente al mayor de los islotes de la ensenada. Una hilera de figuras de cartón pintado, con diversos atuendos españoles antiguos, surgió de repente a lo largo de un breve acantilado. El pintado era muy tosco, casi todo color había desaparecido, y muchas de las figuras estaban rotas. Una serie de piratas igualmente maltrechos apareció junto a la orilla, y los altavoces del barco empezaron a emitir fragores de batalla. El «combate» prosiguió durante algún tiempo, con fragor de disparos de la artillería, gritos de piratas, enardecidos desafíos de los españoles y chocar de espadas, mientras el pequeño grupo de turistas a bordo contemplaba apáticamente la penosa escena.

—Los viejos hidalgos de la Alta California lucharon con bravura, pero los piratas vencieron y desde entonces esta cala ha sido conocido como Ensenada de los Piratas. De Bouchard y sus sicarios saquearon todas las haciendas, llevándose consigo joyas, plata y

oro, y después zarparon rumbo al Sur para asaltar todas las poblaciones ante las que pasaban, hasta que por fin se alejaron en sus barcos para no regresar nunca más. Pero dejaron detrás de ellos algo más que el nombre de una ensenada y unas haciendas arrasadas por el fuego. ¡Dejaron el Pirata Púrpura!

El capitán Joy señaló con un gesto dramático el último islote. Allí, sobre un pedestal de hormigón, se alzaba una figura impresionante que blandía amenazadoramente un sable curvo. La figura, gruesa y muy recia, llevaba todas sus ropas de color púrpura, desde su ancho sombrero de pirata, con una airosa pluma púrpura, hasta sus botas de ante purpúreo. El hombre llevaba una larga capa púrpura con los bordes galoneados en oro, unos amplios calzones púrpura, y un antifaz púrpura sobre un imponente mostacho negro. Llevaba varias pistolas antiguas en su cinturón púrpura, y una daga en una bota.

—El teniente William Evans, segundo de a bordo en el Santa Rosa, se amotinó contra De Bouchard, mató a Pedro Conde y volvió a la Ensenada de los Piratas. Una vez en ella, creó una base pirata, rebautizó su barco con el nombre de Buitre Negro, y durante muchos años sembró el terror en estas costas. Siempre iba vestido de púrpura, desde la pluma hasta las botas, lo que le valió el infame apodo de el Pirata Púrpura. Sus correrías fueron incesantes, por mar y tierra, y derrotó a todas las fuerzas militares enviadas contra él. Repetidas veces escapó de su torre fortaleza de piedra, que todavía se alza aquí en la Madriguera del Pirata Púrpura (pueden verla a su derecha), hasta que un día, en 1840, quedó irremediablemente atrapado en ella. ¡Pero no fue posible apresarlo! ¡Desapareció, simplemente, y nunca más volvió a ser visto! La familia Evans todavía es hoy propietaria de la península y de la torre.

Mientras el capitán Joy narraba la historia del Pirata Púrpura, el barco pirata dio media vuelta y emprendió el regreso, navegando junto a las pequeñas islas. Los muchachos siguieron la dirección señalada por el brazo extendido del capitán Joy, para ver de nuevo la vieja torre de piedra, de cuatro pisos, más allá de la atracción turística. Parecía notablemente vulgar y vacía. Seguidamente, se repitió la mediocre representación para ilustrar las incursiones y batallas protagonizadas por William Evans. El taquillero y Jeremy desempeñaron todos los papeles no asumidos por las figuras de

cartón, corriendo por las pasarelas entre los islotes a fin de estar en todas partes, hasta que la lamentable función concluyó en el muelle. En aquel momento, una de las avionetas taxi del otro lado de la ensenada pasó rugiente sobre sus cabezas, disipando con ello toda débil ilusión que hubiera podido existir.

—Esto completa nuestra travesía, señoras y caballeros, así como nuestra historia del nefasto Pirata Púrpura de California. Al desembarcar, encontrarán a su derecha refrescos y venta de recuerdos. Tómense todo el tiempo que necesiten. La próxima travesía comenzará dentro de quince minutos.

Hubo algunas risas y murmullos, pero en su gran mayoría los viajeros bajaron por la pasarela en silencio. Algunos se detuvieron ante la parada de *souvenirs*, para examinar los modelos de buques, las dagas, los sables en miniatura y otros artículos de plástico procedentes de Hong Kong. La joven mexicana había cerrado la taquilla y se ocupaba ahora de la parada de refrescos. Algunos chiquillos hicieron que sus padres les compraran bocadillos y bebidas. Pete y Júpiter esperaron al capitán y a Jeremy, examinando las paradas y paseando, pero los Joy no se dejaron ver.

—Estoy seguro de que viven aquí mismo —dijo Júpiter.

Miraron detrás del destartalado museo, pero no había nada allí, salvo la torre de piedra y los robles. Sin embargo, al otro lado del paseo, detrás de las barracas de refrescos y recuerdos, vieron un gran remolque caravana y corrieron hacia él. Había en la puerta una cartulina que decía: CAPITÁN MATTHEW JOY. Júpiter llamó pero no hubo respuesta.

—Tal vez el capitán todavía está en el barco —sugirió Pete.

—Lo dudo, Segundo —declaró Júpiter—. Quizás esté ahí dentro y no nos oiga.

Las ventanas delanteras de la caravana estaban cubiertas por persianas, pero detrás, donde el remolque estaba orientado hacia la ensenada y el largo muelle de la factoría marisquera contigua, encontraron una ventana abierta. Júpiter se asomó a ella para ver si había alguien dentro.

—¡Ju… Jupe! —tartamudeó Pete.

Júpiter se volvió en redondo desde la ventana. El Pirata Púrpura les estaba contemplando. ¡De pronto, con un grito estentóreo, el enmascarado pirata levantó su sable de abordaje y cargó contra

ellos!

—¡Aaaaaahhhhhh!

—¡Socorro! —chilló Pete.

Los dos chicos estaban pegados a la pared metálica del remolque y el sable amenazador brillaba a unos palmos.

Capítulo 7
Bob en apuros

Sin retirada posible, Júpiter y Pete tragaron saliva y contemplaron fijamente el sable que se acercaba a sus pechos.

—¡Esta vez os he pillado con las manos en la masa! —gritó la chillona figura del Pirata Púrpura con la voz del taquillero—. ¡Y ahora fisgoneando también en pleno día!

—No… nosotros sólo estábamos buscando al capitán Joy —balbució Pete—. Ya le dijimos a usted en la taquilla que…

—¡Curioseando a través de las ventanas! —gritó el enmascarado—. ¡Fisgoneando por ahí de noche!

—¿De noche? —repitió Júpiter—. ¿Alguien ha estado merodeando por ahí de noche otras veces?

—Sabes perfectamente que has estado merodeando por aquí y muy a menudo…

En aquel momento Jeremy Joy apareció junto a la esquina del remolque y vio al Pirata Púrpura y a los dos muchachos.

—¡Pete Crenshaw! —exclamó Jeremy—. ¡Y Júpiter Jones! ¿Qué estáis haciendo aquí los dos?

—¡Hemos venido a ver a tu padre, Jeremy! —contestó apresuradamente Pete.

—¿Conoces a ese par? —preguntó el taquillero disfrazado de Pirata Púrpura, todavía con una nota de sospecha.

—Claro que sí, Sam. Van a mi escuela. ¡Aparta el sable!

De mala gana, el taquillero enfundó su sable de abordaje y se quitó la máscara.

—Demasiados intrusos aquí estas dos últimas noches —rezongó.

—Sam es suspicaz por naturaleza, chicos —dijo Jeremy

sonriendo, y procedió a hacer las presentaciones—. Sam Davis, son Pete Crenshaw y Júpiter Jones. Salty Sam es el ayudante de mi padre, su mano derecha podríamos decir.

—Salty Sam —musitó Júpiter—. Esto significa que tiene usted un historial náutico[1].

—Serví veinte años en la marina, si a eso te refieres —replicó Sam.

—Al parecer, nos confundió usted con unos intrusos. Ésta es nuestra primera visita a la Ensenada de los Piratas. Hemos venido a hablar con el capitán Joy acerca del mayor Karnes —explicó Jupe.

—Papá está arreglando la máquina de hacer café —dijo Jeremy —. Vamos a verle.

Encontraron al capitán Joy en la tienda del café, frente a un obeso y enfurecido turista.

—Hemos sido engañados —estaba diciendo aquel hombre encolerizado—. ¡Esa supuesta atracción no vale nada! ¡Quiero que se me devuelva mi dinero!

—Lamento que no le haya gustado nuestra atracción, caballero —contestó el capitán cortésmente—, pero no tiene derecho a un reembolso. No hay en todo el mundo una atracción que agrade a todos por igual.

El hombre le miró con ojos iracundos.

—Tendrá usted noticias mías. Se está usted embolsando dinero con falsas promesas. ¡Veremos lo que dice al respecto la Oficina de Reclamaciones local!

Hizo un gesto a una mujer y un niño y echó a andar hacia la zona de aparcamiento. El capitán Joy sacó del bolsillo un pañuelo color púrpura y se secó la frente.

—No sé por cuánto tiempo podremos seguir trabajando sin el dinero necesario para ofrecer una representación decente —dijo el capitán a Jeremy.

—Tal vez sería mejor que cerrásemos, capitán —sugirió Salty Sam—. Debe salvar el poco dinero que le queda.

Jeremy miró a Sam y después se volvió hacia su padre.

—Ánimo, papá, estoy seguro de que todo se arreglará.

El capitán suspiró.

—Tal vez si el mayor Karnes sigue pidiéndome que le contemos historias a veinticinco dólares la hora, podamos arreglar unas

cuantas cosas y atraer a más clientes.

—¡Sé que él lo hará, papá! —aseguró Jeremy con vehemencia.

—Señor —intervino Júpiter, después de aclararse la garganta—. Precisamente hemos venido a hablar de esto con usted.

—¿Hablar conmigo? —repitió el capitán, mirando con el ceño fruncido a Júpiter y Pete—. ¿Y quiénes sois vosotros, muchachos?

—Júpiter Jones y Pete Crenshaw —explicó Jeremy—. Son de mi escuela y quieren hablar contigo acerca del mayor Karnes.

—¿Qué pasa con el mayor? —quiso saber el capitán Joy.

—¡Se trata de lo que ese hombre está haciendo! —exclamó Pete.

—Creemos que hay en él algo que resulta muy sospechoso —dijo Júpiter.

—¿Sospechoso? —inquirió el propietario de la Madriguera del Pirata Púrpura, mirando fijamente a los dos chicos—. ¡No hay nada sospechoso en el mayor Karnes! ¡Esto es ridículo! ¡Primero los turistas y ahora vosotros! ¿Por qué no os ocupáis de vuestros asuntos?

* * *

Después de descubrir los sacos y las herramientas de cavar en la furgoneta, Bob esperó hasta que Hubert y el mayor Karnes salieron del restaurante y prosiguieron su camino. Entonces volvió a pedalear tras ellos, siguiendo la pista luminosa con su linterna especial. ¡Esta vez, los puntos fosforescentes le llevaban directamente a la Ensenada de los Piratas!

La hilera de puntos pasaba ante los terrenos de aparcamiento y la entrada de la Madriguera del Pirata Púrpura. Había muy pocos coches en el aparcamiento, y sólo dos clientes ante la camioneta de venta de helados estacionada delante de él. Bob no tuvo dificultad en seguir el sendero luminoso frente a la furgoneta de los helados y después de nuevo hacia atrás a través de la carretera. Seguía entonces a lo largo de un bosquecillo donde un hombre podaba un árbol desde la plataforma elevada de un camión del Servicio Allen. El hombre se encontraba casi a la misma altura de la torre de piedra al otro lado de la carretera, detrás de la cerca de madera de la Madriguera del Pirata Púrpura. Bob miró a su alrededor, pero no pudo ver la furgoneta, al mayor o a Hubert en ninguna parte. La

pista de puntos se dirigía hacia el Norte por la carretera, desde el camión del servicio forestal. Era como si se hubiera detenido junto a la camioneta de los helados, el camión del servicio forestal, y después seguido directamente y…

Bob pestañeó. ¿Una camioneta de venta ambulante de helados? ¿Un camión del servicio de poda de árboles? ¡Los dos hombres que habían estado con el mayor ese mismo día! Seguramente, Karnes había ido a la Ensenada de los Piratas sólo para hablar con ellos, y después se había vuelto a marchar.

Bob ocultó su bicicleta detrás de unas matas y avanzó sigilosamente para acercarse al camión del servicio de poda de árboles. Observó al hombre que se encontraba en la alta plataforma, y esta vez pudo ver su cara y sus cabellos negros y supo por qué antes le había parecido familiar. Era el hombre llamado Karl que hacía funcionar el magnetófono en la tienda vacía cuando los Investigadores se entrevistaron con el mayor Karnes. Y al mirar hacia la camioneta de los helados, allá a lo lejos, comprendió que el vendedor de helados era el otro ayudante de Karnes, aquel hombre bajo, gordo y calvo, con un gran mostacho, que había sido el último en entrar en la tienda vacía.

¡Todo era un tinglado bien disimulado, con disfraces y todo! Bob se preguntó si el hombre calvo había estado vigilando allí aquel primer día, mientras Carl y Hubert estaban en la tienda con el mayor. Y tal vez Hubert se había ocupado de vigilar mientras Carl y el hombre calvo hablaban con Karnes en Rocky Beach. ¡Aquella pandilla bien podía estar vigilando la Madriguera del Pirata Púrpura veinticuatro horas al día!

De pronto, Bob observó que Carl, en su plataforma, utilizaba unos prismáticos. Estaba mirando algo en el interior de la Madriguera del Pirata Púrpura, pero la cerca era demasiado alta para que Bob pudiera ver de qué se trataba. Carl seguía mirando y Bob tomó una pronta decisión. Podría seguir la pista de Karnes y Hubert más tarde… Ahora quería averiguar qué era lo que tanto interesaba a Carl.



Bob avanzó a través de los árboles hasta encontrarse frente a la entrada de la Madriguera del Pirata Púrpura. Al echar una última mirada a Carl, vio que el hombre moreno tenía sus prismáticos enfocados bastante a la derecha de los turistas. Ahora faltaba entrar en la Madriguera sin llamar la atención. Bob echó a andar tranquilamente por la carretera, pasó ante la camioneta de los helados —el compinche calvo del mayor Karnes nunca había visto a ninguno de los muchachos— y llegó a las puertas de la cerca. La taquilla de venta de entradas estaba cerrada, pero las puertas seguían abiertas. Bob las franqueó y dobló en seguida a la derecha, en dirección a las hileras de robles y la torre de piedra que se alzaba más allá de éstos.

Llegó a los árboles y se detuvo entre ellos para examinar la torre de piedra. Con sus cuatro pisos de altura y un tejado plano y provisto de un parapeto de piedra, la torre se alzaba casi junto al borde de la ensenada en el lado norte de la península. La aislaba de la carretera la misma y alta valla de madera que rodeaba la Madriguera. Alrededor de la torre no había más que polvo y hierbas hasta los árboles y la cerca. Junto a la orilla, bajo la torre, había una destartalada casilla para barcas. Bob no pudo ver nada que mereciera el acecho de Carl, excepto la propia torre o aquel viejo embarcadero, y decidió explorar éste en primer lugar.

Las toscas tablas de la casilla eran grises y acusaban los efectos de la intemperie. Había una sola ventana delante, y una puerta doble, cerrada. Todo el edificio se inclinaba a la izquierda y varias tablas estaban a punto de desprenderse. Parecía como si aquella estructura hubiera estado allí desde la época del mismísimo Pirata Púrpura.

Bob trató de atisbar a través de la ventana, pero lo único que pudo ver fue el débil brillo del agua en la semioscuridad. Se acercó a las puertas y las empujó con suavidad.

¡Y en aquel momento, algo duro hurgó en su espalda!

—Date la vuelta, pequeño, muy poco a poco —dijo una voz profunda.

Bob se encontró frente a un hombre de estatura mediana y anchos hombros, vestido con un pantalón blanco, sandalias de esparto y una camiseta azul. ¡Un hombre que le estaba apuntando con una pistola!

Capítulo 8
El capitán Joy dice que no

Frente a un capitán Joy tan poco cooperativo, Júpiter y Pete se sintieron descorazonados. Dieron media vuelta y se disponían a alejarse de la parada de refrescos, pero entonces habló Jeremy:

—¡Un momento, papá! Yo conozco a estos chicos. Creo que al menos podrías oír lo que han venido a decirte.

—Unos chismosos, eso es lo que son —rezongó Salty Sam—. Lo mejor será echarlos de aquí.

—Tengo que ocuparme de mi negocio —dijo el capitán—, pero os concederé cinco minutos puesto que sois amigos de Jeremy. Sam, vuelve a la taquilla. Vosotros dos venid conmigo.

El capitán Joy condujo a los muchachos al remolque. Estaba amueblado como cualquier casa, pero todo era más pequeño, para acomodarse a las diminutas habitaciones. El capitán les indicó con un gesto de la cabeza un sofá y Júpiter y Pete se sentaron. Jeremy se sentó en el brazo de un sillón. El capitán miró fijamente a los dos chicos.

—Bueno, soltadlo ya. ¿Qué tenéis que decir acerca del mayor Karnes?

Júpiter explicó todo lo que habían visto dos días antes cuando lo de las entrevistas, y dijo que las cintas magnetofónicas de ellos y de todos los candidatos que les siguieron habían sido rápidamente borradas. Puntualizó que Karnes había sugerido que todos serían pagados, pero que en realidad sólo había pagado al capitán Joy. Y Júpiter explicó que Karnes no tenía ninguna intención de entrevistar a aquellos a los que había enviado a sus casas el primer día, ni a ninguno de los que habían hecho cola detrás del capitán.

—Te llamas Júpiter, ¿verdad? —dijo el capitán—. Pues bien, Júpiter, ¿qué hay de malo en todo esto? Es obvio que Karnes sabía lo que quería, por lo que no necesitaba perder mucho tiempo con las primeras entrevistas, o guardar historias que no pudiera utilizar.

—¿Y el anuncio que decía que se pagaría a todos? —exclamó Pete.

—Simplemente, interpretaste mal el texto, Pete. O tal vez el mayor lo redactó mal.

—¿Y por qué despedir a la mitad de la gente sin escuchar siquiera sus historias? —preguntó Júpiter.

—Demasiada gente aquel primer día, tal como dijo él. Yo creo que su idea referente a los de la ciudad y los de fuera de la ciudad fue buena. Y justa.

—Pero, papá —intervino Jeremy—, si nunca entrevistó a nadie de la ciudad, esto no fue justo, ni siquiera honrado, ¿no lo crees?

—Bueno… —dijo el capitán, titubeante.

—Y ante todo, ¿por qué enviar todas aquellas circulares —prosiguió Júpiter— si no iba a entrevistar a la mayoría de los que las recibieron?

—Supongo que esto se debe a que él no sabía que Jeremy y yo teníamos toda la información que necesitaba. ¡Ya tienes la respuesta!

La voz del capitán era triunfal y Jeremy miró a los dos muchachos con una expresión interrogadora. ¿Habrían cometido una equivocación?

—En este caso, señor —dijo Júpiter—, ¿por qué borró también el mayor la cinta de la entrevista con usted y su hijo?

—¿Mi entrevista?

—¡Vimos cómo lo hacía!

—¡Imposible! —el capitán les miró con fijeza—. ¿Qué andáis buscando, en realidad, viniendo aquí y tratando de que yo…?

—Papá —le interrumpió Jeremy—. Es posible que en esto haya algo raro, ¿sabes? Quiero decir que Pete y Júpiter son detectives y es posible que tengan razón.

—¿Detectives? —exclamó el capitán Joy sarcásticamente—. ¿No iréis a decirme que todo esto es un juego de crios? ¿El juego de los detectives?

—No, papá, son detectives de veras. Enseñadle las credenciales,

chicos —dijo Jeremy.

—Categoría *junior*, señor —explicó Júpiter, entregando al capitán una tarjeta y una carta—, pero hemos tenido un cierto éxito en algunos casos.

El capitán cogió los papeles con una mueca despectiva y los leyó.

LOS TRES INVESTIGADORES

"Investigamos Todo"

? ? ?

Primer Investigador	Jupiter Jones
Segundo Investigador	Pete Crenshaw
Tercer Investigador	Bob Andrews

El capitán sofocó un bufido y leyó la carta.

La presente certifica que el portador es un ayudante junior *voluntario que coopera con la policía de Rocky Beach. Se agradecerá toda ayuda que le sea prestada.*

Firmado: Samuel Reynolds
Jefe de Policía

El capitán Joy asintió lentamente con la cabeza y miró con mayor amabilidad a los dos muchachos.

—Veo que el jefe de la policía os tiene en gran estima —dijo—. Siento haber dudado de vuestras intenciones, chicos. Ahora ya sé que pretendíais ayudar, y por otra parte hubiera bastado con saber que sois amigos de Jeremy. Sin embargo, tengo la seguridad de que habéis cometido algún error, o al menos de que ha habido algún malentendido.

—Pero papá —dijo Jeremy—, ¿por qué borraría tu primera cinta?

—Si lo hizo, tal vez hubo alguna razón técnica —alegó el capitán—. O tal vez quería utilizar una cinta especial para la entrevista definitiva, o quería que empezáramos de una manera

diferente. Ahora, llevamos ya dos días grabando, y estoy seguro de que no ha borrado estas cintas.

—Tal vez debiera usted comprobarlo —sugirió Júpiter.

El capitán frunció el ceño.

—¿Y qué crees que pueda estar haciendo el mayor, Júpiter?

—A nosotros nos parece muy probable que montara todo este tinglado de las entrevistas sólo para llegar hasta usted y Jeremy.

—¡Pero si antes nunca habíamos visto a Karnes! Ni siquiera habíamos oído hablar de él. No puede haber nada que él quiera conseguir de nosotros. Esta atracción apenas nos permite subsistir, y ni siquiera nos llegará para esto, si no conseguimos algún dinero para mejorarla.

—Vamos a ver qué le parece esto —propuso Pete—. Tiene usted aquí un terreno. ¡Tal vez el mayor busca apoderarse de él!

—Yo no soy el propietario de estos terrenos, Pete. Me los tiene alquilados la familia Evans.

—¿Evans? —exclamó Pete. El capitán asintió.

—La familia de aquel pirata todavía posee terrenos en la ensenada.

—Creía que él había desaparecido sin dejar rastro —dijo Pete.

El capitán sonrió.

—Así fue, pero más tarde volvió. Incluso llegó a reformarse. Pero resultó más dramático hacerlo desaparecer y convertirlo en una leyenda.

—¿Y qué sabe de esos merodeadores nocturnos? —Inquirió Júpiter.

—No estoy seguro de que haya tales merodeadores. Ha habido algún que otro hombre que ha recorrido esto de noche, pero el ferrocarril pasa cerca de aquí y a veces hay algún vagabundo que busca en nuestras instalaciones un buen lugar en el que dormir —explicó el capitán—. Mirad, muchachos, estoy seguro de que esta vez os equivocáis. No hay razón alguna por la que el mayor Karnes o sus ayudantes estén haciendo algo que nos perjudique a nosotros. No hay nada que pueda querer de nosotros.

—Papá —dijo Jeremy—, ¿y si contratáramos a Los Tres Investigadores para aclarar todo esto de una vez? Para estar seguros del todo.

—¡No, y esto es definitivo! —replicó el capitán con firmeza—.

Muchachos, creo que estáis buscando un problema allí donde no hay ninguno… y nosotros necesitamos el dinero que nos está pagando Karnes. No quiero correr el riesgo de perderlo. Quiero que dejéis en paz al mayor. ¿Está claro?

Antes de que los decepcionados Investigadores pudieran contestar, se oyó una voz encolerizada ante la puerta del remolque.

—¡Joy! ¡Abra la puerta! ¡Ya le advertí respecto a los intrusos!

Capítulo 9
Una advertencia

—¡Es Joshua Evans! —exclamó el capitán Joy. Abrió la puerta de la caravana y entró un hombre fornido y musculoso, ataviado con pantalones blancos y una camiseta azul. Su cara estaba enrojecida por la ira.

—Joy, ya le advertí que mantuviera a su gente alejada de la torre. Ahora acabo de capturar a uno de ellos tratando de entrar en la vieja caseta de barcas, y va y me dice que es un crío detective que trabaja en no sé qué tonterías de usted.

—¡Bob! —exclamaron a la vez Pete y Júpiter.

—¿Qué es eso? —el recién llegado se volvió, airado, hacia los dos Investigadores. Después arrastró a Bob al interior del remolque —. ¿Conocéis a ese sinvergüenza, verdad? ¿Ellos también son delincuentes juveniles, Joy?

—No, no lo somos, ni tampoco lo es Bob —replicó Pete, acalorándose.

El hombre fulminó con la mirada a Pete.

—Nadie te estaba hablando a ti, muchacho. ¿Cómo es que esos dos conocen a mi fisgón, Joy?

—Siento que se le haya molestado, Evans —dijo el capitán—. Estos tres chicos son amigos de Jeremy. Han venido a verme para…

Júpiter le interrumpió prestamente:

—Por la historia del Pirata Púrpura, señor Evans. Un trabajo para la escuela. Probablemente, Bob trataba de encontrarnos y se metió inadvertidamente en su propiedad. Estoy seguro de que no tenía la menor intención de molestarle. Pero yo no pude evitar el oír que usted vive en esa torre y que se llama Evans. ¿No será, tal

vez, un descendiente de William Evans, el Pirata Púrpura?

Joshua Evans miró a Júpiter, alzando una ceja.

—Eres un chico despejado, ¿verdad? Pues bien, me importan un comino los trabajos para la escuela y te aconsejo que te mantengas lejos de mi propiedad. Entre mi torre y la atracción del capitán Joy hay una hilera de robles por algún motivo. ¡No os acerquéis! —se volvió hacia el capitán Joy—. Esta vez soltaré al chico pero en adelante procure que sus clientes y amigos se mantengan alejados de mi torre.

—No volverán a molestarle —aseguró el capitán.

—Será lo mejor para ellos —gruñó Joshua Evans, y seguidamente salió y cerró violentamente la puerta del remolque.

Apenas se hubo marchado el forzudo, el capitán Joy se volvió hacia Júpiter.

—¿Por qué no me has dejado explicar a Evans el verdadero motivo de vuestra presencia aquí?

—Prefiero no comentar sospechas no comprobadas ante nadie —respondió Júpiter—. Además, nada sabemos acerca del señor Evans y siempre he juzgado prudente callarme cuando no sé con quien estoy hablando.

—Comprendo —dijo el capitán, no sin suspicacia.

—Da la impresión de que le ponen muy nervioso los intrusos —dijo Júpiter.

—Tiene perfecto derecho a su intimidad. Después de todo, él es el propietario de este lugar, Júpiter —dijo el capitán.

—¿Y cómo puede un pirata poseer tierras y dejarlas para sus hijos? —preguntó Pete—. Y precisamente en el mismo lugar donde él fue un fuera de la ley.

El capitán sonrió.

—Al parecer, William Evans fue un hombre muy listo, Pete. Como has oído decir, nunca le capturaron; desapareció, simplemente, de la torre aquel día de 1840. Sin embargo, dejó esposa e hijos, y de pronto volvió a aparecer, en 1848, como soldado del ejército norteamericano en la guerra con México. Nosotros ganamos, California pasó a formar parte de los Estados Unidos, y Evans recibió sus propias tierras del gobierno norteamericano como recompensa por sus servicios en la guerra… Y es que nadie pudo demostrar que él fuese el Pirata Púrpura. En

aquellos tiempos no había huellas dactilares, y, puesto que el Pirata Púrpura nunca había sido capturado, no había ningún retrato suyo ni se le conocía ninguna marca identificadora. Con el paso de los años, sus descendientes vendieron las tierras hasta que sólo quedaron de ellas la torre y la península. A mí me alquiló mi terreno la madre de Evans, poco antes de morir ella. Evans se marchó hace años y años, pero la torre siempre fue suya y regresó hace poco tiempo.

—¿Cuánto tiempo? —quiso saber Júpiter.

—Hará cosa de un año.

—¿Tanto? —exclamó Júpiter, que parecía decepcionado. El capitán consultó su reloj.

—Es la hora de nuestra próxima travesía, muchachos. No puedo disponer de más tiempo.

—Yo vendré dentro de un minuto, papá —dijo Jeremy, y salió con Los Tres Investigadores.

Los cuatro chicos se detuvieron bajo el sol de primera hora de la tarde y presenciaron como los escasos nuevos clientes desfilaban a través de las puertas de la cerca y a lo largo del paseo.

—¿Creéis de veras que el mayor Karnes nos está engañando por alguna razón? —preguntó Jeremy.

—Estoy convencido de ello, Jeremy —dijo Júpiter.

—Y después de lo que he descubierto hoy, ¡también lo estoy yo! —exclamó Bob—. ¡Escuchadme, chicos!

Les contó lo de los disfraces de Carl y el otro secuaz del mayor Karnes y cómo vigilaban la Madriguera del Pirata Púrpura, y cómo todo parecía indicar que tenía a sus hombres espiando todo el día. Les habló también de los sacos, las pilas y las herramientas de excavar que había en el interior de la furgoneta.

—¡Debemos contarle todo esto a mi padre! —gritó Jeremy.

Júpiter meneó la cabeza.

—No creo que en este momento significara la menor diferencia, Jeremy. No quiere creernos y para convencerle necesitaremos algo más concreto. Es hora de que nos dediquemos a indagar alguna pista acerca de lo que pueden andar buscando Karnes y su pandilla. Bob, tú investigarás la historia local del Pirata Púrpura, Pete, tú examinarás los datos sobre la Ensenada de los Piratas. Yo estudiaré los antecedentes del capitán Joy. Jeremy, ¿puedo contar con tu

ayuda para solucionar este misterio?

—¡Ya lo creo! —exclamó Jeremy—. ¿Qué puedo hacer?

—Para empezar, estrújate el cerebro buscando cualquier cosa que en el pasado de tu padre pueda haber atraído al mayor Karnes. Creo que el último viaje del Buitre Negro es a las cuatro. ¿Cuándo puedes reunirte con nosotros en el patio de la chatarrería de mi tío?

—A eso de las cinco y media.

—Perfecto. ¿Os va bien a vosotros dos? —preguntó Júpiter, volviéndose hacia Bob y Pete. Los dos asintieron.

—Pues entonces —concluyó Júpiter— sugiero que vayamos todos a trabajar y que nos reunamos en el puesto de mando a las cinco y media, para decidir nuestra próxima maniobra.

Capítulo 10
¡Júpiter ve la solución!

Eran las cinco y media en punto cuando Jeremy Joy atravesó, montado en su bicicleta, las puertas de la cerca del «Patio Salvaje», la chatarrería de los Jones. Los Tres Investigadores no aparecían por ninguna parte. Miró a su alrededor y vio los montones de máquinas viejas y de materiales recuperados de centenares de derribos de edificios, pero, excepto la oficina de almacén, no pudo ver nada que se pareciera a un cuartel general.

—¿Qué quieres, chico?

La poderosa voz sonó casi encima de Jeremy, resonante y atemorizadora. Se volvió y vio a una mujer alta y gruesa que le estaba contemplando.

—Es que… es que estoy buscando a Júpiter, y a Bob, y…

—Tranquilo, pequeño. Soy Matilda, la tía de Júpiter, y deberás aguardar tu turno si yo encuentro primero a esos granujas. No se les ha visto en todo el día y precisamente cuando los encuentro en el patio, les vuelvo la espalda por un momento y, ¡zas!, ya han desaparecido otra vez.

—¿Estaban aquí, señora?

—¡No hace más de cinco minutos! Esos picaros tienen un radar y saben que tengo algún trabajo para ellos minutos antes de que lo sepa yo misma —bajo su aparente severidad, Jeremy pudo advertir una especie de divertida admiración—. No hay manera de saber cuándo reaparecerán… Tal vez sea mejor que vuelvas otro rato.

—Me parece que les esperaré, señora, si a usted no le importa.

—Como quieras, chico. Por ahí encontrarás el taller de Júpiter, pero no confíes en que lleguen pronto. ¡Saben que les estoy

buscando para encomendarles un trabajo!

Soltó una risita y volvió a la oficina de la chatarrería. Jeremy sonrió mientras caminaba a través del patio. Sospechaba que la tía de Júpiter no era tan severa como aparentaba.

Encontró el taller al aire libre en una esquina, junto a un montón gigantesco de chatarra, pero sin detectar ni rastro de los tres muchachos. Se sentó, dispuesto a esperar, en una gran tubería de plancha ondulada que asomaba por debajo del montón. Miró alrededor del taller y…

—¡Jeremy!

¡Era un quedo susurro cerca de él! Jeremy se levantó de un salto y miró a su alrededor.

—¡Ahí fuera, no! ¡Aquí dentro!

Parecía como si la voz susurrante procediera de aquella gran acumulación de chatarra.

—¿Pe… Pete? —tartamudeó Jeremy—. ¿Júpiter?

—¡Chist! —susurró la voz directamente desde el montón de chatarra—. ¡Tía Matilda nos está buscando para encargarnos un trabajo! ¡Si nos encuentra, nunca solucionaremos el misterio de Karnes!

Jeremy, estupefacto, miraba a todos los lados, arriba y abajo, pero sin conseguir ver a nadie. Entonces oyó reírse al mismo interlocutor desconocido.

—Asegúrate de que no vigila nadie, échate al suelo y arrástrate por esa tubería grande.

Jeremy contempló la gran tubería de plancha metálica que se perdía en el montón de hierros viejos. Seguro de que nadie podía verle, se puso a gatas y se metió en la tubería. Entonces pudo ver vagamente a Pete, echado boca abajo a unos metros de distancia y sonriéndole en la penumbra.

—Esto es el túnel dos —explicó el Segundo Investigador—. Tenemos otros accesos al puesto de mando, pero éste es el que más utilizamos.

—¿El puesto de mando? —exclamó Jeremy—. ¿Quieres decir que os reunís debajo de todos esos hierros viejos?

—Sí y no —se rió Pete—. Anda, ven.

Jeremy gateó a lo largo de la tubería, detrás de Pete, hasta divisar repentinamente un cuadrado de luz sobre su cabeza. Siguió

a Pete a través de una trampilla y se encontró en una habitación pequeña pero atiborrada. Había sillas, mesas, archivadores y toda clase de artefactos, incluido un cuervo disecado. Bob y Júpiter sonrieron al verle trepar.

—¡Pero si esto es una habitación de veras! —exclamó Jeremy—. Ya lo sé, hemos pasado por debajo de toda esa chatarra hasta llegar a un edificio que hay bajo ella, ¿verdad?

—Falso —contestó Júpiter, con un destello en sus ojos—. En realidad, te encuentras exactamente en el centro del montón de chatarra.

—Pero… pero ¿cómo habéis conseguido este cuarto debajo de la chatarra?

Los tres muchachos se echaron a reír.

—Muy fácil —explicó Bob—. Es un remolque caravana como el tuyo, aunque más pequeño. Lo aparcamos aquí y apilamos toda la chatarra sobre él.

—Nadie sabe que estamos aquí —continuó Pete—, pero nosotros podemos ver todo lo que ocurre fuera gracias a nuestro periscopio.

—Aquí dentro —añadió Júpiter—, nadie puede encontrarnos, ni siquiera sospechar nuestra presencia.

—¡Y aquí estamos a salvo de tía Matilda y de sus trabajaos! —concluyó Pete.

Esta vez se rieron todos. Júpiter indicó a Jeremy que se sentara en la última silla libre y sugirió empezar ya.

—Jeremy, ¿has pensado en algo en el pasado de tu padre que explique lo que anda buscando Karnes?

—No he encontrado nada, Jupe. He estado pensando en ello toda la tarde. Que yo pueda recordar, siempre hemos vivido en Rocky Beach, y papá nunca se ha visto en apuros ni ha hecho nada extraño. Antes, cuando papá estaba en la marina, él y mamá vivían en San Francisco. Después de morir mi madre, vinimos aquí y durante un tiempo papá tuvo una barca de pesca. Después papá arrendó el terreno de Evans y lo convirtió en la Madriguera del Pirata Púrpura.

Júpiter asintió con la cabeza.

—Sí, esto es, más o menos, lo que yo he averiguado acerca de tu padre. No veo en ello nada que se salga de lo corriente. ¿Qué has encontrado tú sobre el Pirata Púrpura, Archivos?

—Casi todo lo que oímos explicar al capitán Joy en la ensenada, Jupe. Los españoles estaban seguros de que el Pirata Púrpura era en realidad William Evans, pero nunca pudieron cogerlo y demostrarlo. Más de una vez creyeron tenerlo acorralado en la torre, pero siempre pudo escapar. Y, cuando regresó con las fuerzas norteamericanas, se convirtió en otro ciudadano respetable más.

—Hay mucho material sobre la Ensenada de los Piratas —dijo Pete—, un par de libros y numerosos artículos. Además del Pirata Púrpura, otros utilizaron la ensenada como cuartel general. Contrabandistas salteadores e incluso pandillas dedicadas al contrabando de *whisky* durante la Ley Seca. Ocurrieron allí muchas cosas feas, pero no encontré nada relacionado con un Joy o un Karnes, ni siquiera con un Evans que no fuese el Pirata Púrpura.

Júpiter frunció el ceño.

—Bien, supongo que nada de esto representa una gran ayuda. Parece como si la única pista realmente importante fuese el propio Pirata Púrpura. Sabemos que el mayor y sus compinches han estado haciendo alguna excavación, pero no sabemos por qué acechan la Madriguera del Pirata Púrpura, ni por qué montaron la historia de las entrevistas con el padre de Jeremy.

—Tal vez crean que hay por aquí un tesoro de piratas —aventuró Pete— y quieran mantener al capitán Joy fuera de su camino antes de que descubra lo que están haciendo.

—O para que no les vea encontrarlo y pueda reclamarlo —sugirió Bob.

—O tal vez —reflexionó Júpiter— el capitán sepa algo que Karnes necesite saber para buscar en el lugar apropiado. O quizá, ni el capitán sepa cuál es éste, y Karnes espere que, si sigue haciéndole hablar del Pirata Púrpura, más tarde o más temprano salga a relucir el dato que le interesa a él.

—Tal vez haya salido ya —dijo Jeremy.

Júpiter se quedó pensativo y finalmente dijo:

—Si el capitán ya ha revelado el lugar del tesoro, ¿por qué continúan las entrevistas? Y si el capitán Joy no está enterado de lo que sabe, ¿por qué vigilan Karnes y su pandilla la Madriguera del Pirata Púrpura durante todo el día? Me parece, amigos, que tendremos que tratar de averiguar todo lo que el capitán dijo o está diciendo en las entrevistas.

—Bueno, en esto yo puedo ayudaros —aseguró Jeremy—. Puedo apoderarme de las cintas que hemos grabado, y tal vez llevar conmigo una grabadora pequeña para registrar todo lo que nosotros digamos de ahora en adelante.

—¿Nosotros? —repitió Júpiter, mirando fijamente a Jeremy—. Eso es. Tú acompañaste también a tu padre la noche pasada. Yo tenía la tienda… ejem, sometida a vigilancia.

—Claro que fui, Jupe —dijo Jeremy, perplejo—. ¿Por qué no? Además, el mayor insistió, ¿sabes? Dice que, puesto que papá me ha estado contando esas historias durante años, yo puedo comprobar que no olvide nada.

Los ojos de Júpiter brillaron.

—¿Acierto al suponer que el mayor Karnes nunca ha estado presente en estas sesiones de grabación nocturnas? Jeremy asintió en silencio.

—¿Y dónde pasa la noche Sam Davis, Jeremy?

—Tiene una habitación en Rocky Beach.

—Aparte de ti y tu padre, ¿vive alguien más en la Madriguera del Pirata Púrpura?

—No. Excepto Joshua Evans, claro.

—Una pregunta más, Jeremy. ¿Cuánto suelen durar estas sesiones? —quiso saber el Primer Investigador.

—Más o menos desde las nueve hasta las once —contestó el niño.

—Jeremy, ve esta noche a la sesión de grabación como de costumbre, pero haz que el compañero de Karnes pare el acondicionador de aire y abra la ventana. Yo estaré al acecho fuera, e intentaré oír lo que se diga.

Los otros tres chicos en el remolque miraron a Jupe con expresión de perplejidad.

—Me parece que tengo la solución de nuestro misterio —dijo Júpiter—, y creo que podemos resolverlo esta misma noche…

Capítulo 11
Acecho nocturno

Eran las ocho de la noche cuando Los Tres Investigadores se reunieron de nuevo en su cuartel general secreto para empezar a poner en práctica el plan de Júpiter.

—Perfectamente —dijo el jefe del grupo—. Jeremy irá con su padre a la sesión de grabación en la tienda. Yo me apostaré cerca de ella para poder observarlos. Pete vigilará en la Madriguera del Pirata Púrpura. Mis transceptores portátiles tienen un radio de acción de unos cinco kilómetros, pero hay más de ocho kilómetros desde la tienda vacía en la calle de la Viña hasta la Madriguera. Por tanto, Bob se situará a mitad de camino entre los dos puntos y pasará los mensajes de un puesto de vigilancia a otro. ¿Queda todo bien claro, muchachos?

Bob y Pete asintieron y todos fueron en busca de sus bicicletas y se dirigieron a los lugares que les habían sido asignados.

Casi había caído ya la noche cuando Pete recorrió la carretera secundaria hasta la Ensenada de los Piratas. Apagó las luces de su bicicleta poco antes de llegar allí y se agazapó entre los árboles que orillaban la carretera ante las puertas de la cerca de la Madriguera del Pirata Púrpura. Esperó unos momentos, hasta que sus ojos estuvieron totalmente acostumbrados a la oscuridad, y entonces escudriñó cuidadosamente los alrededores. Vio que el camión del Servicio Allen seguía aparcado entre los árboles, frente a la torre y al otro lado de la carretera. El súbito y breve destello de la brasa de un cigarrillo reveló que había alguien sentado detrás del volante, que seguía vigilando. Pete habló a media voz en su radioteléfono de mano.

—Archivos, comunica al Primero que Carl, el ayudante del mayor, sigue de guardia frente a la Madriguera.

* * *

A unos cuatro kilómetros de distancia, en un pequeño montículo junto a la misma carretera, Bob se inclinó sobre su radioteléfono portátil, en la noche ya totalmente oscura.

—¿Primero? Pete informa que Carl sigue vigilando el terreno del capitán Joy.

* * *

A casi tres kilómetros de Bob, Júpiter estaba acurrucado entre las matas tras las ventanas de la habitación posterior de la tienda en la calle de la Viña.

—Está bien. Archivos. Karnes, Hubert y el calvo están aquí, en la tienda, y de momento todavía no hacen nada. Dile al Segundo que no se pierda detalle.

* * *

Escondido entre las sombras de los árboles, Pete no necesitaba la advertencia de Júpiter, sobre todo teniendo en cuenta que Carl no estaba a más de un centenar de metros de él. Con la espalda apoyada en un árbol, Pete se había sentado de modo que podía ver toda la zona de aparcamiento, las puertas de la cerca, los dos pisos superiores de la torre de piedra y el camión del servicio forestal con su solitario ocupante.

En el momento en que el último resto de luz diurna se desvanecía sobre la ensenada, se encendió un farol junto a la entrada de la Madriguera. Después, Pete oyó que un vehículo se ponía en marcha dentro de ella y, al poco rato, la camioneta del capitán Joy con Jeremy a bordo cruzó la puerta de la cerca. Jeremy se apeó de un salto y cerró las puertas, volvió a subir y la camioneta se alejó. Pete miró hacia la lejana silueta del camión del servicio forestal. Éste no se movió. El invisible Carl seguía fumando

tranquilamente en la cabina.

Pete comunicó:

—El capitán Joy y Jeremy acaban de salir de la Madriguera. Carl no se ha movido de aquí. Sigue vigilando.

Bob pasó el mensaje de Pete a Júpiter y, cuando acabó, volvió a vigilar la oscura carretera; unos minutos más tarde vio pasar la camioneta de la Madriguera del Pirata Púrpura camino de Rocky Beach.



Detrás de la tienda, Júpiter escuchó el mensaje de Bob sin dejar de vigilar a los tres hombres reunidos en la trastienda. Antes de que Bob acabara de hablar, Júpiter vio que el mayor consultaba su reloj, se levantaba y se dirigía hacia la puerta. El corpulento Hubert se levantó en el acto y siguió a Karnes. El hombre del bigotazo se quedó en la habitación posterior.

Inmediatamente, Júpiter gateó entre las matas, bordeando las tiendas, y atisbó lo que ocurría en el patio delantero. Karnes y Hubert salieron a buen paso de la tienda y subieron a la furgoneta que transportaba los sacos y las herramientas de cavar. El vehículo partió.

Júpiter pasó esta información a Bob y seguidamente regresó a su escondrijo en el patio posterior. El calvo estaba verificando la grabadora y poniendo una cinta en ella, y después dispuso dos sillas ante la mesa escritorio. Júpiter oyó que entraba un vehículo en el otro patio y al poco rato el capitán Joy y Jeremy entraron en la trastienda. Jeremy encogía los hombros como si tuviera mucho frío y cambió unas palabras con el hombre calvo, quien cerró de mala gana el acondicionador de aire y abrió la ventana. Mientras el calvo invitaba al capitán a sentarse ante la mesa, Jeremy se asomó a la ventana abierta y miró ansiosamente hacia el exterior. ¡Sus ojos buscaban a Júpiter!

Súbitamente, desde la abierta ventana pareció como si Jeremy se diera cuenta de que podía revelar el sistema de escucha, pues se volvió con rapidez y se acercó a la mesa y la grabadora.

—Señor Santos —dijo el capitán—. Me gustaría escuchar las cintas que ya tenemos grabadas.

—Lo siento mucho, capitán —dijo Santos—. Creo que el mayor se las ha llevado para entregarlas al laboratorio.

—¿Y por qué hace esto, Santos? —preguntó Jeremy.

—Es que tienen que hacer el montaje. Y ha de hacer copias para los directores de la sociedad ¿sabes? Bueno, ¿qué les parece si empezamos?

Santos hizo sentar a Jeremy frente a la mesa y oprimió el pulsador de grabación en el magnetófono. Después se retiró a un rincón junto a la puerta y se puso a leer un libro de historietas mientras el capitán empezaba a narrar sus historias.

El Primer Investigador siguió sentado en la oscuridad, entre las

matas, observando al capitán y a Jeremy dentro de la pequeña habitación. ¿Dónde estaban el mayor Karnes y Hubert? Sabía que habían dejado a Carl vigilando la Madriguera del Pirata Púrpura, y habían dejado a Santos con el capitán y Jeremy mientras éstos dictaban historias de piratas a veinticinco dólares la hora. Este sistema de pago daba al capitán toda clase de motivos para prolongar sus relatos tanto como le fuese posible. ¿Por qué? Júpiter tenía una sólida idea acerca del porqué, y otra, todavía más sólida, del lugar al que se dirigían el mayor y Hubert…

* * *

La única luz fuera de la Madriguera iluminaba la taquilla y las cerradas puertas de madera. Bajo su mortecino resplandor, Pete no podía observar el menor movimiento en los desiertos aparcamientos de coches. Sólo se distinguía a intervalos el rojo punto luminoso en él interior de la cabina del camión del servicio forestal, donde Carl fumaba y vigilaba.

De vez en cuando pasaba un coche por la carretera, y en una ocasión despegó una avioneta desde la ensenada.

Después llegó lentamente, casi en silencio, una furgoneta procedente de Rocky Beach. Entró en el aparcamiento, se apagaron sus faros y se detuvo frente a las cerradas puertas de la valla de la Madriguera del Pirata Púrpura. Se abrió la puerta del vehículo de éste y se apearon el mayor Karnes y Hubert.

—¡Archivos! —susurró Pete en su transmisor—. ¡Acaban de llegar el mayor y Hubert!

* * *

Detrás de la tienda de la calle de la Viña, Júpiter escuchó atentamente a Bob cuando éste le pasó el informe de Pete. Sus ojos brillaban de excitación.

—¡Tal como yo suponía, Archivos! La sesión de grabación no es más que un ardid para alejar al capitán y a Jeremy de la Madriguera del Pirata Púrpura, a fin de que Karnes y su pandilla puedan excavar en busca de algo que saben, o creen saber, que hay

allí.

Entre chasquidos, se oyó la voz de Bob, muy baja:

—Pete dice que Karnes se encuentra ahora ante las puertas de la valla. Ahora, Carl atraviesa el terreno de aparcamiento para reunirse con ellos. Al parecer, Carl está levantando el pestillo de las puertas. El mayor y Hubert han vuelto a subir a la furgoneta y ésta se dirige hacia el interior del recinto, con los faros apagados. Ya están dentro. Carl ha cerrado las puertas y regresa a su camión. Pete ya no puede ver a Karnes ni a su furgoneta.

Júpiter se mordió el labio.

—Archivos, dile a Pete que los siga. Es esencial que se meta en la Madriguera.

* * *

Entre la oscuridad de la arboleda, Pete meneó la cabeza.

—No hay manera de poder pasar la cerca. Carl vuelve a estar en la cabina del camión, y con toda seguridad me vería. Tampoco puedo saltar por encima de la cerca. Es demasiado lisa y alta, y seguro que Carl me vería igualmente.

—Jupe dice que debe de haber alguna manera de colarse dentro y ver lo que están haciendo —insistió Bob, pasando el mensaje.

Los ojos de Pete registraron el lugar en busca de algún modo que le permitiera meterse en la Madriguera del Pirata Púrpura sin ser visto por Carl.

—Tal vez —dijo tras una pausa— pueda efectuar un rodeo pasando por la factoría marisquera. La valla de la Madriguera llega hasta la parte lateral del edificio, pero, si voy hasta el otro extremo, tal vez pueda trepar al muelle y desde él nadar hasta la Madriguera. De esta manera, Carl no podría verme.

En el silencio de la noche, Pete esperó la respuesta del radioteléfono. Más allá de la cerca, al otro lado de la carretera, no se oía nada ni se veía ninguna luz.

—Segundo —transmitió la voz de Bob—, tal vez sea una buena idea. ¡Pero ten mucho cuidado!

Capítulo 12
Diez sacos llenos

Bajo los árboles, Pete observó la silueta del camión del servicio forestal, parado a sólo un centenar de metros de distancia. La roja lucecilla que se encendía y se extinguía le indicó que Carl seguía apostado en la cabina del camión, probablemente para poder observar la cerca de la Madriguera del Pirata Púrpura.

El Segundo Investigador estudió la carretera y el vacío terreno destinado a los coches. Si se mantenía a su lado de la carretera, alejándose de Carl hasta encontrarse en el lado opuesto de la factoría marisquera, podría atravesar la carretera junto a ésta, a salvo de la vigilancia de Carl.

Con una última y rápida mirada para asegurarse de que Carl continuaba apostado en la cabina, Pete se agachó y corrió raudamente entre los árboles y después, a través de la silenciosa carretera, hacia el lado más distante de la factoría de marisco. Fuera de la vista de Carl, permaneció inmóvil durante un buen rato, escuchando atentamente. No observó ningún movimiento ni distinguió señal alguna de que hubiera sido observada su presencia.

Después, Pete se deslizó a lo largo de la pared del edificio hasta el lugar donde lindaba con la ensenada. Trepó por los travesaños y viguetas del costado de la fábrica hasta alcanzar la altura suficiente para dejarse caer al otro lado de la valla que separaba la factoría de su muelle. Contuvo el aliento y aterrizó sin ruido apenas en el entarimado de tablas. Buscando el camino a través de la oscuridad, recorrió un breve trecho hasta el muelle. Las negras aguas de la ensenada brillaban bajo él. La península y los edificios de la Madriguera eran apenas visibles a través del agua, aunque sólo le

separaba de ellos una distancia de ocho o diez metros.

No sin lanzar un suspiro, Pete pronto comprendió que, para cruzar aquellas aguas, no había otro medio que zambullirse en ellas y nadar. Palpando el suelo del muelle encontró una larga cuerda utilizada para amarrar las barcas. Tiró de ella hacia sí y descubrió que un extremo todavía estaba atado a algo estacionario. Con otro suspiro y un escalofrío causado por el fresco de aquella noche de junio, Pete bajó, agarrado a la cuerda, hasta llegar a la superficie del agua.

Allí vaciló durante un minuto largo, hasta que por fin reunió fuerzas para afrontar la fría inmersión en aquellas aguas negras, y soltó su presa en la cuerda.

¡El resultado fue que se encontró sumergido hasta los tobillos en un palmo de agua!

Muy colorado y mirando rápidamente a su alrededor para asegurarse de que nadie hubiera presenciado su osada zambullida en aquellos diez centímetros de agua, los vadeó rápidamente hacia los terrenos de la Madriguera del Pirata Púrpura, detrás de la alta cerca.

Corrió agazapado y en silencio hacia el oscuro remolque donde vivían el capitán Joy y Jeremy. No había señales de vida.

En las cercanías del negro barco no vio ni oyó nada, excepto sus crujidos junto al muelle. Después enfiló el paseo, con los puestos de recuerdos y refrescos a un lado y el museo náutico y de la piratería en el otro. Todos los edificios estaban bien cerrados y no había la menor traza de la furgoneta del mayor.

Pete dio la vuelta al edificio del museo y regresó hasta ver perfilada la proa del barco en la noche. Entonces se inclinó hacia su transmisor.

—Archivos, estoy dentro del recinto y he explorado el remolque, los edificios y el buque… sin ver ni oír nada. Ni siquiera la furgoneta. No lo entiendo, pero ¡no están aquí!

Tras una pausa, sonó muy queda la voz de Bob en el oído de Pete.

—Dice el Primero que han de estar en alguna parte, Segundo. Dice que sigas buscando.

Pete gruñó pero dio media vuelta y se dirigió hacia la hilera de gruesos robles que separaban la zona de la atracción turística de la

torre de piedra y el destartalado embarcadero de Joshua Evans. Se inmovilizó entre los robles, acechando y escuchando. El único rumor que se oía era el de una leve brisa y el de los lengüetazos del agua en la orilla de la ensenada. Y la única luz procedía de una ventana en el primer piso de la torre, una ventana que daba a la cerca de madera en la parte anterior de la Madriguera.

El Segundo Investigador murmuró con la boca pegada a su transmisor:

—Hay una luz en la torre de Joshua Evans. Trataré de mirar desde más cerca.

Pete caminó entre los robles hacia la cerca y después se sirvió de ésta para ocultarse hasta que llegó al pie de la torre. Entonces avanzó a gatas hasta la ventana iluminada. En el interior estaba Joshua Evans, sentado en un balancín y leyendo. Mientras Pete miraba, Evans levantó la cabeza como para escuchar. Repitió este gesto un par de veces más y Pete empezó a sentirse alarmado. ¿No estaría haciendo inadvertidamente algún ruido? Retrocedió bruscamente para apartarse de la ventana y entonces su pie golpeó un cubo metálico, que rodó con el consiguiente estruendo.

Pete se pegó al suelo y se inmovilizó por completo.

La puerta de la torre se abrió de golpe y en su umbral apareció Joshua Evans, pistola en mano. El robusto individuo miró rápidamente en derredor y Pete se estremeció. Si Evans se aproximaba a él…

—¡Miiiaaauuuuuu!

Un gato negro surgió de la oscuridad y empezó a restregarse contra la pierna de Evans. El hombre se echó a reír y bajó su pistola.

—¿Conque eres, tú, Barba Negra? Creo que me estoy volviendo viejo y lerdo. ¡Adentro, bribón!

Evans cogió el gato negro y lo metió en la torre y Pete se secó el sudor que bañaba su frente. Si no hubiera aparecido el gato… Gateó rápidamente hacia la valla y de ella hasta los robles.

—Dile a Primero que la luz en la torre resultó ser el señor Evans que estaba leyendo —dijo Pete en su radioteléfono—. Todavía no he visto ni oído a Karnes y Hubert. Es como si se hubieran desvanecido.

* * *

Oculto en el patio posterior de la tienda vacía, Júpiter se sumió en la reflexión.

—¡La furgoneta bien tiene que estar en alguna parte, Archivos!

El musculoso Primer Investigador contempló su reloj mientras esperaba. Ya eran casi las once. Entonces oyó el murmullo de Bob.

—Dice el Segundo que todos esos edificios, que antes eran establos, tienen una doble puerta en la parte posterior. Es lo bastante grande como para que entre una furgoneta. Pero si trata de entrar y el mayor está allí, Pete está seguro de que lo verán.

Júpiter transmitió:

—No, es imprescindible que no lo vean hasta que sepamos qué ocurre allí. ¿Qué más puede hacer Pete?

En la trastienda del almacén vacío, Santos acababa de abrir una bolsa de papel y ofrecía rosquillas al capitán y a Jeremy.

Bob transmitió la idea sugerida por Pete.

—Pete cree que lo mejor que puede hacer es ocultarse cerca de las puertas de la valla y tratar de averiguar de dónde procede la furgoneta cuando el mayor y Hubert se marchen.

Júpiter asintió.

—Parece como si esto fuese lo mejor… ¡Espera! Creo que ha terminado la sesión de grabación. Sí, son las once en punto y el capitán y Jeremy se disponen a marcharse.

* * *

En la esquina del edificio del museo, cerca de las puertas de la cerca de la Madriguera, Pete yacía boca abajo mientras vigilaba el paseo en dirección a la oscura mole del Buitre Negro, atracado en su muelle. Sólo oía el viento, el leve oleaje y los crujidos de la madera y el metal del buque.

Pete sintió que se apoderaba de él una intensa somnolencia. Pugnando por mantenerse despierto, apoyó la barbilla en las manos y cerró y abrió varias veces los ojos con rapidez. ¡Y entonces vio acercarse la furgoneta, enfilando directamente el paseo en dirección a las puertas de la cerca y con los faros encendidos! Pete no había oído ponerse en marcha el motor ni había visto desde qué dirección

había llegado la furgoneta al paseo. Rápidamente, consultó su reloj: eran las 11.00.

Se agazapó en la sombra mientras el vehículo se detenía silenciosamente ante las puertas de la cerca. Hubert se apeó y las abrió. La furgoneta salió y se detuvo, esperándole. Al pararse, sus puertas posteriores se abrieron y, antes de que Hubert hubiera terminado de asegurar la cerca, la bombilla montada en un poste junto a la entrada de la Madriguera permitió a Pete obtener una clara visión de la parte trasera de la furgoneta. ¡Había en su interior filas de sacos, todos ellos llenos!

—¡Mira, idiota, las puertas de detrás no estaban bien cerradas! —masculló el mayor Karnes, sentado ante el volante—. ¡Ciérralas y sube de una vez!

El hombrón se apresuró a cumplir la orden de Karnes, pero después de cerrar las puertas de la furgoneta hizo una larga pausa y su mirada se posó en el lugar exacto donde se ocultaba Pete. El muchacho contuvo el aliento y no movió ni un párpado.

—¿Qué haces, estúpido? ¿A qué esperas? —exclamó Karnes desde la furgoneta.

Rascándose la cabeza, Hubert subió al vehículo. Se encendieron de nuevo los faros y la furgoneta no tardó en desaparecer. Pete se inclinó sobre su emisor-receptor.

—¡Archivos! Karnes y Hubert acaban de marcharse. Es posible que Hubert me haya visto. No he podido saber de dónde venían, ni dónde habían estado, pero he echado un vistazo al interior de la furgoneta. ¡Había en ella cantidad de sacos, y todos estaban llenos!

* * *

Desde los matorrales de la calle de la Viña, Júpiter había visto al capitán y a Jeremy salir de la tienda y había oído cómo su camioneta se alejaba. Apenas se marcharon los Joy, Santos cerró de golpe la ventana y puso en marcha de nuevo el acondicionador de aire. Después rebobinó las cintas del capitán y volvió a poner una en la grabadora para utilizarla otra vez. Aquella grabación no era más que una simple artimaña.

Después, Jupe escuchó el informe de Bob acerca de los sacos llenos en la furgoneta de Karnes y se mostró excitado.

—¿Llenos? Entonces, lo que están buscando, sea lo que sea, está en estos sacos… ¿No puede Segundo echar un vistazo desde más cerca y ver lo que hay dentro de los sacos?

—No, la furgoneta ya se ha marchado. Pete dice que Carl sigue vigilando, y que por consiguiente tendrá que volver por donde vino y que se reunirá con nosotros más tarde en el puesto de mando.

—Está bien —asintió Júpiter, mordiéndose el labio inferior—. Archivos, ven aquí, a la tienda, tan pronto como puedas.

Aún no habían pasado quince minutos cuando Júpiter oyó que entraba un vehículo en el patio anterior. Poco después, el mayor Karnes entró en la trastienda, seguido por Hubert. El mayor y Santos conversaron durante algún tiempo, mientras Hubert terminaba lo que quedaba en la bolsa de las rosquillas y contemplaba con expresión vacua la noche estival. Seguidamente, Santos hizo una seña a Hubert y éste le siguió fuera de la trastienda, como un elefante malhumorado. Júpiter tuvo la certeza de que iban a relevar al centinela ante la Madriguera del Pirata Púrpura.

Entonces Júpiter oyó un ruido como si arañaran la tapia detrás de él y en seguida dio media vuelta tratando de ver en la oscuridad que le envolvía.

Sobre el borde de la tapia apareció una mano blanca, seguida por otra. Júpiter palpó el suelo a su alrededor, en busca de un arma, y su mano se cerró sobre una gruesa rama.

Empezó a surgir una cabeza por encima de la tapia. Cabellos, gafas… ¿gafas?

—Vale, Primero, estoy aquí —susurró Bob y, silenciosamente, se dejó caer al suelo, donde se agazapó al lado del Primer Investigador.

—Me alegro de verte, Archivos. Ocupa mi lugar aquí. Yo voy a averiguar qué hay en esos sacos y a recuperar nuestro aparato de seguimiento. Si ves que Karnes se dispone a marcharse, avísame.

En perfecto silencio, Júpiter gateó hacia el patio anterior. Mientras, Bob vio que el mayor Karnes se levantaba y empezaba a pasear por la trastienda, como si estuviera sumido en profundos pensamientos. De vez en cuando, el hombrecillo azotaba impacientemente sus botas de montar con la fusta. En el radioteléfono de Júpiter sonó quedamente la voz de Bob.

—Todo va bien, Archivos. He recuperado el aparato y he

examinado los diez sacos. Regresemos al cuartel general.

—¡Jupe! —exclamó Bob, casi en voz alta—. ¿Qué hay en los sacos?

Pero Júpiter ya había cortado la comunicación y se deslizaba entre las puertas de la cerca en busca de la bicicleta que había dejado en la calle. Bob se apresuró a reunirse con él y ambos pedalearon hasta llegar al patio de la chatarrería. Poco después, Pete se les reunió dentro de su oculto remolque.

Júpiter les enseñó el maltrecho aparato de seguimiento —totalmente inutilizado—, que sin duda había chocado con algún obstáculo en la carretera y había quedado fuera de combate.

—Nuestros fondos no nos permiten comprar otro —suspiró Bob.

—¡Eso no importa! —exclamó Pete, impaciente—. Jupe, ¿qué había en los sacos de la furgoneta de Karnes?

—Tierra —contestó Jupe.

—¿Tierra? —repitieron Pete y Bob al mismo tiempo.

—Tierra y piedras —explicó Júpiter—. Diez sacos llenos de tierra muy seca y de piedras.

—Pero… ¿por qué? —balbució Pete.

—Para que nadie pueda saber que están excavando en la Madriguera del Pirata Púrpura. Están sacando la prueba de su trabajo —dijo Júpiter con semblante severo—. Mañana iremos a la Madriguera y demostraremos al capitán Joy que lo de la grabación es un cuento. Y después averiguaremos dónde está cavando el mayor Karnes y por qué lo hace…

Capítulo 13
Alarma repentina

Cuando Bob llegó al puesto de mando a la mañana siguiente, Júpiter acababa de colgar el teléfono.

—¡Pete no puede venir! Su padre le ha dicho que deje de hacer el vago y que recorte el seto de sus vecinos. Tendremos que continuar sin él. Se reunirá con nosotros en la Madriguera tan pronto como pueda.

—Supongo que estará enfurecido —sonrió Bob.

—No parecía muy contento —admitió Júpiter—, y tampoco yo lo estoy. Seremos uno menos al buscar dónde está excavando Karnes, y no creo que esta tarea vaya a resultar fácil. Es posible que tengamos que separarnos para efectuar nuestra exploración. Lo que haremos será llevarnos los tres transceptores portátiles.

Después de que Bob los hubiera metido en su macuto, los dos investigadores cogieron sus bicicletas y salieron por la puerta verde uno a la calle, delante del «Patio Salvaje». Después pedalearon cautelosamente a través de la espesa neblina matinal en dirección a la Madriguera del Pirata Púrpura. Sobre la desierta ensenada se cernía una densa niebla.

—He llamado a Jeremy —explicó Júpiter— y me ha dicho que él se ocuparía de que su padre nos estuviera esperando.

Cuando llegaron a las abiertas puertas de la cerca de la Madriguera, Bob dijo en voz baja:

—La supuesta camioneta de venta de helados está en la carretera, y creo que Hubert trata de ocultarse entre los árboles.

Júpiter miró por encima de su hombro y sonrió.

—Desde luego, Hubert está ahí. ¡Escondido como una ballena en

una bañera! Mira a un lado y a otro para cerciorarse de que nadie pueda verle.

Ya en el interior del recinto, los muchachos dieron la vuelta a la parada de refrescos para dirigirse al remolque caravana. La puerta se abrió antes de que llamaran.

—Adelante, muchachos —invitó Jeremy—. ¡Ya le he dicho a mi padre que habéis resuelto el caso!

El capitán Joy estaba desayunando en la mesa de la cocina y ofreció café a los dos chicos. Éstos rehusaron cortésmente y el capitán les contempló por encima de su taza.

—Ya os dije que no molestarais al mayor Karnes —les reprendió.

—Sí, señor —admitió Júpiter—, y no lo hemos hecho. Él ni siquiera sabe que estamos investigando sus actividades.

—Espero que así sea —dijo el capitán Joy—. Perfectamente, si habéis resuelto vuestro misterio, espero que me expliquéis de qué se trata.

—Jeremy es un poco optimista, capitán —admitió Júpiter—. No hemos resuelto el misterio de las maniobras de Karnes, pero hemos comprobado que hay, desde luego, un misterio.

Y seguidamente explicó al capitán todo lo que habían visto y oído el día antes. Cuando Jupe terminó, el capitán Joy se sirvió otra taza de café, tomó un par de sorbos y pareció perplejo.

—¿Me estáis diciendo que todo eso de la Sociedad de la Justicia para Bucaneros, Bandoleros, Bandidos y Salteadores no es más que un ardid para mantenernos alejados a nosotros, a fin de que Karnes pueda buscar algo?

—Eso es lo que nosotros creemos —contestó Júpiter, muy seguro.

—Pero ¿y de qué se trata? ¿Por qué vigilan tanto mi terreno?

—Todavía no puedo explicar lo de esa vigilancia —dijo Júpiter —, pero tenemos alguna idea acerca de lo que está ocurriendo. El Pirata Púrpura debió de ocultar parte de su botín aquí en la Ensenada de los Piratas, y el mayor Karnes y su pandilla están enterados de ello. Es posible que incluso tengan un mapa.

Y explicó al capitán Joy que habían visto a Karnes estudiar y tomar medidas en una especie de plano, y puntualizó que la pandilla había estado realizando excavaciones durante tres noches, pero el capitán Joy no ocultó sus dudas.

—Ni siquiera ha habido un rumor en los últimos cien años acerca de un tesoro de la Ensenada de los Piratas al regresar William Evans y morir aquí, la gente pensó que tal vez hubiera dejado algún tesoro y buscaron en toda la ensenada, pero no se encontró nada, y a partir de entonces nadie ha vuelto a hablar de esta posibilidad.

—Tal vez no haya tesoros —admitió Júpiter—, pero le aseguro que Karnes y sus hombres están buscando algo bajo tierra. Sea lo que sea, yo sugiero que debemos averiguar de qué se trata.

—¡Pues después de tres días debe haber un buen hoyo! —exclamó Jeremy.

—No estoy muy seguro —repuso Júpiter, frunciendo el ceño—. Si el hecho de sacar la tierra oculta la excavación, entonces es que el hoyo no está muy a la vista, ni en ningún lugar donde alguien pueda caerse en él casualmente.

—Yo iré con Jeremy —sugirió Bob—, si tú vas con el capitán, Jupe. Los dos conocen bien el terreno.

Júpiter asintió con la cabeza.

—Para empezar, tú y el capitán podéis explorar toda la zona entre la parada de refrescos y la ensenada, y nosotros comenzaremos dentro del cobertizo de los refrescos.

Convinieron encontrarse cerca del Buitre Negro.

Al entrar Júpiter y el capitán en la zona detrás de la parada de refrescos, les envolvió la niebla de primera hora de la mañana.

—Este edificio y el del museo eran antes establos, y en aquellos tiempos había también una casa muy grande allá arriba, entre los árboles. Eso era mucho antes de que se construyera la carretera de la ensenada —explicó el capitán—. Uno y otro edificio todavía tienen puertas dobles para cada caballeriza. Espacio de sobra para entrar con una camioneta.

Abrió el primer par de puertas dobles. Dentro, había apiladas hasta el techo cajas de botellas de refrescos y de alimentos. Había lugar suficiente para ocultar una furgoneta, pero en el suelo de tierra no se apreciaba ninguna señal de neumáticos o de excavaciones. No tuvieron mejor éxito en las zonas posteriores de las otras dos secciones de la parada de refrescos, y no tardaron en reunirse con Bob y Jeremy junto al Buitre Negro.

—Nada —comunicó Bob—. Hemos buscado en cada palmo de

terreno, desde el edificio hasta el agua.

Decidieron que no había manera de meter una furgoneta a bordo del Buitre Negro y, de pronto, el capitán Joy miró su reloj.

—¡Caray, ya es hora de abrir! Al parecer, Salty Sam se ha retrasado, por lo que Anna deberá ocuparse de la venta de entradas. Si reunimos buen número de visitantes, tal vez os pueda contratar, muchachos, para que nos echéis una mano en la representación.

Los ojos de Júpiter se iluminaron.

—De hecho, capitán, tengo una experiencia considerable en esta especialidad. Incluso es posible que de mayor decida volver al teatro en vez de convertirme en un gran detective.

—Entretanto —dijo Bob, sonriendo—, trataremos de encontrar dónde excavan Karnes y sus compinches. ¿Puede dejarnos las llaves de su museo, capitán Joy?

De buena gana, el capitán les entregó las llaves y, acompañado por Jeremy, partió presuroso para iniciar la primera función. Cuando se alejaron los Joy, Bob y Júpiter atravesaron el paseo y abrieron el primer par de puertas dobles del edificio donde estaba instalado el museo. Aunque los tabiques de la antigua caballeriza habían sido eliminados en la parte frontal para dar mayor cabida a los especimenes exhibidos en el museo, todavía quedaban detrás tres cuartos separados y oscuros.

—¡Busquemos huellas de neumáticos y de excavación! —propuso Júpiter.

En el primer cuarto no encontraron nada: ni señales de neumáticos, ni tierra revuelta, ni hoyos en el suelo. El segundo de aquellos cuartos posteriores oscuros no resultó más remunerador. Se disponían ya a abandonarlo, cuando Bob levantó una mano en un gesto de alarma.

Alguien, o algo, se movía en el exterior, entre la niebla.

Se movía decididamente… ¡y avanzaba hacia la puerta!

Capítulo 14
El Pirata Púrpura ataca de nuevo

—¡Pronto! —susurró Júpiter—. ¡Detrás de la puerta!

Pero antes de que pudieran moverse, una sombra cruzó de un salto el umbral y se abalanzó sobre Júpiter. El forzudo jefe del trío y su misterioso atacante rodaron por el suelo en una maraña de brazos y piernas. Bob saltó sobre la espalda del desconocido y entonces los tres se revolcaron entre el polvo de la oscura habitación.

—¡Le tengo cogida una pierna! —gritó Bob.

—¡Lo tengo cogido por el pelo! —jadeó Júpiter.

—¡Lo tengo agarrado por el cuello! —gruñó Pete.

Lentamente, las tres figuras dejaron de moverse.

—¿Pete? —aventuró Bob.

—¿Se… Segundo? —tartamudeó Júpiter.

—Sí —suspiró débilmente el Segundo Investigador—. Soy yo. Acabo de llegar a la Madriguera. Oí a alguien dentro del museo y me acerqué para investigar. ¿Quieres soltar mis cabellos, Jupe?

Júpiter se levantó, con el rostro acalorado.

—Oímos que alguien se acercaba —explicó Bob.

—Si sueltas mi pierna, Archivos —dijo Pete—, yo te quitaré el brazo del cuello.

—Un pequeño error por parte de todos —comentó Júpiter—. ¿No te dijeron el capitán y Jeremy que estábamos aquí?

—Yo no he visto al capitán ni a Jeremy. ¿Qué ocurre? ¿Habéis descubierto dónde excavan Karnes y su pandilla?

Júpiter meneó la cabeza y contestó:

—No, pero todavía nos queda un cuarto por registrar en este

edificio.

Los muchachos abrieron el último compartimiento del antiguo establo y el resultado fue el mismo. No había en él ninguna señal de excavación.

Afuera, donde la niebla empezaba a disiparse, Los Tres Investigadores caminaron por el terreno entre el edificio del museo y la arboleda que separaba la Madriguera del Pirata Púrpura de la torre de piedra de Joshua Evans. Pudieron ver una breve hilera de visitantes que cruzaban las puertas de la cerca y se dirigían hacia el Buitre Negro. La parada de refrescos ya estaba abierta, y el propio capitán se encontraba detrás del mostrador. Los tres chicos registraron palmo a palmo el terreno, desde el agua hasta la cerca y hasta los robles.

—Aquí, nadie ha cavado en ninguna parte —dijo Bob.

—Y sin embargo, Karnes y Hubert están cavando aquí —repuso Pete.

—Y es imposible que ambas cosas sean ciertas —concluyó Júpiter.

—A no ser —sugirió Pete— que Karnes regresara la noche pasada y lo llenase todo de nuevo.

—Entonces veríamos en algún lugar tierra revuelta —dijo Júpiter—. No, ya hemos mirado en todas partes, y no sé cómo se nos ha escapado… —murmuró Júpiter.

—En todas partes no, Jupe —exclamó de pronto Bob—. Todavía quedan la torre de piedra y la vieja caseta de barcas detrás de esos árboles.

A través de los viejos y retorcidos robles, miraron la torre y la destartalada caseta situada a la orilla de la ensenada. Entre los robles había huecos suficientes para que pasara una furgoneta.

—Pero ¿cómo se va a excavar en una torre de piedra o en una caseta para barcas? —preguntó Pete—. ¡Una es de piedra y en la otra sólo hay agua!

—Pero sí se puede ocultar una furgoneta en esa caseta si en su interior hay espacio suficiente junto al agua —dijo Júpiter—. Vamos allí, Bob tiene razón. Debemos echar un vistazo.

—¡Calma! —aconsejó Bob—. Ese Joshua Evans se puso como un loco al encontrarme ayer en sus terrenos. Tal vez sea mejor esperar al capitán Joy.

Júpiter suspiró.

—Es posible que tengas razón, Archivos.

—El señor Evans no está en la torre —anunció Pete—. Al llegar aquí, le vi salir en coche del aparcamiento.

—¡Pues entonces vamos a mirar qué hay allí! —gritó Júpiter.

Mientras cruzaban con apresuramiento la hilera de robles, vieron que el capitán Joy se encontraba ahora en el barco, hablando con un grupo de clientes y consultando su reloj. Ante las puertas de la cerca, Anna todavía tenía abierta la taquilla. Los muchachos probaron primero en la vieja caseta de barcas. En la parte de tierra tenía doble puerta, pero no estaba cerrada con llave. Al otro lado de las puertas había espacio suficiente para aparcar una camioneta en el suelo de madera, pero no se veían vestigios de huellas de neumáticos ni gotas de aceite. El embarcadero del interior de la caseta, junto al agua oscura, tenía capacidad para cuatro barcas a cada lado, pero no había embarcación alguna. En el otro extremo, unas puertas lo suficientemente grandes para dejar pasar embarcaciones pequeñas estaban cerradas y casi llegaban a nivel del agua. Una especie de desván a lo largo del cobertizo y directamente encima del muelle contenía velas, mástiles y cuerdas. Bajo el muelle embarcadero, el agua lamía la madera. Tampoco allí había señales de excavación. Y en todo el camino hacia la torre de piedra, los muchachos tampoco encontraron la menor prueba de que se hubiera removido la tierra.



—Pete —decidió Júpiter—, tú monta guardia en los robles. Ahí está tu emisor-receptor y el macuto. Si ves que regresa Joshua Evans, avísanos. Nosotros pondremos nuestros aparatos en recepción, con el silenciador puesto.

Mientras Júpiter se encaminaba hacia la torre, sus ojos exploraron la parte exterior. La planta baja tenía dos puertas y varias ventanas. El primer y segundo piso tenían cada uno una sola ventanilla. La planta superior estaba acristalada, como la torre de un faro. Entre sus ventanas se proyectaban unas piedras escalonadas que conducían al tejado plano.

Júpiter empujó la puerta principal de la torre. No estaba echada la llave y se abrió directamente a una pequeña sala de estar. Era idéntica a la mayoría de las demás salas de estar que habían visto los muchachos, excepto que su forma era la de un gran trozo de tarta, con una pared curvada. A su derecha había un dormitorio de la misma forma, y una cocina, también en forma de porción de tarta, a su izquierda. La puerta posterior que daba afuera se encontraba en la cocina, y tenía pasado un pestillo por dentro. Junto a una pared interior, una escalera de madera conducía de la cocina al sótano. En la otra pared de la cocina, hacia la punta de la porción de tarta, se abría una puerta a un pozo vertical, por el que una escalera conducía a la planta superior.

—Veamos primero el sótano —dijo Júpiter.

Bajaron por la desgastada escalera de madera al sótano, donde reinaba total oscuridad. Júpiter palpó la pared en busca de un interruptor, hasta encontrarlo.

Una débil bombilla en el techo les ofreció tan sólo una luz mortecina, pero los chicos pudieron ver que se encontraban en una habitación semicircular y de techo bajo, con un suelo de tierra y unas paredes de piedra sin ningún revestimiento. La tierra apisonada del suelo era tan lisa y sólida como el cemento, y las paredes de piedra estaban perfectamente secas y nadie las había tocado en un siglo.

—Aquí nadie ha excavado nada —declaró Bob.

—Así parece —admitió Júpiter de mala gana.

Una puerta en un tabique de piedra conducía a un local lleno de muebles grandes y antiguos, sobre los que se acumulaba el polvo. Los muchachos miraron debajo de los muebles, en busca de pruebas

de que allí se hubiera removido la tierra.

—En este sótano, nadie ha tocado el suelo —dijo finalmente Bob.

Júpiter asintió con la cabeza y lanzó un suspiro de resignación.

—¡Aaaahhhhhrrrrrrgggggg!

Se volvieron en redondo. ¡El Pirata Púrpura estaba detrás de ellos! Su sable brillaba a la débil luz del almacén.

—Vamos, señor Davis —dijo Bob, disgustado—, ¡ya ve que somos nosotros otra vez!

El Pirata Púrpura no dijo nada. Con su grueso bigote negro y unos ojos centelleantes, les miró a través de su máscara púrpura.

—¡Señor Davis! —exclamó Júpiter.

El Pirata Púrpura levantó el sable de abordaje y, describiendo molinetes, cargó contra ellos. Bob se refugió detrás de una voluminosa cómoda y Júpiter detrás de unos sillones. El Pirata Púrpura tropezó con el pie de Bob y cayó a través de dos largas mesas de roble, deslizándose sobre ellas hasta la pared que había detrás.

Júpiter y Bob no esperaron. Sin pensar en otra cosa que en la fuga, salieron corriendo del pequeño almacén y subieron por la escalera hasta la cocina. Repentinamente, sonó en ésta la voz apagada de Pete:

—¡Alarma! ¡Evans regresa! ¡Alarma, muchachos!

¡La puerta posterior de la torre, además de cerrada con el pestillo, lo estaba también con llave! Los dos chicos pudieron oír al Pirata Púrpura, cualquiera que fuese su identidad, cruzar atropelladamente el sótano en dirección a las escaleras. Y fuera, Joshua Evans regresaba a la torre.

No tenían escapatoria.

Capítulo 15
¡Atrapados!

Entre los robles y mientras se levantaba la niebla, Pete susurró de nuevo en el transmisor:

—¡Alarma! ¡Que viene Evans, muchachos! ¡Salid pronto! ¡No hubo respuesta!

Pete dirigió una rápida mirada hacia Joshua Evans, que todavía recorría el trecho desde la entrada de la cerca hasta la arboleda. A sus dos amigos apenas les quedaba tiempo para escapar sin ser vistos.

—¡Primero! ¡Archivos! ¡Alarma! ¡Salid en seguida!

Entonces vio que la puerta delantera de la torre empezaba a abrirse. Pensó que iban a conseguirlo, pero en seguida pestañeó sorprendido. ¡No salía nadie! La puerta se estaba abriendo por sí sola, lentamente, como si Bob y Júpiter no la hubiesen cerrado correctamente. Luego, Pete vio el gato negro. Él había abierto la puerta de la torre y ahora corría hacia la ensenada. Pero Bob y Júpiter seguían dentro.

Desesperadamente, Júpiter susurró en su radioteléfono:

—¡Archivos! ¡Primero! Evans va a…

—¿Evans va a qué, granuja?

¡Pete alzó la vista y se encontró ante el rostro iracundo de Joshua Evans!

—¿Conque metiéndoos otra vez en mis terrenos después de haberos prevenido? ¿Qué diablos andáis buscando, y a quién le hablas con ese trasto?

Pete tragó saliva no sin dificultad.

—Es… estamos buscando el lugar donde ellos han estado

excavando, señor Evans. Es que pensamos que andan buscando un tesoro o algo por el estilo. Algo enterrado por ahí, ¿sabe? Hemos buscado por todas partes. Primero y Archivos han pensado que tal vez esté en su torre. Yo me he quedado aquí… o sea que me he quedado aquí…

—Vigilando —completó Evans. Miró hacia la torre y su puerta abierta—. ¿Excavando, dices? —sus ojos oscuros miraron otra vez a Pete—. ¿Y quiénes son «ellos»?

—¿Ellos? —repitió Pete, confuso.

—La gente que está buscando algo. Los excavadores.

—¡Oh! —respondió Pete—. Pues el mayor Karnes y su pandilla. Hubert, Carl y Santos, que es el calvo.

Sobresaltado, Evans dirigió una nueva y rápida mirada a su torre.

—Pero ¿todavía no habéis descubierto dónde cavan?

—No —confesó Pete—. Hemos mirado en todas partes, excepto…

Su emisor-receptor emitió una especie de leve jadeo. Era un sonido como si alguien respirase o soplara en él. La señal silenciosa. Pete se inclinó hacia el aparato.

—¿Jupe, Bob?

Sonó la voz de Júpiter, muy baja.

—Hay alguien en la torre, Segundo, y viene a por nosotros. Escapamos del sótano, pero no pudimos salir por la puerta de delante, ya que Evans nos hubiera visto; la puerta trasera está cerrada con llave y no hemos tenido más remedio que subir. Ahora estamos en el primer piso. Aquí sólo hay unas cuantas cestas y arcas viejas… —hubo un repentino silencio—. ¡Él sube! ¡Tenemos que seguir subiendo!

* * *

En el primer piso de la torre, Júpiter y Bob oyeron los pasos lentos y pesados del individuo que subía por la escalera desde la cocina, Se oían también gruñidos y una respiración trabajosa.

—De prisa —dijo Júpiter.

A la luz de la única y diminuta ventana, los dos chicos subieron de puntillas por la escalera del lado opuesto de la habitación a la

tercera planta. Subieron con rapidez, aunque Júpiter dejó escapar un par de resoplidos. La tercera planta era otra habitación mal iluminada, con unos cuantos barriles viejos y unos cajones de madera polvorientos que daban la impresión de haberse guardado en la torre durante cien años. Júpiter y Bob se sentaron en dos de éstos, mientras oían al hombre disfrazado de Pirata Púrpura caminar por el primer piso.

—¿Quién podrá ser, Jupe? —murmuró Bob—. Quiero decir, si no es Salty Sam…

—Y si es Sam —dijo Júpiter—, ¿por qué nos ha atacado?

Los dos chicos escucharon los lentos pasos que resonaban abajo.

—¡Archivos! —exclamó de repente Jupe—. ¡No creo que el hombre que hay aquí abajo, sea quien sea, nos esté persiguiendo a nosotros! Pienso que sólo está registrando la torre.

—¡Bien nos hizo salir corriendo del sótano!

—Es verdad —concedió Júpiter—, pero no actúa ahora como si nos estuviera persiguiendo. De hecho, es como si ni siquiera supiera que estamos aquí. Como si creyera que huimos de la torre.

—Quizás es el propio mayor Karnes —sugirió Bob.

Júpiter meneó la cabeza.

—El hombre que hemos visto es demasiado alto para ser el mayor Karnes, y demasiado bajo, con mucho, para ser Hubert. Pero podría ser uno de los otros dos, Carl o Santos. Al menos, sabemos que no es Joshua Evans, pues éste se encuentra ahí afuera.

Bob asintió, y seguidamente exclamó a media voz:

—¡Jupe! ¡Ese tipo sube ahora hacia aquí!

La escalera hasta el último piso terminaba en una trampilla. Los muchachos la empujaron para abrirla y quedaron deslumbrados por una luz intensa. La cuarta y última planta de la torre era la más pequeña pero tenía ventanas en todos los lados. Cerrando apresuradamente la trampa, los dos amigos se acercaron a las ventanas. Desde ellas pudieron ver la ensenada, el Buitre Negro todavía amarrado en espera de que se iniciara la primera función, el mar y el sol que brillaba tras las últimas capas de niebla.

—Jupe —dijo Bob—, ¿qué haremos si sube aquí?

El suelo quedaba muy por debajo de las ventanas y no había manera de trepar por el exterior de la torre. En la bien iluminada habitación no había muebles ni ningún lugar donde ocultarse. Sólo

había en ella la trampa de entrada en el suelo y el techo encima.

—No lo sé —contestó Júpiter, con una súbita nota de aprensión en su voz—. Pero tenemos que hacer algo, pues en este momento vuelvo a oírle en la escalera…

—¡Es… está subiendo! —tartamudeó Bob.

* * *

Entre los robles, Pete y Joshua Evans seguían vigilando la torre y esperando que el silencioso radioteléfono volviera a hablar.

—Tal vez debiéramos ir allí a buscarlos —propuso Pete.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —preguntó Joshua Evans con tono amable.

—Pete —contestó el Segundo Investigador—. Pete Crenshaw.

—Pete, no sabemos quién hay allí, o si hay más de uno. Se encuentra entre nosotros y tus amigos. Podríamos hacerles correr un peligro mayor que el que les amenaza ahora.

—Creo… creo que tiene usted razón. Pero ¿y si…?

Evans señaló hacia lo alto de la torre.

—¡Mira! ¡Allí, en las ventanas más altas!

Pete alzó la vista y vio a Bob y Júpiter mirando a través de ellas. Quiso echar a correr y hacerles gestos, pero Evans le contuvo y sus amigos no llegaron a verle.

—Cuidado, Pete —advirtió Evans a media voz—. No interesa que llames la atención sobre tus compañeros.

Pete tragó saliva y asintió en silencio. Por otra parte, Bob y Júpiter ya no se encontraban junto a las ventanas de la torre. Entonces Joshua Evans agarró el brazo de Pete y volvió a señalar hacia las ventanas. Pete vio la cara con la máscara purpúrea y el bigote negro, el sombrero de pirata adornado con la pluma y la casaca púrpura ribeteada de oro. ¡El Pirata Púrpura se encontraba en el último piso de la torre de piedra!

—¿Y… y dónde pueden esconderse allí? —susurró Pete. Joshua Evans meneó la cabeza.

—En ningún lugar, Pete. No hay un armario, ni una alacena, nada… ¡Están atrapados!

Capítulo 16
Júpiter se queda atascado

Pete y Evans contemplaron la silenciosa torre. La figura del Pirata Púrpura había desaparecido y las vacías ventanas sólo reflejaban el sol matinal. Joshua Evans suspiró.

—Debe haberles capturado, Pete.

—¡Entonces tenemos que correr en su ayuda!

—Tranquilo, muchacho —dijo Evans—. Una acción repentina por nuestra parte podría empeorar las cosas. Creo que si…

—¡Segundo! ¿Se ha marchado? —la voz incorpórea procedía del emisor-receptor—. ¿Lo has visto?

—¡Primero! ¿Dónde estás?

—Todavía en lo alto de la torre —dijo Jupe—. Mira hacia arriba y nos verás.

Evans y Pete volvieron a levantar la mirada hacia las ventanas del último piso de la torre, pero no vieron a nadie.

—¡No vemos a nadie, Primero!

Se oyó una risita burlona de Júpiter.

—Más arriba, Segundo. Sobre las ventanas.

Pete miró otra vez y vio dos caras sonrientes que asomaban por encima del bajo parapeto en el borde del tejado. Jupe y Bob habían trepado desde las ventanas y de algún modo habían podido llegar al tejado de la vieja torre, a cuatro pisos de altura sobre el suelo.

—¿Cómo habéis llegado hasta ahí? —preguntó Pete.

—La cuestión consiste en saber cómo vamos a bajar —gruñó Júpiter.

Intervino entonces Bob:

—Segundo, antes has hablado en plural. ¿Quién está contigo ahí

abajo?

—El señor Evans —explicó Pete—. Está a nuestro lado, muchachos.

Evans habló entonces por el transmisor.

—Después de contarme Pete lo que estáis haciendo los tres, deseo ayudar a descubrir lo que está ocurriendo por estos alrededores. ¿Dijisteis que tal vez el Pirata Púrpura había salido de la torre?

—Le oímos bajar al tercer piso —explicó Bob—. Tal vez después acabó de bajar, pero no estamos seguros.

—Está bien —decidió Evans—, lo mejor será que lo comprobemos. Vosotros esperad.

Él y Pete se acercaron lentamente a la abierta puerta principal. No se oía absolutamente nada en el interior de la torre. La puerta trasera seguía cerrada por dentro. Si el pirata hubiera salido por la puerta principal, Evans y Pete lo habrían visto. Desconcertados, exploraron el oscuro sótano y después la segunda y la tercera plantas. Quienquiera que fuese, el Pirata Púrpura se había marchado. Evans y Pete subieron al último piso, donde Bob entró, sonriente, por una de las ventanas.

—¿Dónde esta Jupe? —pregunto pete.

—Todavía en el tejado —contestó Bob, echándose a reír—. Dice que no puede bajar por su cuenta, y yo, desde luego, no tengo bastante fuerza para cargar con él.

—¿Y cómo subisteis los dos allí? —quiso saber Evans.

—Se lo enseñaré —Bob se asomó a la ventana por la que había entrado—. ¿Lo ve?

Pete y Joshua Evans se asomaron a su vez y vieron una serie de piedras que se proyectaban hacia afuera desde la pared exterior, cerca de la ventana. Las piedras formaban puntos de apoyo para pies y manos y permitían escalar desde la ventana hasta el tejado.

—Creo que su antepasado necesitaba algún medio para llegar hasta el tejado —comentó Bob a Evans.

—¿Y Júpiter trepó al tejado por aquí? —exclamó Pete, maravillado.

Bob sonrió.

—Subía el Pirata Púrpura y no teníamos ningún otro lugar donde ocultarnos. Supongo que cuando uno está asustado realiza

proezas. Pero ahora nadie persigue a Jupe, y dice que no le es posible bajar.

—Como mi gato Barba Negra en un árbol —dijo Evans—. Puede subir, pero para bajar necesita los bomberos.

—¿Y si llamáramos a los bomberos para ayudar a Jupe? —propuso Pete con una risita.

—Creo que bastará con una buena cuerda —decidió Bob—. ¿Tiene una cuerda en la torre, señor Evans?

—Claro que sí. Voy a buscarla.

Evans no tardó en regresar con la cuerda y Bob y Pete treparon al tejado con ella. Júpiter estaba de pie, bajo el sol ya radiante, y contemplaba la ensenada. Al parecer, vigilaba el Buitre Negro, que en aquellos momentos navegaba junto a los islotes en su muy demorado primer periplo del día. A bordo, un grupo de turistas, más numeroso que de costumbre, ya que el retraso lo había aumentado, observaba el ataque de los piratas personificados por Jeremy y Sam Davis.

—¿Os parece —preguntó el Primer Investigador cuando hubieron subido Bob y Pete— que un hombre calzado con botas ha de hacer ruido al bajar por una escalera de madera?

—Yo creo que sí, Jupe —respondió Peté—. Y bastante ruido —añadió Bob mientras desenrollaba la cuerda.

Júpiter asintió con la cabeza.

—Y tú, Segundo, ¿no viste a nadie salir por la puerta frontal?

—Sólo al gato —y Bob explicó a los dos la salida del gato en el mismo instante en que apareció el señor Evans a su lado—. Seguramente, vosotros dos no cerrasteis debidamente esa puerta.

—Esto explica que el Pirata Púrpura creyera que habíamos escapado por la puerta principal —dedujo Júpiter—. O, para ser más precisos, por qué el individuo, quienquiera que sea, creyó que nos había ahuyentado del edificio y que nos habíamos largado por esa puerta.

—Entonces, fue una suerte que el gato estuviera en la torre —dijo Bob.

—La suerte —repuso Júpiter con aplomo— consiste simplemente en planificar las cosas de modo que sea posible aprovechar los acontecimientos —después añadió, sonriente—: Pero, desde luego, es mejor contar con un poco de suerte… Siempre

ayuda.

—Y hablando de ayuda —dijo Pete—, ¿estás dispuesto a bajar de ahí, Primero?

—Por nada del mundo —contestó el jefe del trío— voy a bajar por este camino. No sé con exactitud cómo llegué hasta aquí, pero lo que sí sé es que, en lo que se refiere a bajar por esa pared, estoy dispuesto a quedarme a vivir aquí permanentemente. Diréis a tía Matilda y a tío Titus que me envíen mi cama y unos cuantos víveres.

—También podríamos mandarte un helicóptero —dijo Bob—, pero creo que con una buena cuerda bastará.

—¿Una cuerda? —gritó Júpiter—. ¿Crees que soy Tarzán?

—Te la ataremos a la cintura —explicó Bob—, y tú bajarás mientras nosotros sujetamos la cuerda para que no puedas caerte.

Júpiter miró la cuerda; después echó un vistazo al lado de la alta torre y se estremeció.

—Bien, supongo que es el único medio si no quiero quedarme a vivir aquí para siempre. ¡Atadme esa cuerda!

Bob y Pete ataron firmemente la cuerda alrededor de la cintura de Júpiter y después la sostuvieron con las máximas precauciones, bien afianzados los pies contra el bajo parapeto del tejado. Júpiter se arrodilló en el borde del mismo, de cara a ellos, y aspirando una gran bocanada de aire, hizo bajar precavidamente las piernas y empezó el descenso valiéndose de las piedras que le servían de punto de apoyo. Momentos después entraba por la ventana, ayudado por Joshua Evans, y Bob y Pete entraban tras él. Una vez dentro, todos descendieron apresuradamente a la planta baja.

—¿Tú crees que el Pirata Púrpura sólo pretendía ahuyentamos de la torre, Jupe? —preguntó Bob.

—Estoy convencido de ello, Archivos.

—¿Tienes alguna idea de quién pudiera ser, Júpiter? —Inquirió Evans.

—Pues bien, no era el mayor Karnes, ya que éste es muy bajo. Y su ayudante, Hubert, es demasiado alto. Le consideré a usted como una gran posibilidad, ya que era de la misma altura, pero usted estaba fuera de la torre, con Pete.

—Una suerte para mí —observó Evans, riéndose.

—Desde luego, esto le elimina como sospechoso —admitió

Júpiter sin perder la seriedad—, así como a Karnes y Hubert. Pero el pirata podía ser cualquier otra persona, ya que con ese disfraz es muy difícil determinar con exactitud su corpulencia y altura.

—Y estáis seguros de que sólo pretendía asustaros para que os marcharais —continuó Evans—. ¿Por qué?

—Para registrar la torre en busca de algo que, según cree él, está oculto en alguna parte.

—¿Oculto, Jupe? —exclamó Bob—. Pensaba que estabas seguro de que Karnes y su pandilla estaban excavando en busca de un tesoro o algo por el estilo.

—Pues ahora estoy convencido de que lo que buscan, sea lo que sea, no está enterrado, sino simplemente escondido.

—Vaya, Júpiter —exclamó Pete—, entonces ¿por qué están excavando?

—Creo que si volvemos a bajar todos al sótano —repuso Júpiter —, os podré decir exactamente por qué hace excavaciones el mayor Karnes, ¡y dónde las hace!

Capítulo 17
Un descubrimiento sorprendente

Sus pasos en la escalera de madera resonaron ruidosamente en el bajo y mal iluminado sótano.

—Archivos —dijo Júpiter—, ¿recuerdas cuándo oímos por primera vez al Pirata Púrpura desde aquí?

—Ya lo creo. Estábamos allí, en esa especie de almacén. Lanzó un rugido detrás de nosotros, y al volvernos le vimos.

—Exactamente —aprobó Júpiter—. Por tanto, lo primero que oímos fue su rugido detrás de nosotros, en el almacén. Pero ahora acabamos de oír el ruido que hemos hecho al bajar por esa escalera de madera. ¿Por qué no oímos al Pirata Púrpura, con sus pesadas botas?

—Tal vez bajó de puntillas —sugirió Bob.

—Sería difícil, ya que estos escalones están muy desgastados y crujen —dijo Júpiter—. Pero tengo otra pregunta, y esta vez es para ti, Pete. ¿Por qué no nos avisaste cuando el Pirata Púrpura entró en la torre?

—Porque no le vi entrar en la torre.

—Exacto otra vez —comentó Júpiter—. De modo que tú, Pete, no viste entrar a nadie en la torre, Bob y yo no oímos ningún ruido de botas que bajaran por la escalera del sótano, y la puerta de la cocina estaba cerrada con pestillo por el interior. Lo sé porque fue la primera cosa que comprobé.

—Bueno, ¿y qué significa todo esto, Primero? —preguntó Pete.

—Significa… —respondió Júpiter, e hizo una pausa efectista— que el Pirata Púrpura que nos atacó no entró en el sótano bajando por la escalera desde la planta baja, y que no penetró en la casa por

ninguna de las entradas de dicha planta.

—¡Pero si no hay ninguna otra manera de entrar en la torre o en el sótano! —exclamó Bob.

—Ha de haberla, Archivos —insistió Júpiter—. Debe haber alguna manera de entrar en la torre y el sótano directamente desde el exterior. ¡Y por esto han estado excavando Karnes y sus compinches!

—¡Están excavando un túnel hasta el sótano! —dedujo Bob.

—No, excavando un túnel no —le corrigió Júpiter—. Probablemente, reconstruyendo uno ya existente. ¿Recordáis aquellas milagrosas escapatorias del Pirata Púrpura en sus tiempos? Debía de disponer de un túnel que le permitiera escapar de la torre. ¡En algún lugar de este sótano ha de haber un túnel antiguo que comunique con el exterior!

—Júpiter tiene toda la razón, muchachos —dijo Joshua Evans—. Hay un túnel de salida que parte de este sótano. Supongo que habría que reconstruirlo, ya que se dice que se derrumbó hace años. Sin embargo, yo nunca he sabido con exactitud dónde está.

—Entonces vamos a buscarlo —exclamó Pete.

Afanosamente, los investigadores y el señor Evans se distribuyeron a lo largo y ancho del sótano y empezaron a estudiar sus viejas paredes. Las golpearon con trozos de tubería y listones de madera que encontraron en el almacén, y buscaron indicios de piedras sueltas o bisagras.

—Busquemos huellas en el suelo —aconsejó Júpiter.

Pero la seca arcilla del suelo del sótano era demasiado dura para revelar la menor señal de huellas.

—¡Aquí! —gritó de pronto Evans.

Y cuando los muchachos se reunieron a su alrededor, golpeó de nuevo una piedra. Casi directamente frente a la escalera, la pared ofrecía un ruido levemente hueco. Parecía como si hubiera detrás de las piedras un espacio vacío que produjese un eco, pero a pesar de que los jóvenes miraron detenidamente, no pudieron ver indicios de una puerta ni de piedras sueltas. Lentamente, Júpiter contempló el pobremente iluminado sótano.

—El túnel estaba destinado a ser un camino secreto de fuga, y por tanto su puerta debió de haber estado bien oculta. Pero la puerta tenía que abrirse desde este lado, y abrirse de prisa. El Pirata

Púrpura necesitaba largarse rápidamente cuando llegaba el momento de utilizar ese túnel. Tenía que bajar por la escalera y abrir la puerta con la mayor rapidez posible. Vamos a ver la escalera.

Examinaron cada uno de los escalones de madera, estudiando cuidadosamente la pared de piedra encima y debajo. A mitad de la escalera, Pete encontró una pequeña anilla de hierro debajo de un escalón. Tirando de la anilla, salía de la pared un bloque de piedra y en la cavidad resultante había una gran palanca de hierro, bien engrasada. Cuando Pete bajó la palanca, la sección de la pared frente a la escalera se abrió silenciosamente…

—¡Vaya, hombre! —exclamó Joshua Evans—. Todo este tiempo viviendo aquí y nunca supe que había una entrada secreta en la torre.

Trajo una linterna del almacén y precedió a los muchachos a través de un túnel cuya anchura apenas permitía a un hombre pasar por él, y tan bajo que Pete apenas podía pasar sin agacharse. En la pared, ya dentro del túnel, había otra palanca.

—Ésta debe ser para abrir y cerrar la puerta desde el interior del túnel —comentó Júpiter.

El pasadizo tenía paredes y un techo abovedado de piedra, y el suelo de tierra. A lo largo del mismo se habían desprendido piedras de las paredes y el techo, y al cabo de unos veinte metros se había derrumbado todo el túnel.

—Mi padre me contó que se vino abajo antes de nacer yo —dijo Joshua Evans—. Probablemente en uno de aquellos fuertes terremotos.

Pero el túnel ya no estaba cegado. A través de los escombros y en su parte superior, se había abierto un paso que permitía que un hombre, incluso corpulento, gateara por él. Los investigadores y Evans se introdujeron en él, uno tras otro, y salieron al otro lado. El oscuro túnel continuaba, obstaculizado por más piedras desprendidas, y unos veinte metros más allá terminaba en un tabique formado por cuatro recios tablones sin pulir, asegurados por unos travesaños de hierro oxidado. Las cuatro tablas verticales estaban aseguradas en su parte inferior a otra tabla fijada en el suelo de tierra, mediante bisagras, y unidas a una viga a cada lado por dos pasadores de metal.

Pete y Bob quitaron los pasadores y las cuatro tablas descendieron hacia el exterior como un puente levadizo… Los cuatro se adelantaron sobre ellas, y el haz de la linterna de Joshua Evans iluminó una extensión de agua oscura, negra… Más adelante, el túnel parecía continuar con paredes y techo de madera y un suelo de agua.

—¡Estamos en la caseta de barcas, debajo del muelle! —exclamó Júpiter.

—Creo que tienes razón, chico —dijo Joshua Evans.

—La única manera de salir es nadando —añadió Bob.

—Probablemente el agua tendrá poca profundidad y se podrá caminar —aventuró Pete, un tanto abochornado al recordar su experiencia en la factoría marisquera.

—Será mejor que cerremos la entrada del túnel detrás de nosotros —dijo Pete—. No nos interesa que Karnes o cualquier otro sepan que la hemos encontrado.

Bob y Pete volvieron a levantar las cuatro tablas unidas y cerraron los pasadores del otro lado, introduciendo de nuevo en su lugar unas estaquillas de madera deslizantes.

—Caray, no es extraño que antes no viésemos esta puerta —comentó Bob—. Nadie diría que no son cuatro tablas más de las que sostienen el embarcadero.

Joshua Evans y los chicos vadearon y subieron al atracadero de la oscura caseta de barcas. Apenas se filtraba un resquicio de luz solar a través de unas grietas en la pared y de la única y sucia ventana en la parte delantera. Mientras salían por la doble puerta, Júpiter miró atrás, meditabundo.

—Bob tiene razón, nadie puede descubrir ese túnel ni por casualidad. Y esto significa que el mayor Karnes había de conocer su existencia, y tal vez sabía ya exactamente dónde se encuentra.

—¿Te acuerdas de aquel documento que estaba estudiando en la tienda? —exclamó Bob—. Apuesto que era un mapa con la situación del túnel.

—Sí, es posible —asintió Júpiter.

Atravesaron la hilera de robles y caminaron hacia el Buitre Negro, que acababa de volver después de la primera función del día. El capitán Joy, Jeremy y Salty Sam todavía estaban en cubierta, y el capitán se alarmó cuando vio que Joshua Evans acompañaba a

los investigadores.

—Ya os dije, muchachos, que no os…

Evans sonrió.

—Todo va bien, Joy, pues ahora ya sé lo que están haciendo estos chicos. Tengo tanto interés como cualquiera en resolver el misterio de lo que ese mayor… el mayor…

—Karnes —completó Júpiter, y seguidamente se volvió hacia el capitán Joy—. ¿Cuándo empezó su primera travesía de hoy, capitán?

—Hace tan sólo cuarenta y cinco minutos —respondió el capitán, dirigiendo una mirada a Sam Davis, que parecía muy interesado en contemplar el paisaje—. Gracias a Sam. Le esperamos largo rato, hasta que finalmente tuvimos que zarpar sin él, pero llegó a la primera isla con el tiempo justo para ponerse a trabajar.

Pete no pudo contenerse por más tiempo.

—¡Hemos descubierto dónde están excavando Karnes y su pandilla, capitán! ¡Y por qué quieren alejarles a usted y a Jeremy de aquí! ¡Hay un antiguo túnel secreto desde la torre hasta la caseta de barcas! Y ellos lo han estado reparando.

Seguidamente, los muchachos explicaron todo lo que había ocurrido aquella mañana, incluida la persecución por el hombre disfrazado de Pirata Púrpura.

Júpiter se volvió hacia Sam Davis.

—¿Y por qué ha llegado hoy tan tarde?

—El cacharro que tengo por coche no se ponía en marcha, si es que esto puede interesarte, jovencito —contestó el veterano marino —. Llegué tan tarde que tuve que correr directamente hacia esos islotes.

—¿Dónde guarda usted el disfraz del Pirata Púrpura, capitán?

—Allí, en las islas. Guardamos todas las ropas en un cobertizo que hay en una de ellas. Nos resulta más práctico.

—¿Está cerrado ese cobertizo?

—No, me temo que no.

—Por consiguiente, quien supiera que el traje estaba allí pudo haberlo utilizado.

—Supongo que así es, Júpiter —admitió el capitán Joy.

—Lo cual no nos sirve de gran ayuda —dijo Júpiter, con un suspiro, pero inmediatamente se iluminó su semblante—. Sin

embargo, sabemos ahora dónde excava Karnes, y lo que debemos preguntarnos es qué está buscando. Debe ser algo escondido en la torre, señor Evans, o tal vez en el propio túnel.

Joshua Evans se encogió de hombros.

—No tengo ni la menor idea de lo que pueda ser.

—¿Y usted, capitán? —inquirió Júpiter.

—Supongo que será algo que dejó el Pirata Púrpura, aunque todo el lugar fue revuelto palmo a palmo cuando la gente se dedicó a buscar junto a la ensenada hace cien años.

—Lo más probable es que se trate de algo que dejó oculto el Pirata Púrpura —dijo Júpiter—, aunque más tarde hubo en la ensenada contrabando y otras actividades delictivas.

—Sea lo que sea, Jupe —intervino Bob—, espero que todavía esté ahí. En realidad, no sabemos cuándo excavaron a través de aquella parte bloqueada.

—Sabemos que esta noche todavía estaban excavando —puntualizó Júpiter—. Segundo, ve a ver si aquel tipo sigue estando de guardia.

Pete asintió y echó a correr hacia las puertas de la cerca. Joshua Evans le vio alejarse con una expresión de perplejidad.

—¿De guardia? —repitió—. ¿Quién está de guardia, chicos?

—Karnes tiene a alguno de sus hombres ahí fuera, vigilando la Madriguera del Pirata Púrpura todo el día —explicó Bob—. A veces es uno de ellos, otras veces son dos, pero siempre hay alguien allí.

Evans se rascó la barbilla.

—Conque siempre, ¿eh?

—Es un aspecto del caso que me tiene muy desorientado —admitió Júpiter—. Es, casi, como si Karnes temiera que alguien se lleve lo que él anda buscando antes de que él pueda encontrarlo. O tal vez sepa que hay otros que están buscando lo mismo que él.

—Acaso aquel hombre disfrazado de Pirata Púrpura —sugirió Bob.

Pete regresó.

—La camioneta de los helados esta ahí delante, Primero.

—¿Y usted ha de ir otra vez a la sesión de grabación esta noche, capitán Joy? —preguntó Júpiter.

—Desde luego —contestó Jeremy adelantándose a su padre.

—Pues entonces —dijo Júpiter, con voz firme y decidida—,

sugiero que vayamos todos a nuestras casas y descansemos un poco. Es posible que nos espere una larga noche —se volvió hacia Joshua Evans y Salty Sam—. Y creo que sería buena idea que el señor Evans y Sam nos acompañaran esta noche, en previsión de que la situación ofrezca mayor peligro del que nosotros podamos desafiar…

Capítulo 18
Un susto desagradable

Júpiter, Pete y Bob llegaron de nuevo a la Madriguera del Pirata Púrpura en sus bicicletas, provistos de radioteléfonos y linternas, cuando los últimos turistas abandonaban el lugar. Los Tres Investigadores llevaban camisas oscuras. Pasaron entre los turistas que salían, para que Carl no pudiera advertir su presencia desde el camión del servicio forestal, mientras efectuaba su vigilancia habitual para el mayor Karnes. Una vez dentro, se dirigieron hacia el remolque de los Joy y compartieron su cena; todos mostraron un saludable apetito después de las aventuras de aquel día.

Una hora más tarde, se reunió con ellos Sam Davis. Joshua Evans se quedó en la torre, dejándose ver de cuando en cuando ante las ventanas, para que Carl, apostado en la cabina del camión, pensara que todo transcurría como de costumbre, el capitán Joy y Jeremy cerraron las puertas de la cerca y partieron en su camioneta para asistir a la sesión de grabación en Rocky Beach.

—Es la hora, muchachos —dijo Júpiter a media voz.

Todos ellos salieron de la caravana remolque y procuraron mantenerse al amparo de la oscuridad. Si Karnes y sus hombres actuaban como la última noche, los muchachos y Salty Sam tenían unos diez minutos para llegar a la caseta de barcas, y sabían que Carl estaría espiando todos sus movimientos. Sin embargo, sus camisas oscuras les permitieron alcanzar la destartalada caseta sin gran peligro de ser descubiertos.

Una vez dentro, Bob, Pete y Sam Davis treparon por una escala hasta el altillo donde se guardaban las velas, mientras Júpiter se metía en el agua y vadeaba debajo del atracadero. Tras abrir el

puente levadizo y cerrarlo debidamente detrás de él, el Primer Investigador atravesó corriendo el túnel y accionó la palanca de la pared. Abrió la puerta secreta del túnel, la cerró tras él y entró en el sótano de la torre de piedra para reunirse con Joshua Evans.

En el desván de las velas, Pete y Bob se ocultaron entre la sombra directamente encima del lugar donde se abriría la puerta doble y entraría la furgoneta si Karnes venía. Sam se apostó en el otro extremo del altillo, desde el cual podía vigilar la ventana en caso de que llegara alguien por vía marítima. Desde sus posiciones, se dispusieron a esperar.

Afuera, bajo el fresco de la noche de junio, pasaban de vez en cuando coches por la carretera de la ensenada. A través del agua, llegó el ladrido de un perro en el pueblo. En algún lugar alguien cantaba. Uno de los taxis aéreos despegó y hubo un momentáneo destello luminoso a través de la ventana del altillo. ¡Se cerró una puerta de camioneta! Se oyó un leve rechinar de frenos.

¡Un rechinar de frenos que parecía proceder de las puertas de la cerca! El nítido chasquido de metal contra metal a una cierta distancia. El discreto y apagado runruneo de un motor que se acercaba en la noche. Después, silencio.

¡Se abrieron las dos puertas!

Pete y Bob contuvieron el aliento. Después oyeron el leve murmullo del motor en la casilla de barcas y al mirar hacia abajo vieron el techo de la furgoneta cuando ésta entraba. El mayor Karnes y Hubert se apearon para cerrar las puertas. Bob sopló tres veces en su transceptor, que era la señal acordada por los muchachos.

Resonó un leve golpe en el aparato de Bob: la señal de recepción emitida por Júpiter.

Apenas se cerraron las puertas de la caseta de barcas, el diminuto mayor Karnes y Hubert caminaron presurosos hasta el costado del embarcadero y vadearon el agua. Disipando con sus linternas la oscuridad, avanzaron hacia la entrada del túnel y…

¡Resonó un estrépito enorme en la vacía caseta de barcas, algo semejante a una repentina descarga de artillería!

—¡Válgame Josafat! —gritó Salty Sam.

Mientras Pete y Bob miraban, horrorizados, el torpe marinero se vino al suelo desde el altillo y quedó cubierto de cuerdas y tablas de

madera, como si hubiera tropezado con algo al moverse. Antes de que pudieran acudir en su ayuda o esconderse, se les vino encima un mástil que la caída de Sam había desplazado de su sitio. Después, el haz de una linterna enfocó directamente las caras de los chicos.

—Vamos, vosotros dos, ¡salid de ahí!

Junto a la puerta de la furgoneta, Carl les estaba mirando, con la linterna en una mano y una pistola en la otra. Intimidados, Bob y Pete bajaron lentamente por la escalera del altillo. El mayor y Hubert habían vuelto a subir al embarcadero y se encontraban, goteando agua, detrás de Carl.



—Echa un vistazo a ese altillo —ordenó el mayor a Hubert—. Mira si hay alguien más en él.

El hombrón asintió con la cabeza y empezó a subir por la escala, que gimió bajo su peso. El mayor Karnes taladró con los ojos a Pete y Bob.

—¡Yo os he visto antes! —siguió mirándoles mientras el gigantesco Hubert recorría el desván—. ¡Rayos y truenos, ya lo creo! Vosotros me echasteis una mano frente a aquel gentío encolerizado el primer día de las entrevistas. ¡Fuisteis los primeros chicos a los que entrevisté! ¿Y qué diablos estáis haciendo aquí? ¿Y dónde está el otro que iba con vosotros? ¡Recuerdo que erais tres! Un chico bastante gordo, que era el que más hablaba. ¿Dónde está ese chico y qué estáis haciendo vosotros dos, escondidos en este desván?

—No… nosotros… no… no… —tartamudeó Bob.

Se oyó entonces la voz de Hubert desde el altillo:

—¡Aquí arriba no hay nadie más, jefe!

Bob y Pete se miraron. ¿Dónde estaría Salty Sam? ¿Qué podía estar haciendo? Evidentemente, debía de haber salido por la ventanilla del altillo y huido.

—¡Mira bien, necio! —gritó el mayor Karnes dirigiéndose al desván—. Ha de haber un tercer chico —miró a Bob y a Pete—. Ahora, decidme qué estabais haciendo escondidos en ese cobertizo.

—No nos estábamos escondiendo —protestó Bob—. Es que nos quedamos dormidos. Estuvimos en la travesía de ese barco pirata, nos cansamos mucho, vinimos aquí a descansar y nos quedamos dormidos.

—Esto es —añadió Pete en seguida—. Nos quedamos dormidos.

Hubert bajó por la escalera resbaló, acabó de bajarla rápidamente y cayó al suelo, derribando a Pete.

—¡Maldito idiota! —rugió Karnes.

—Lo… lo si… siento, amigo —tartamudeó Hubert, inclinándose para ayudar a Pete a levantarse.

Con la mano, cepilló cuidadosamente las ropas del joven, y después se quedó mirando fijamente a Pete.

—Oiga, jefe, ¿recuerda que le dije la noche pasada que me había parecido ver a un chico espiándonos cuando salimos de aquí? Pues es éste. Es decir, así lo creo yo.

—¿Sí? —dijo Karnes—. Carl, ¡regístralos a los dos!

Carl encontró sus linternas, sus tarjetas y los transceptores portátiles.

Karnes leyó sus tarjetas.

—¿Detectives, eh? ¿Conque se trata de esto? Nos habéis estado espiando y siguiendo, y el otro granujilla está esperando a que le digáis qué estamos haciendo —cogió el transceptor portátil de Pete y habló por él—: ¿Estás ahí, muchacho? Escúchame atentamente. Hemos cogido a tus amigos. Vamos a atarlos y a dejar un hombre con ellos. No te cruces en nuestro camino ni intentes ninguna jugarreta, de lo contrario no va a gustarte lo que haremos con tus compañeros…

Capítulo 19
Se vuelven las tornas

En la sala de estar de la torre de piedra, Júpiter y Joshua Evans oyeron todo lo ocurrido en la casilla de barcas a través del transceptor portátil de Jupe, y oyeron la siniestra advertencia final de Karnes.

—¡Los han cogido! —dijo Júpiter, con desespero.

—Tranquilo, Júpiter —recomendó Evans.

—¡Tenemos que hacer algo!

—No sé qué —reconoció Evans—. Tal vez…

Se oyeron unos golpes frenéticos en la puerta de la torre. Júpiter quedó como petrificado y Joshua Evans sacó su pistola del bolsillo de la chaqueta. Se repitieron los golpes, insistentes. Evans caminó sigilosamente hacia la puerta y la abrió de golpe.

Frente a ella estaba Sam Davis, con los bajos del pantalón chorreando. Entró apresuradamente en la habitación, mirando por encima de su hombro.

—¡Ese mayor Karnes ha capturado a los chicos!

—Ya lo sabemos —dijo Evans—. ¿Cómo ha podido escapar usted?

—Estaba arriba, en aquel desván, y salí por la ventana —jadeó Sam—. Tuve que saltar al agua y después me extravié.

—Ha tenido suerte —declaró Evans—. Y tal vez nosotros también. Ahora que lo tenemos aquí, Sam, empiezo a imaginar un plan.

—¿Qué plan, señor Evans? —preguntó Júpiter.

—Será mejor que bajemos primero al sótano.

Los tres bajaron apresuradamente por la escalera hasta llegar al

pobremente iluminado sótano. A petición de Evans, Sam se ocultó debajo de la escalera. Júpiter y Evans se metieron en el pequeño almacén.

—¿Qué vamos a hacer, Evans? —preguntó Sam en un ronco murmullo.

Júpiter se hizo eco de sus palabras:

—Sí, señor Evans, ¿cuál es su plan?

—Bueno, Júpiter —dijo Evans—, voy a empezar con una confesión. Ya verás, yo…

—¡Usted ya ha encontrado el tesoro! —exclamó Júpiter—. ¡Usted regresó a la Ensenada de los Piratas porque sabía que estaba aquí!

—Sí, Júpiter. Volví para hacerme con ese viejo tesoro, ¡y lo encontré hace una semana!

—¿Quiere decir que todavía está en la torre?

Evans asintió con la cabeza.

—Aquí, en ese cuarto que sirve de almacén. Tal como lo encontré, con su vieja arca china y todo. Verás, hace mucho tiempo mi padre me habló acerca de esta torre y del tesoro que mi tatarabuelo había ocultado en ella. Hasta el año pasado no pude marcharme de Oriente y regresar a la torre. Después de buscar como un loco, encontré el tesoro la semana pasada.

—Pero, señor Evans —dijo Júpiter—, ¿por qué no le dijo a nadie que lo había descubierto?

—Para decirte la verdad, Júpiter, no estaba seguro de cuál es mi posición legal, ni de a quién pertenece en realidad el tesoro. Hasta saberlo de cierto, juzgué que lo mejor era callármelo.

—Yo diría que pertenece a quien lo encuentre en su propiedad, dado el tiempo que ha pasado ya —decidió Júpiter.

—Sea como sea —dijo Evans— voy a asegurarme de que no caiga en manos del mayor Karnes o de cualquier otro ladrón.

—¿Cómo? —preguntó Júpiter.

—Engañándole, espero. Y no disponemos de mucho tiempo. Creo que tarda tanto porque está atando a los chicos y rumiando sus planes, pero no tardará en presentarse en este sótano; estará armado, y no vendrá solo. Esperará encontrar a Júpiter, pero no a Sam, de modo que usted, Sam, quédese escondido debajo de esta escalera. Ante él, yo admitiré que he encontrado el tesoro y diré que

está en el almacén. En su avidez, él y sus compinches me llevarán directamente allí para que les enseñe dónde está, y olvidarán hasta la existencia de Júpiter. Por tanto, cuando estemos todos en el almacén, usted, Sam, y tú, Júpiter, debéis actuar con rapidez y cerrar de golpe la puerta del almacén y asegurarla con un candado en su parte exterior.

Al entrar Evans en el almacén para buscar un candado, Júpiter objetó:

—¡Pero usted se quedará encerrado con ellos!

—Tengo mi pistola —replicó Evans, regresando con un voluminoso candado y entregándoselo a Sam—, y creo poder garantizar que los capturaré. Quedarán tan sorprendidos cuando se cierre la puerta que echarán a correr para tratar de abrirla… La gente siempre reacciona así. Entonces yo les echaré el guante y los mantendré a buen recaudo hasta que vosotros dos pongáis en libertad a Bob y a Pete, y aviséis a la policía.

—¡Por cien mil tiburones! —rezongó Salty Sam desde el otro lado del sótano—. ¡Ahí vienen!

—¡Colócate detrás de mí, Júpiter! —ordenó Evans—. Sam, si mi plan no da resultado, prepárese para saltarles encima. ¡Vamos, a sus puestos todos!

Evans se situó en el centro de la parte principal del sótano en el momento en que la pared empezaba a abrirse. Cuando estuvo abierta del todo, Karnes y Carl irrumpieron en el sótano, pistola en mano, y vieron inmediatamente a Joshua Evans y a Júpiter.

—Bueno, el tercer joven detective y el señor Joshua Evans en persona —dijo el pequeño Karnes con una risita—. Debí suponer que estaba usted detrás de esos sabuesos juveniles en la caseta de barcas, Evans. Bien, vamos a dejar de jugar. ¡Entrégueme la mercancía ahora mismo!

Evans se encogió de hombros.

—De acuerdo, Karnes, usted gana. Deje a los chicos al margen de este asunto. Lo que usted quiere está en el almacén, en un armario de la pared del fondo.

Carl enfundó la pistola y echó a correr hacia la puerta del almacén.

—¡Carl! —le llamó secamente Karnes. El hombre se detuvo y el mayor señaló con su pistola a Joshua Evans—. Usted primero,

Evans. ¡Adelante!

Evans entró en el almacén, seguido de cerca por el mayor Karnes y Carl. Karnes tenía la vista clavada en la ancha espalda de Evans, como si temiera que éste pudiese intentar alguna jugarreta. Una vez en el almacén, Carl se adelantó, en su afán por llegar al armario de la pared opuesta.

Júpiter fue olvidado por completo, tal como había pronosticado Evans, y Sam salió de su escondrijo bajo la escalera. Rápidamente, él y Jupe cerraron de golpe la gruesa puerta del almacén, y Sam puso y cerró el viejo candado.

Hubo un largo momento de silencio, y después gritos de rabia y el ruido de pasos precipitados al otro lado de la puerta. El tirador de ésta giró violentamente, una y otra vez. Después se oyó, al otro lado, la fría voz de Joshua Evans:

—Les tengo encañonados a los dos. Dejen sus pistolas en el suelo. Poco a poco y con mucho cuidado. Ahora, den media vuelta. Así. Está bien; Júpiter, ve a buscar a la policía.

—¡En seguida! —gritó Júpiter.

Pudo oír en el interior del almacén una breve risa burlona de Joshua Evans e imaginarle sonriendo ante los enfurecidos Karnes y Carl.

Capítulo 20
Los criminales, capturados

Atados de pies y manos, Pete y Bob estaban sentados junto a la furgoneta en la oscura caseta de barcas. Hubert los vigilaba como un perrazo enorme y nervioso. Sostenía una linterna con mano temblorosa.

—No quiero que me ocasionéis ningún problema, ¿estamos? El jefe dice que no debo dejaros escapar, de modo que no intentéis ninguna jugarreta.

Pero Hubert estaba demasiado nervioso para permanecer junto a ellos largo tiempo. Vadeó por el agua y enfocó su linterna bajo el embarcadero, como si esperara ver al mayor Karnes. Después regresó para advertir de nuevo a los muchachos que no le gastaran ninguna broma y se encaminó hacia las puertas del cobertizo para acechar en el exterior cualquier peligro que pudiera amenazarle.

Se encontraba en el extremo de la caseta de barcas, cuando en el bolsillo de la chaqueta de Bob se oyó un leve siseo.

—Archivos —susurró Pete—, es tu transceptor portátil. Lo dejaste conectado. ¿Puedes llegar hasta él para ponerlo en transmisión?

Tan silenciosamente como pudo, Bob se retorció y logró colocar sus manos atadas junto al bolsillo de la chaqueta. Tras varios intentos, pudo apretar el pulsador a través de la tela. Después dijo en voz alta:

—Nos tiene bien atados en esta caseta de barcas, Hubert. No debe preocuparle la posibilidad de que escapemos.

Seguidamente, Bob localizó a través de la tela de la chaqueta el mando de volumen de recepción y lo aumentó. Llegó hasta él la voz

de Júpiter, muy baja.

—Comprendo. Escucha atentamente. Dile a Hubert que Karnes quiere hablar con él. Sabe que Karnes tiene uno de nuestros transceptores portátiles, de modo que se acercará y escuchará. Yo me ocuparé del resto.

—¡Hubert! —llamó Pete.

El gigante miró hacia él.

—No tenéis permiso para hablar.

—Vale —contestó Bob—, pero el mayor Karnes nos ha dicho que le digamos que quiere hablar con usted.

—¿Hablar?

El coloso miró a su alrededor, para ver si el mayor se encontraba en la caseta.

—Lo ha dicho a través de nuestro transceptor portátil —explicó Pete—. Ya ha visto antes esas radios pequeñas de bolsillo. ¿Recuerda que el mayor se quedó con una de ellas?

—¿Radios? Ah, sí, ya recuerdo. ¿Y el jefe habla por una de ellas?

—Esto es —dijo Bob—. Acérquese y escuche.

Hubert caminó lentamente hacia ellos, sospechando algún truco, pero demasiado atemorizado por Karnes para correr el riesgo de incumplir una orden del mayor.

Repentinamente, el aparato se puso a vociferar:

—¡Hubert, pedazo de idiota, cuando te digo que quiero hablar contigo es que quiero hacerlo!

De no haber estado atados, Bob y Pete hubieran pegado un salto de medio metro. Era una imitación exacta de la voz del mayor, hasta la más leve inflexión. A pesar de que muy a menudo habían admirado la habilidad de Júpiter para hacer imitaciones, siempre les impresionaba la portentosa capacidad de su amigo para remedar casi cualquier voz. Hubert palideció y miró el bolsillo de Bob como si fuese el mayor en persona.

—Sí… sí, jefe.

—¡No tartamudees, imbécil! Y ahora escúchame. Asegúrate de que esos dos crios estén bien atados, coge su transceptor portátil y después ven a reunirte con nosotros, pasando por el túnel. ¡Y hazlo inmediatamente, majadero!

Hubert asintió varias veces con la cabeza, ante el bolsillo de Bob.

—Sí, jefe. En seguida. Voy en seguida.

En su ansiedad por hacer lo que ordenaba el mayor, el pobre Hubert incluso olvidó revisar las ligaduras de Bob y Pete; se limitó a recoger torpemente la radio y, metiéndose debajo del embarcadero, buscó la entrada del estrecho túnel. Apenas se hubo marchado, se abrieron las puertas de la caseta y Sam entró corriendo para desatar a Bob y a Pete.

—Tenemos al mayor y a Carl atrapados en el cuarto trasero del sótano —explicó Sam, riéndose—. Evans les hizo caer en una trampa y ahora los tiene encañonados. ¡Evans ya había encontrado el tesoro y engañó al mayor para hacerle entrar en aquel almacén!

—¿El señor Evans tiene el tesoro del pirata? —preguntó Bob mientras se levantaba.

—Ya lo tenía antes incluso de que yo empezara a buscar —admitió Sam.

Pete se desató los pies.

—¡Conque era usted el hombre disfrazado de Pirata Púrpura! ¡Buscando el tesoro y tratando de asustarnos a nosotros!

Sam inclinó la cabeza.

—Volví una noche porque había olvidado algo y entonces os vi a vosotros salir de la caseta de barcas. Necesité un par de días para encontrar ese túnel. Yo sólo quería buscar también lo que todos estaban buscando. Nunca tuve intención de hacer daño a nadie.

—Esto ya no tiene importancia —replicó Bob—. ¡Vamos a salir de aquí antes de que Hubert sepa lo que ha pasado y regrese!

Corrieron por el oscuro terreno hacia la torre de piedra. En ella, les esperaba Júpiter con su transceptor portátil en la mano. Apenas les vio, se inclinó sobre el aparato.

—¡Hubert, maldito imbécil! ¡Vuelve en seguida a la caseta! ¡Te has dejado engañar! ¡No era yo el que te habló antes, idiota! ¡Regresa inmediatamente a la caseta! ¡Si se han escapado, va a costarte muy caro! ¡De prisa, pedazo de alcornoque!

Escucharon todos, bajo el suelo, muy lejano, les pareció oír un agudo gemido, seguido por un trote apagado en dirección a la caseta de barcas. Se echaron todos a reír.

—¡Espléndida imitación, Jupe! —exclamó Pete.

—Pero ¿qué vamos a hacer ahora? —preguntó Bob.

Antes de que Júpiter pudiera contestar, oyeron que un motor de

coche se ponía súbitamente en marcha. Salieron y vieron que la furgoneta abandonaba a toda velocidad la caseta, giraba sobre dos ruedas hacia el paseo principal y continuaba su carrera hacia las puertas de la cerca. Hubert hizo chocar la furgoneta contra ellas, salvó el obstáculo y desapareció en la noche.

—¡Parece como si le estuviera persiguiendo el diablo! —comentó Pete.

—Teme que le persiga el mayor Karnes —explicó Júpiter—, y ya es hora de que entreguemos ese diablo a la policía.

* * *

El jefe de policía Reynolds, viejo amigo de Los Tres Investigadores, todavía estaba trabajando y fue informado de los sucesos por el agente de guardia. Inmediatamente, el jefe envió a varios hombres para detener a Santos en la tienda vacía y conducir al capitán Joy y Jeremy a la Madriguera del Pirata Púrpura. Seguidamente, Reynolds se puso en contacto con el *sheriff* del distrito y uno y otro, en sus coches y con las sirenas en marcha, se trasladaron a la Ensenada de los Piratas. Cuando llegaron a la torre de piedra, encontraron en ella al capitán Joy, a Jeremy y a los policías que los habían recogido.

—Hemos detenido a ese individuo llamado Santos —comunicó uno de los policías.

—Muy bien —aprobó el jefe—. Vamos a echarles el guante a los demás.

Una vez en el sótano, los policías desenfundaron sus armas mientras Júpiter quitaba el macizo candado y abría la puerta de par en par.

—Vamos —ordenó el *sheriff*—, salgan todos con las manos en alto.

Un Carl de mirada torva y un mayor Karnes de rostro carmesí abandonaron el almacén con las manos levantadas. Detrás de ellos, sonriente, salió Joshua Evans, empuñando todavía su pistola. Los policías se apresuraron a esposar a los dos delincuentes.

—¿De qué se nos acusa, exactamente? —inquirió el mayor Karnes.

—Supongo que bastará con una acusación de allanamiento de

morada —dijo Júpiter.

—Y posiblemente, intento de robo, asalto, posesión ilegal de un arma oculta, e incluso secuestro de los chicos —añadió el jefe Reynolds.

—¿Los han pescado a todos? —preguntó Joshua Evans.

—A todos, menos a Hubert —contestó Bob, riéndose. Contó a Evans el truco que Júpiter había empleado con su gigantesco guardián—. ¡Apuesto que no parará hasta que la furgoneta se quede sin gasolina!

Pero Jeremy no pudo contenerse por más tiempo.

—Bueno, muchachos, señor Evans…, ¿dónde está el tesoro?

—Venid —dijo Evans, sonriendo.

Les condujo a través del almacén hasta un gran armario en la pared posterior, y sacó de él una lustrosa arca de laca negra, con adornos de bronce pulimentado y el nombre TTE. WILLIAM EVANS grabado al fuego en la tapa. Depositó el cofre en una mesa y abrió la tapa.

—¡Atiza! —exclamó Jeremy.

Todos quedaron boquiabiertos al ver aquel montón de anillos, pendientes, brazaletes, adornos de oro y plata, y muchos más objetos que relucían y centelleaban incluso bajo la luz mortecina del sótano. Bob cogió un broche. Pete y Jeremy hundieron las manos en aquella masa de joyas. Júpiter examinó un anillo y después acarició suavemente la hermosa arca china.

—Esto debe de valer millones —dijo Bob.

—Es usted un hombre afortunado, Evans —declaró el jefe Reynolds—. Le sugiero que acuda a un abogado para asegurarse de que todo es legal, pero no creo que tenga ninguna dificultad. Aunque esto sea botín de piratas, ahora ya no es posible demostrarlo, y ha sido hallado en su propiedad. Ya que los actos de piratería fueron cometidos cuando California formaba parte de México, cabe que el gobierno mexicano trate de reclamar el tesoro, pero sus gestiones no pueden tener el menor éxito.

—Desde luego, seguiré su consejo, jefe —afirmó Evans.

El *sheriff* ordenó a sus hombres que llevaran a Carl y al mayor Karnes a la prisión de Rocky Beach, donde se reunirían con Santos. El jefe Reynolds envió a sus hombres con ellos, para iniciar la búsqueda de Hubert.

—Bueno, muchachos —dijo el jefe con una amplia sonrisa—, otro buen trabajo el vuestro. Como siempre, me siento orgulloso de vosotros, pero creo que ya es hora de que regreséis a vuestras casas. Lo menos que puedo hacer es acompañaros en coche.

—Yo también quiero dar las gracias a estos chicos —afirmó Joshua Evans—. Tal vez les gustaría venir mañana y ayudarme a hacer el inventario de mi hallazgo. ¿Qué os parece? Supongo que esos granujas no tardarán en salir bajo fianza, y quiero tener mi tesoro sano y salvo en un banco.

—Como máximo, no conseguirán la fianza hasta mañana al mediodía —dijo el jefe Reynolds—. No creo que vuelvan a molestarle, ni siquiera entonces, pero para mayor seguridad dejaré aquí un hombre de guardia, al menos, hasta que Hubert haya sido arrestado.

—¡Y papá y yo podremos ayudarle a hacer el inventario del tesoro ahora mismo! —exclamó Jeremy.

—Veo que todo el mundo quiere ayudar —dijo Evans—. Y yo quiero recompensar a mis tres investigadores. Muchachos, coged una pieza del tesoro cada uno.

Afanosamente, Los Tres Investigadores rodearon el arca de laca negra. Pete tomó un gran broche de oro y esmeraldas, Bob un brazalete de diamantes, y Júpiter un anillo de oro con un zafiro. Después cargaron sus bicicletas en la furgoneta de la policía y volvieron a sus casas.

Capítulo 21
¡Fuga!

A las ocho de la mañana siguiente, Pete se incorporó bruscamente en su cama. Alguien estaba rascando su ventana. Miró atentamente y vio que la rama de un árbol rozaba el cristal. Se echó a reír y dio media vuelta para volver a conciliar el sueño. Después abandonó la cama de un salto y corrió hacia la ventana. ¡No había ningún árbol ante la ventana de su habitación!

Bajo la gris luz matinal, Júpiter y Bob le dirigían gestos frenéticos para que bajara. El jardín de los vecinos tendría que esperar hasta más tarde. Se vistió apresuradamente y bajó la escalera de puntillas para que sus padres, que estaban desayunando en la cocina, no pudieran oírle. Afuera, en la niebla matutina, Bob y Júpiter le esperaban con sus bicicletas.

—¿Qué ocurre, muchachos? —preguntó Pete.

—Jupe cree que al capitán Joy y a Jeremy les ha ocurrido algo —explicó Bob, mientras montaba en su bicicleta.

—¿Y qué les ha ocurrido? —exclamó Pete.

—Busca tu bici y ven con nosotros. Podemos hablar camino de la Ensenada de los Piratas —dijo Júpiter con expresión preocupada.

Y mientras Los Tres Investigadores pedaleaban enérgicamente por la carretera, en dirección Norte, Júpiter prosiguió:

—No sé qué les ha ocurrido al capitán Joy y a Jeremy. Quise hacerles una visita esta mañana, pero en el remolque no me contestó nadie. Quise ver también al señor Evans, pero en la torre tampoco me contestaron.

—Pero ¿no hay un policía de guardia en la torre? —preguntó Pete.

—Ya no. Llamé a la oficina del jefe Reynolds y me dijeron que Hubert ha sido capturado esta mañana a primera hora, a unos ciento cincuenta kilómetros al norte de Rocky Beach. Karnes, Carl y Santos siguen en la cárcel, y por tanto retiraron el guardia de la torre.

—Sin embargo —preguntó Pete con el ceño fruncido—, ¿quién puede querer hacer algún daño al capitán, a Jeremy y al señor Evans, si toda la pandilla de Karnes está entre rejas?

Cuando los chicos llegaron a la Ensenada de los Piratas, se pararon ante las puertas rotas de la cerca de la Madriguera. Habían quedado totalmente destrozadas al embestirlas Hubert con su furgoneta la noche anterior.

Al sujetar sus bicicletas a la cerca, Júpiter dijo:

—Bob, tú revisa el remolque. Pete y yo iremos a la torre.

Al llegar a la torre de piedra, Pete y Júpiter encontraron la puerta abierta. Dentro reinaba el más absoluto silencio.

—¡Señor Evans!

—¡Capitán Joy! ¡Jeremy!

No hubo respuesta. Pete subió a las plantas superiores y Júpiter registró la planta baja y el sótano. No encontraron a nadie, y tampoco había rastro del arca del tesoro. Poco después llegó corriendo a la puerta frontal Bob, seguido por Salty Sam.

—¡El capitán y Jeremy no están en el remolque, Primero! Sam dice que esta mañana no los ha visto, pero su camioneta sigue aquí…

Sam se mostró acosado por el remordimiento.

—¡Todo es culpa mía! Si no me hubiera callado mi descubrimiento del túnel y no hubiera tratado de quedarme con lo que esos granujas buscaban, fuese lo que fuese, todo habría ido sobre ruedas.

—No se atormente, Sam —dijo Júpiter, tratando de consolar al marinero—. Lo que ahora debemos preguntarnos es dónde están, y qué puede estar haciendo el señor Evans.

—¿Evans? —repitió Sam—. Bueno, al menos de él sé algo. Le vi salir en su coche hace menos de media hora.

—¿Qué dices, Sam? —gritó Júpiter—. ¿Viste si llevaba algo consigo?

El viejo Sam meneó la cabeza, con un gesto de impotencia.

—No estoy seguro; sólo le vi a él en su coche. Pero tal vez llevase un par de maletas en el asiento a su lado.

—¡El tesoro! —exclamó Júpiter—. ¡Quería llevarlo junto a él! ¡Se ha largado, muchachos! ¡Hemos llegado tarde!

Sólo espero que podamos ayudar al capitán y a Jeremy. ¡Debemos encontrarlos!

—Pero… ¿el señor Evans? —murmuró Pete, perplejo—. ¿Y el tesoro? ¿Por qué había de huir con el tesoro el señor Evans, Jupe? Después de todo, es suyo.

—Creo que siempre ha sido suyo, Segundo, y éste es el problema. Por esto Karnes y sus compinches vigilaban continuamente la Madriguera del Pirata Púrpura, y por esto trataban de entrar en la torre sin ser vistos. ¡Joshua Evans nos ha engañado a todos!

—Se marchó tan apresuradamente que ni siquiera recogió su gato. Mirad cómo el pobre animal trata de entrar por esa puerta.

Miraron en la cocina, donde el gato negro de Joshua Evans maullaba ante la puerta de la escalera que conducía al primer piso, e incluso la arañaba.

—¿Y por qué querrá entrar aquí? —se preguntó Pete—. No hay nadie arriba, y un gato no puede subir por una escalera tan empinada.

Júpiter entrecerró los ojos.

—Abre la puerta y déjale pasar, Archivos.

Bob abrió la puerta y el gato negro corrió directamente hacia la pared posterior del pozo de la escalera. Empezó a arañarla y a maullar, y después olfateó las piedras y se restregó contra ellas mientras miraba a los jóvenes y a Sam. Parecía como si pidiera que le ayudaran a introducirse en la pared.

—Oye, Primero —dijo Bob—. Tal vez haya aquí un cuarto oculto.

—¡Buscad una anilla de hierro! —exclamó Júpiter—. ¡Y una piedra suelta con una palanca detrás de ella, como la que abre el túnel!

Pete encontró la anilla, hábilmente disimulada como si formase parte de lo que antes había sido una lámpara de aceite fijada a la pared. Debajo de la lámpara pudieron extraer una piedra, y la palanca que había detrás de ella fue accionada con facilidad, ya que

había sido engrasada recientemente. Se abrió la pared delante del gato maullador y los chicos y Sam siguieron al animal y entraron en un pequeño estudio con muebles tapizados en cuero y las paredes recubiertas de libros. El capitán Joy y Jeremy estaban sentados en un sofá de cuero, con las manos y los pies atados y las bocas tapadas con esparadrapo.



—¡Capitán! —gritó Sam.

—¡Jeremy! —exclamaron a coro Bob y Pete.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Júpiter, estupefacto.

—¡Hummmmmmmmm! —murmuraron el capitán Joy y Jeremy mientras con la mirada suplicaban que se les soltara antes de hacerles preguntas.

Pete sacó su navaja de bolsillo y cortó las cuerdas, mientras Bob quitaba con todo el cuidado posible las tiras de esparadrapo.

—¡Ha sido Evans! —gritó el capitán Joy, mientras se frotaba la boca—. No sé por qué. Fue y…

—¡Se ha llevado el tesoro! —explicó Jeremy mientas pataleaba el suelo para devolver la circulación a las piernas—. Nos apuntó con una pistola, hizo que yo atara a papá, y después me ató a mí.

—¿Y cuándo ocurrió todo esto? —quiso saber Júpiter.

—Hará cosa de una hora, Júpiter —rezongó el capitán Joy—. Habíamos pasado toda la noche clasificando el tesoro, y cuando terminamos sacó una pistola y nos ató.

—¿Dijo adonde iba, capitán Joy?

El capitán meneó la cabeza en un gesto negativo.

—No, y lo que yo no…

—¡Papá! Hizo aquella llamada telefónica —dijo Jeremy.

—Pero no oímos lo que decía, hijo —respondió el capitán Joy—. ¡No lo entiendo! El tesoro era suyo…

—¡Piense, capitán! Trate de recordar cualquier cosa que dijera por teléfono.

El capitán Joy volvió a mover la cabeza negativamente.

—Ya te lo he dicho. No oímos nada. Nos había atado, y yo sólo pensaba por qué lo había hecho. Habíamos acabado de ayudarle a clasificar el tesoro. Jeremy dijo a Evans que parte de él le parecía un poco raro, pero…

—¿Qué era lo que te parecía raro, Jeremy? —preguntó Júpiter.

—No lo sé con seguridad, Jupe —contestó Jeremy, frunciendo el ceño—. Es que algunos de los anillos y otras cosas parecían demasiado… demasiado nuevos.

—Sí —asintió Júpiter—. Esto…

—¡Primero! —gritó de repente Bob.

El jefe de Archivos e Investigación del equipo estaba junto al escritorio del estudio, contemplando una libreta de notas que había

debajo del teléfono. Júpiter y los demás se acercaron a la mesa. En la libreta había un tosco dibujo, uno de esos dibujos que se hacen inconscientemente mientras se habla por teléfono. Era un ave, o un avión, o…

—¡Es un hidroavión! —exclamó Jeremy—. ¿Veis los flotadores para amerizar?

—Parece uno de esos taxis aéreos que hay en el pueblo de la Ensenada del Pirata —opinó el capitán Joy.

—¡El servicio de taxis aéreos! —gritaron a la vez Pete y Bob.

Júpiter ya había salido del estudio y corría hacia la puerta de la torre.

—¡Espera! —le gritó el capitán Joy, consultando su reloj de pulsera—. Son las ocho cuarenta y cinco, muchachos. La oficina de los taxis abre a las ocho y media. Aunque todavía no haya despegado, nunca podremos llegar allí a tiempo para detenerle.

—Llame a la oficina de los taxis —dijo Júpiter—. Tal vez podamos impedir la partida de Evans. ¡Dígales que se trata de un criminal peligroso!

El capitán Joy buscó en el listín el número del servicio de hidras y lo marcó. Explicó al hombre que contestó que un delincuente peligroso se disponía a escapar en una de sus avionetas, y describió a Joshua Evans.

El hombre dijo que, efectivamente, Evans estaba allí. De hecho ya se encontraba a bordo del taxi aéreo, a punto de partir.

—¡Trate de detenerlo! —le apremió el capitán Joy—. Utilice su radio, dígale al piloto cualquier cosa para que aplace el vuelo. —El capitán esperó unos momentos—. ¿Cómo? ¿Que no puede? —Joy miró a los muchachos y a Sam—. ¡No contestan desde la avioneta taxi! Es de suponer que Evans ha sacado la pistola y no deja contestar al piloto. Ahora van a llamar al *sheriff*, pero la avioneta ya se está apartando del muelle…

Júpiter y los demás salieron corriendo de la torre y desde la orilla de la ensenada contemplaron a lo lejos el muelle de los taxis aéreos. Pudieron ver que el pequeño hidro se alejaba lentamente del embarcadero.

—¡Demasiado tarde! —exclamó Júpiter con desespero—. ¡Ya no podemos detenerlo!

El capitán Joy se unió a ellos en la orilla. Contempló el distante

hidroavión y de repente echó a correr.

—¡Sí podemos! ¡Venid!

¡Y el capitán salió corriendo directamente hacia el Buitre Negro!

Capítulo 22
El Buitre Negro ataca

El capitán Joy estaba frente al timón del Buitre Negro, brillantes los ojos, mientras el buque pirata surcaba las aguas de la Ensenada de los Piratas. La brisa estaba disipando la leve neblina. Salty Sam había trepado al puesto de vigía en el mástil de proa, y desde allí gritaba instrucciones al capitán. Los Tres Investigadores y Jeremy se encontraban en la proa del buque, que cortaba la mar en su primer ataque real…

—¿Qué dirección tomó la avioneta taxi? —preguntó Júpiter, con ansiedad.

—Directamente por el canal principal, hacia alta mar —señaló Jeremy—. Entre estas boyas rojas y las boyas negras. Ha de seguir este rumbo para aprovechar el viento procedente del mar.

Desde su puesto de vigía, Sam gritó:

—¡Ha dejado el embarcadero, capitán, y está cobrando velocidad en dirección al canal!

A proa, los muchachos calcularon distancias y ángulos mientras observaban la maniobra del distante hidroavión.

—¡No lo conseguiremos! —gimió Pete—. Despegará antes de que podamos bloquear el canal.

—¡Pues yo creo que sí lo conseguiremos! —exclamó Bob—. Ni siquiera ha llegado todavía a su punto de despegue.

Pete estudió la distancia.

—¡Va a ser muy justo!

—Si no nos acercamos lo suficiente —rezongó Júpiter—, podrá alzar el vuelo por encima de nosotros.

—No con estos mástiles —indicó Jeremy—. Todo lo que

debemos hacer es atravesar el canal a tiempo.

Lanzado a toda velocidad, con todas sus banderas y gallardetes ondeando al viento, su proa levantando la espuma y estremecido todo su casco por el motor que lo impulsaba, el Buitre Negro avanzaba hacia el centro de la ensenada.

La avioneta taxi había llegado ya al principio de la larga línea de boyas del canal y permanecía inmóvil posada en el agua. Mientras los muchachos la observaban desde la proa del cabeceante Buitre Negro, y Salty Sam atisbaba desde lo alto del mástil, la única hélice del hidroavión empezó a girar cada vez más de prisa al acelerarse el motor. El hidroavión se estremeció sobre el agua y la velocidad de su motor fue en aumento. Después, lentamente, empezó a moverse…

Cobrando velocidad, la frágil avioneta comenzó a avanzar por el canal sobre sus esbeltos flotadores.

Con una mano, Júpiter hizo pantalla ante sus ojos.

—¡Puedo ver al piloto y al pasajero! Es Evans, y…

¡El tamaño del avión aumentaba a cada segundo ante sus ojos!

—¡Esa boya roja es la señal para el despegue! —gritó Jeremy.

El avión taxi pasó junto a la boya roja en el momento en que la proa del Buitre Negro asomaba en el canal.

A bordo del barco todos contuvieron el aliento.

En el avión, el piloto, muy pálido, abrió la boca desmesuradamente. Joshua Evans se asomó a su ventanilla y apuntó con su pistola al Buitre Negro, mientras el barco avanzaba a través del canal.

—¡Al suelo! —gritó el capitán Joy.

La pistola disparó una, dos veces.

Por un instante, el tiempo pareció detenerse mientras las detonaciones de la pistola resonaban en el viento, el Buitre Negro navegaba dispuesto a cortarle el camino al hidroavión, y ambos protagonistas convergían hacia lo que parecía ser una colisión inevitable.

Y entonces el hidroavión viró bruscamente, se desvió del canal, rompió una de sus alas al chocar con una boya negra, y se recostó de costado sobre las aguas de la ensenada.

El Buitre Negro viró a su vez hacia el hidroavión siniestrado. Desde el barco, sólo pudieron ver al piloto nadando para alejarse

del semisumergido taxi aéreo. Cuando llegaron junto a él, Jeremy le arrojó un salvavidas atado a una cuerda, y, mientras subían al piloto a bordo, vieron de repente a Joshua Evans. Nadaba en dirección opuesta, empujando un par de salvavidas sobre los cuales reposaba la negra arca del tesoro.



—Caray, muchachos —dijo el piloto, al dejarse caer, chorreante, sobre cubierta—, ¡me habéis salvado la vida! Ese loco tenía una pistola y no me dejó dar media vuelta ni utilizar la radio cuando desde la oficina me ordenaron volver a puerto. ¿Qué es ese tío, un atracador o qué?

—Algo por el estilo —contestó Júpiter mientras el Buitre Negro emprendía la persecución de Joshua Evans.

El propietario de la torre de piedra todavía trataba de alejarse nadando con el arca del tesoro sobre los dos salvavidas, pero el peso era excesivo y se bamboleaba peligrosamente a pesar de los esfuerzos de Evans. Los negros ojos de éste miraban retadoramente a los rostros alineados en la barandilla del Buitre Negro, pero al fin comprendió que no podía salvar el tesoro y al mismo tiempo a sí mismo. Abandonó el arca y empezó a nadar con todas sus fuerzas hacia la punta de tierra más cercana.

El arca osciló sobre los salvavidas, amenazando con zozobrar en cualquier momento.

—¡Pete! ¡Bob! —gritó Júpiter—. ¡Salvad el tesoro!

¡Pete y Bob se arrojaron al agua y cogieron el arca ya medio sumergida! Nadaron con ella hacia el buque, y Jeremy les lanzó un cabo desde la grúa del peñol. Pete y Bob aseguraron el arca con varias vueltas de cuerda y Jeremy puso en marcha el motor de la grúa, izó el cofre y lo depositó sobre cubierta.

—Ahora, a por Evans —dijo el capitán Joy apenas Pete y Bob hubieron subido a bordo.

El Buitre Negro volvió a avanzar a toda velocidad y viró directamente hacia Joshua Evans, que nadaba como un loco. Desde su puesto de vigía, Sam gritó.

—¡Voy a soltar una cuerda con un lazo corredizo, capitán! ¡Ustedes la cogen y con ella capturan a ese bellaco!

Los dos Joy se lanzaron al agua, junto con Pete y Bob, y no tardaron en rodear a Evans, mientras Júpiter los animaba a gritos desde cubierta. Mientras el capitán y Pete luchaban con Evans y lo sujetaban, Bob y Jeremy le pasaron el lazo por la cabeza y por debajo de los brazos, y acto seguido Salty Sam hizo funcionar la grúa. Evans se elevó en el aire, rebasó la cubierta y quedó colgado en el peñol como un pollo desplumado, agitándose, asestando coces y prodigando insultos a todos.

—¡Me las pagaréis todas juntas!

Siguió balanceándose, sin dejar de debatirse y de lanzar amenazas. El capitán y los muchachos subieron a bordo, empapados, pero victoriosos. Seguidamente el capitán Joy volvió a su timón y el Buitre Negro puso proa de nuevo hacia la Madriguera del Pirata Púrpura.

—Bien, Júpiter —dijo el capitán mientras navegaban rumbo al embarcadero—, será mejor que nos cuentes qué ha ocurrido aquí, y que nos digas quién es Evans en realidad.

—Yo sospecho, capitán, que es un ladrón profesional —contestó Júpiter—. ¡Y que es el quinto miembro de la pandilla de Karnes!

—Pero, Júpiter, ¿qué te hace pensar esto? —exclamó Jeremy.

—Ante todo, Jeremy, porque el «tesoro antiguo» no es, ni mucho menos, un tesoro de piratas. Yo creo que es el botín procedente de una serie de robos, y además un botín muy moderno…

Desde lo alto del peñol, el penduleante Joshua Evans les gritó:

—¡Ese chico gordo está loco de atar! ¡Le denunciaré por esto, Joy! ¡Bájeme de aquí!

—Conviene que estés muy seguro, Júpiter —aconsejó el capitán Joy.

—Lo estoy, capitán —contestó Júpiter con firmeza—. En todo momento, la única parte del caso que no pudimos aclarar era aquella vigilancia continuada de la pandilla. Yo no podía ver razón alguna por la que usted y Jeremy tuvieran que ser alejados de la Madriguera del Pirata Púrpura, pero forzosamente tenía que haber un motivo. Y en el caso que investigábamos debía haber más de lo que nosotros sabíamos. Aquellos tipos tenían que estar vigilando algo más.

—¡A Evans! —gritó Bob—. ¡Estaban vigilando a Evans!

—Exactamente, Archivos —asintió Júpiter—, pero confieso que hasta que Evans nos enseñó el tesoro, no comprendí la verdad.

—¿Cómo, Primero? —inquirió Pete.

—Sí, Júpiter, ¿qué te reveló el ver el tesoro? —quiso saber el capitán Joy.

Colgado de la cuerda, Joshua Evans se agitó, pataleó y cubrió de improperios al jefe del trío de detectives. Lentamente, el Buitre Negro se aproximó al muelle de la Madriguera.

—Muy sencillo —contestó Júpiter—. Cuando Evans nos enseñó

su tesoro en el arca china de laca, supe en seguida que algo no encajaba. ¡Era el arca! Los adornos de bronce brillaban demasiado, y el arca en sí parecía demasiado ligera. Hoy, aplicamos al bronce una preparación que impide que se oscurezca, pero antiguamente esto no existía, y el bronce viejo o bien se vuelve verdoso o se ennegrece, y en el mejor de los casos presenta un brillo mucho más apagado si es pulimentado. Examiné el arca y vi que el bronce tenía una capa protectora. Era un bronce moderno, y el arca en sí era tan sólo de madera contrachapada laqueada. A mediados del siglo diecinueve no se había inventado la madera contra chapeada, y en fecha reciente alguien había grabado en ella al fuego el nombre de William Evans para engañarnos.

—Pudo haber sido un tesoro antiguo guardado en un arca nueva —sugirió el capitán Joy.

—No si Evans acababa de encontrarlo —puntualizó Júpiter—. Sin embargo, para asegurarme, cuando Evans nos dio una pieza del tesoro, yo me llevé un anillo que parecía moderno. A primera hora de esta mañana, se lo enseñé al señor Gandolfi, el joyero. Se enfadó conmigo por ir a su casa antes de las ocho, pero finalmente me dijo que el anillo había sido fabricado hacía menos de cinco años… Todo el tesoro era moderno. El propio Evans debió llevarlo a la torre, sabiendo que todas las piezas eran modernas. Y, puesto que Karnes sabía, evidentemente, que Evans tenía un tesoro, todo hacía pensar en que también él sabía que era moderno, y no un tesoro de piratas.

—Sin embargo —objetó Bob—, si sabían que no se trataba de un tesoro de piratas, ¿por qué…?

—Sí, Archivos —asintió Júpiter—, ¿por qué dejaron que la policía los metiera en chirona sin decirle a nadie que no era un tesoro de piratas? ¿Por qué dejaron que Evans se saliera con la suya al contarnos que era un tesoro de piratas? Sólo podía haber una respuesta: ¡todos los objetos eran robados! Un botín que el mayor Karnes y sus compinches perderían si decían la verdad. Y fue entonces cuando vi clara la solución al enigma.

En el peñol, Joshua Evans forcejeaba y clavaba las uñas en la cuerda que le sujetaba.

—¡No escuchen a ese tipo gordo! ¡No sabe nada! ¡Haré que le encierren en la cárcel, y a todos los demás también!

—¿Qué solución, Jupe? —preguntó Jeremy con avidez.

—Que Karnes y sus compinches no podían revelar que el tesoro era en realidad botín del robo, ¡porque ellos habían sido los primeros en robarlo! Evans lo sabía… ¡porque también él formaba parte de la pandilla! Todos eran miembros de la misma banda. Evans había huido con todo el botín, y Karnes y los demás le estaban siguiendo los pasos para obligarle a devolverlo.

En aquel momento resonó, estruendosa, la voz del jefe Reynolds detrás de ellos:

—¡Así es exactamente, Júpiter! ¡Has vuelto a dar en el clavo!

El jefe, el *sheriff* y cuatro de sus hombres se encontraban en el muelle, contemplando el Buitre Negro y a Joshua Evans colgando del peñol.

—¡Están locos, jefe! —gritó Evans, debatiéndose inútilmente—. ¡Arréstelos! ¡No saben de qué están hablando!

—He venido para efectuar un arresto —declaró severamente el jefe Reynolds, mirando a Joshua Evans—, pero no va a ser el de estos chicos. Gracias a ellos y al capitán Joy y su rápida maniobra, no hemos llegado demasiado tarde. Sí, Júpiter, el mayor Karnes y sus secuaces son ladrones de joyas bien conocidos en el Este reclamados al menos en seis Estados. Toda la pandilla desapareció hace un año, y se temía que hubiera escapado con su botín.

—Usted envió sus huellas dactilares a Washington… —aventuró Júpiter.

El jefe de policía asintió.

—Hoy en día, es un procedimiento de pura rutina. Sus huellas coincidían con las de los miembros de la banda, pero todos los informes aseguraban que ésta estaba formada por cinco individuos… y no por cuatro. No me cabe la menor duda de que las huellas dactilares de Evans demostrarán que él es el quinto miembro de esa banda de ladrones. ¡Lleváoslo!

Sin poder contener la risa, Sam Davis bajó a Joshua Evans hasta las manos de los policías que le esperaban. El enfurecido descendiente del Pirata Púrpura fue conducido a un coche de la policía, mientras el jefe Reynolds y el *sheriff* felicitaban a los tres radiantes investigadores.

Capítulo 23
El señor Sebastián descubre un legado

Unos días más tarde, en otra mañana de junio con niebla baja, Los Tres Investigadores enfilaron con sus bicicletas el camino del litoral junto a Malibú y dejaron atrás la carretera de la Costa del Pacífico para tomar la de Cypress Canyon. Ésta era una carretera local, tortuosa, estrecha y polvorienta, a lo largo de uno de los resecos cañones en las estribaciones de la cordillera costera.

Después de recorrer un buen trecho sin ver ni una señal de vida, los muchachos llegaron a un edificio viejo y destartalado, a su izquierda. Antes había sido un restaurante denominado
Charlie's
Place, pero ahora lo estaban reparando para convertirlo en vivienda particular. En un lado del edificio, desde el que se tendría una buena vista del mar cuando se levantara la niebla, se estaba construyendo una terraza de hormigón. En algún lugar del interior de la casa, una voz chillona cantaba en inglés, en un curioso acento.

«*Me encanta ser un bocadillo de salchicha Feliz. Un bocadillo de salchicha es lo que a mí me va, porque cuando soy un bocadillo de salchicha Feliz, ¡todos quieren comerme más!*».

Mientras la voz seguía con su cancioncilla alegre pero mal entonada, un hombre delgado, de cabellos grisáceos y cara un tanto melancólica salió cojeando de la casa tapándose los oídos con las manos. Miró a los muchachos a través de sus gafas y después sonrió.

—¡Vaya, hombre, nada menos que Júpiter, Pete y Bob! Qué agradable sorpresa. Ah, ya sé, otro caso para que yo lo dé a conocer, ¿verdad?

—Sí, señor —admitió Júpiter sonriendo.

—Y esta vez más que peliagudo, señor Sebastián —añadió Pete.

En otro tiempo, el señor Héctor Sebastián había sido detective privado en el Este, pero una grave herida le había dejado una cojera permanente y le había obligado a retirarse del oficio. Dirigió entonces sus conocimientos y su talento a escribir libros de intriga y guiones de películas escalofriantes. Ya rico y cada vez más famoso, conoció a Los Tres Investigadores en un caso reciente y pronto se hicieron buenos amigos. El señor Sebastián siempre estaba dispuesto a ayudar al equipo con algún que otro consejo profesional y le agradaba verse envuelto, aunque fuese a distancia, en las investigaciones de los muchachos. El escritor había accedido a tratar de seguir las huellas prodigiosas de su antiguo mentor, el señor Alfred Hitchcock, y dar a conocer sus casos.

Pero, por el momento, el señor Sebastián, se limitaba a mirar a los chicos con una expresión de perplejidad.

—Nunca hubiera esperado esta cobardía en vosotros, muchachos.

—¿Cobardía, señor Sebastián? —preguntó Pete, desconcertado.

—¿Qué otra cosa puedo llamarle al hecho de que no me hayáis telefoneado para decirme que veníais? Es evidente que no habéis tenido el valor de anunciar vuestra visita y enfrentaros a la comida que Don os cocinaría, sacada de la última guía comercial de la tele.

Los muchachos se rieron al oír esta referencia a los alimentos envasados que presentaban los anuncios de la televisión, y tan exuberantemente preparados por Hong Van Don, el mayordomo, cocinero y secretario vietnamita del señor Sebastián.

—Pero no vayáis a creer que os habéis librado de ello —les previno el señor Sebastián—. Os aseguro que Don puede confeccionar un plato todavía más incomestible en cinco minutos, cosa que hará apenas os vea a vosotros. Y en realidad, esto será una bendición. Cualquier cosa que cocine ha de ser mejor que las letras de los anuncios que canta, de modo que entrad y leeré vuestro informe mientras Don prepara otra de sus delicias.

Siguieron al señor Sebastián hacia el maltrecho porche de madera y después entraron en un vestíbulo que olía igual que la parada de «perritos calientes» del Dodger Stadium en Los Ángeles. Más allá del vestíbulo había una habitación enorme que en otro tiempo había sido el comedor del restaurante

Charlie's
Place. El suelo era de entarimado pulimentado y unos grandes ventanales se abrían frente a los árboles y una amplia vista del mar todavía cubierto por la niebla. Se estaban instalando unas puertas correderas de cristal entre la gran sala y la nueva terraza. La sala estaba casi exenta de muebles, pero había una mesa con superficie de cristal y unas cuantas sillas de jardín alrededor de una gran chimenea de piedras en un extremo. En el otro lado de la habitación, parcialmente oculta por altas estanterías llenas de libros, había una mesa escritorio y una mesita con una máquina de escribir.

—Escribir me ha dado mejor resultado desde que empecé a presentar vuestros casos —explicó el señor Sebastián—. Al parecer, ayudáis a funcionar a mis procesos mentales. Tengo ganas de leer vuestro informe, pero primero tendréis que soportar los amables ofrecimientos de Don…

Llamó a su criado. Cesó la horrible canción y un sonriente oriental hizo su aparición en el vestíbulo. No mucho más alto que Júpiter pero muy delgado. Hoang Van Don sonrió de oreja a oreja cuando vio a los chicos. Era evidente que simpatizaba con ellos. Se adelantó, presuroso, pero de pronto se detuvo y apareció una expresión de horror en su rostro.

—¡Ay, no tener nada para el almuerzo! ¡Ante todo, comer! Tengo salchichas Feliz, pura carne, traídas muy frescas del Este, para el guisado de la cena del señor Sebastián, receta en el envase. Pero puedo preparar más. Hacer rápida y perfecta imitación artificial ponche
Bora-Bora,
nueve aromas de zumos de fruta. ¡También tarta casera dos minutos sin cocción!

—No sé si podremos esperar —suspiró el señor Sebastián al retirarse Hoang Van Don, muy satisfecho—. Añoro los placeres gastronómicos de la más infecta cadena de restaurantes rápidos. Pero dejemos ya mis desdichas culinarias. ¿Cuál es hoy vuestro caso?

—Lo llamamos el Misterio del Pirata Púrpura —dijo Bob, mientras extraía un grueso sobre de su macuto y lo entregaba al señor Sebastián.

Don reapareció casi al instante con las salchichas, la imitación genuina de un ponche de frutas, y la tarta casera preparada en dos minutos. Ignorando las melancólicas miradas que el señor Sebastián dirigía a la comida, los muchachos dieron buena cuenta de ella mientras el escritor reanudaba la lectura del informe.

—Un caso interesante —dijo al terminar—. Muy exigente en cuanto a la habilidad detectivesca y al equipo utilizado, así como para vuestras facultades de observación y razonamiento. Supongo que ese Joshua Evans resultó ser, efectivamente, un miembro de la banda de Karnes…

—Sí, señor —contestó Júpiter—. En Washington tenían archivadas sus huellas dactilares. Una vez Evans estuvo encerrado en la cárcel, Karnes comprendió que el juego había terminado y cantó toda la historia. Llevaban años robando. La banda había reunido todo ese botín, pero un día Evans lo robó y desapareció.

—¿Y ahora están todos en la cárcel, bajo serias acusaciones?

—¡Ya lo creo! —exclamó Pete—. ¡Seis Estados del Este se disputan el derecho de ser el primero en echarles mano!

—No siempre es bueno ser tan popular —observó irónicamente el señor Sebastián—. Tengo la impresión de que fue Karnes quien inventó la operación de las entrevistas sólo para mantener bien alejados al capitán Joy y a Jeremy, ¿no es así?

—Sí, señor —respondió Júpiter—. No existe ninguna organización llamada Sociedad de Justicia para Bucaneros, Bandoleros, Bandidos y Salteadores.

—En cierto modo, es una lástima —suspiró el señor Sebastián—. ¡Sonaba bastante bien! ¿Y la vigilancia de día y de noche era para asegurarse de que Evans no se largase con el botín antes de que la banda pudiera entrar en la torre y encontrarlo?

—Desde luego —dijo Bob—. Y Evans ató al capitán Joy y a Jeremy porque temió que averiguasen la verdad después de comentar Jeremy que las joyas tenían un aspecto muy nuevo.

—Sólo que Jeremy no le dio ninguna importancia —comentó Pete—. ¡No tenía la menor sospecha!

—El error de un hombre culpable —sentenció el señor Sebastián —. Y de un hombre desesperado. Debió de haber trazado sus planes para engañar a todos, siguiendo su rápida inspiración.

—Lo hizo —asintió Júpiter—. Nosotros le dimos la idea al

hablar del tesoro del pirata. Cuando comprendió que Karnes y su pandilla habían descubierto su paradero y que él no podía huir con el botín sin que lo capturaran, decidió utilizarnos a todos unos contra otros. Tuvo tiempo sobrado para grabar al fuego el nombre de William Evans en el arca y guardarla en el almacén, y tenía varios planes de repuesto.

El señor Sebastián hizo un gesto de asentimiento.

—Se necesita una gran inteligencia para evaluar una situación y saber aprovecharse de las circunstancias. Lástima que él la utilizara con fines criminales.

—También el capitán Joy tiene una mente despejada. Fue muy listo al emplear el Buitre Negro para detener el taxi aéreo —dijo Bob—. Y con ello consiguió un premio inesperado, ya que varias compañías de seguros habían ofrecido recompensas por la devolución de ese botín. El capitán Joy nos ofreció compartirlas con nosotros, pero le dijimos que utilizara el dinero para ofrecer un *show* de primera clase en la Madriguera del Pirata Púrpura.

—Cosa más que necesaria, a juzgar por vuestro informe —admitió el señor Sebasitán.

—Sin embargo, el capitán insistió en darnos dinero para un nuevo aparato seguidor de pistas —dijo Pete—. Y adoptó a Barba Negra, el gato de Evans, que se había quedado sin hogar. Dijo que daría un cierto ambiente a la Madriguera.

—¿Y qué se sabe del documento que Karnes y sus amigos estudiaban? —preguntó el señor Sebastián—. ¿Era un mapa?

—Sí, pero tan sólo un mapa de la Ensenada de los Piratas —explicó Bob—. El mayor no tenía ningún mapa que indicara dónde está el túnel.

—Pero vosotros decís en el informe que era imposible encontrar el túnel si no se conocía su existencia. ¿Cómo lo encontró Karnes?

Júpiter se echó a reír.

—El propio Evans le contó a Karnes lo de la torre y el túnel en cierta ocasión, hace años, cuando se ocultaban de la policía federal. No obstante, Karnes no sabía dónde estaba la torre, y Evans tampoco conocía la ubicación del túnel. El padre de Evans le había explicado que el túnel se había derrumbado y estaba inutilizado, y en vista de ello, Evans pensó que no valía la pena buscarlo. Evans regresó a la torre con las joyas robadas, y los demás miembros de la

banda necesitaron todo un año para dar con su paradero. Al explorar los alrededores de la torre, en busca del tesoro, Karnes descubrió la entrada del túnel desde la caseta de barcas. Él y Hubert excavaron allí con la intención de poder entrar en la torre y buscar el tesoro en ella.

—¿Y qué ocurrió entre Evans y Karnes cuando quedaron encerrados en aquel almacén del sótano?

—Sencillamente —respondió Bob—, Evans recordó a Karnes que si éste le denunciaba a la policía, ninguno de ellos podría quedarse jamás con el botín, Karnes no tenía más alternativa que la de hablar y perderlo todo, o bien guardar silencio y dejar que Evans se largase sin problemas. Supongo que Karnes llegó a la conclusión de que, bien mirado, tenía más posibilidades de echar mano un día al botín si se avenía a la petición de Evans.

—Por lo tanto, resulta que al final no había ningún tesoro de piratas en la Madriguera del Pirata Púrpura —dijo el señor Sebastián—, pero sí, tal vez, un legado del Pirata Púrpura.

—¿Un legado? —repitió Júpiter.

—Del Pirata Púrpura, el teniente Willlam Evans, a su tataranieto, Joshua Evans. ¡Un legado de piratería y otros delitos propios de ladrones! En resumidas cuentas, Joshua Evans demostró ser tan pirata, hasta el último detalle, como su notorio antepasado…

FIN

Notas

[1] Salty significa salado. (N. del T.). <<